
3 1761 07039896 1

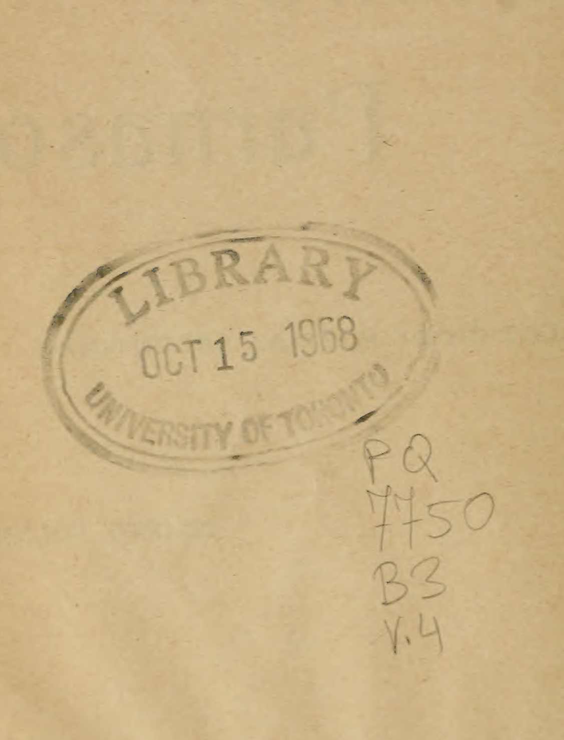
ERNESTO MARIO
BARREDA

Nuestro Parnaso

COLECCIÓN DE POESÍAS ARGENTINAS

CUARTO VOLUMEN

Ediciones M. Gleizer
Triunvirato 537 Buenos Aires


LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

Este es el volumen consagrado á los poetas jóvenes. Hubiéramos deseado escribir un juicio completo sobre una obra para nosotros tan llena de atractivos. Pero tratándose de algo transitorio y que nos interesa de un modo particular por encontrarnos envueltos entre sus inquietudes y sus luchas, este juicio, á más de apasionado, carecería de una madurez definitiva, y aparecería desprovisto de sentido á los pocos años y á veces, quizá, á los pocos días.

Nadie como el que sigue con estos fines un movimiento poético, puede apreciar mejor la constante renovación de las inteligencias. Desorientan con ese inquieto ir y venir, afirmarse y negarse en sus rápidas transformaciones. En poco tiempo hay que modificar, á veces radicalmente, una convicción que ya teníamos formada. Y modificar una convicción, siempre nos ha parecido algo muy fastidioso...

Continuamos pues el plan de esta publicación, presentando únicamente los perfiles, con algunos ligeros toques de color y de claro-obscuro, reanudándola ahora con la obra de

MARIO BRAVO

poeta socialista que, por una faz de su espíritu que podríamos llamar doctrinaria, ha hecho sonar una cuerda nueva en nuestra poesía.

Después del libro "Poemas del campo y de la montaña", donde nos diera colmadas espigas y esbeltos quebrachos, obra inicial, saturada por un sano ambiente de naturaleza, Mario Bravo se manifestó

en una evolución cada día más definitiva. Respondiendo en gran parte á las imágenes que le sugiere ese mundo de sus convicciones sociales, hemos leído trabajos suyos que nos produjeron la impresión de un poeta muy original. Su musa, fuerte de dolor y de esperanza, muestra á veces cierto dejo de delicada melancolía y siendo la contextura del poeta por lo general robusta, el optimismo en él no parece surgir como un regocijo expontáneo, sino más bien bajo el imperio de su voluntad.

Poesía que expresa una preocupación colectiva, señala en Bravo, como en otros jóvenes de esta generación, la tendencia á hacer del arte una voz por donde hable el alma de los hombres. En un país tan lleno de problemas humanos, el verso, pues, cumple con su alta misión.

Tiene escrito otro libro de poemas y ya terminada su novela "En el surco", próxima á aparecer.

CANCION DE LOS NIÑOS POBRES

Hemos venido sin querer
Y sin saber vamos andando,
Tal como el viento ignora cuándo
Y dónde se ha de detener.

¿Quién ha mecido nuestra cuna?
Fué el Amor ó fué la Tristeza?
Somos el mal de la Pobreza?
Somos el mal de la Fortuna?

Hemos nacido inmaculados?
Venimos de la multitud?
Es nuestra madre una virtud
Que nos dejara abandonados?

Hemos venido sin querer
Y sin saber vamos andando,
Tal como el viento ignora cuándo
Y dónde se ha de detener.

Sean benditos los portales
Que han amparado nuestros gritos
En la noche invernal. ¡Benditos
Sean también los Hospitales!

Hoy, para darnos alegría
La sociedad sentimental
Abre un paréntesis cabal
Que ha de durar tan solo un día.

Y nuestro día es todo el año!
Y es un mismo año nuestra vida,

Vamos por una oscurecida
Senda de rudo desengaño.

La irónica beneficencia
Hoy lucirá sedas y alhajas,
Para arrojarnos las migajas
De su esplendor y su opulencia.

Caridad llegada á deshora
Para salvar la Humanidad!
Fuera como dar claridad
Con una lámpara á la aurora!

Hemos venido sin querer
Y sin saber vamos andando,
Tal como el viento ignora cuándo
Y dónde se ha de detener.

Nuestros padres nunca han tenido
Seguramente un día tal,
Y han fallecido en un portal,
Cual nosotros hemos nacido.

Ellos han sido acaso buenos.
No nos pudieron ver sufrir,
Y nos lanzaron á vivir...
Pero á vivir la vida al menos!

¿Quién ha mecido nuestra cuna?
Fué el Amor ó fué la Tristeza?
Somos el mal de la Pobreza?
Somos el mal de la Fortuna?

Sí, pues, no somos responsables,
Ante la honesta sociedad,
De no tener paternidad
Y ser los niños miserables!

Hemos venido sin querer
Y sin saber vamos andando,
Tal como el viento ignora cuándo
Y dónde se ha de detener.

CANCION A LA HUELGA GENERAL

Como un mar resonante la multitud avanza.
La multitud avanza flameando sus pendones;
Parece que latieran todas las rebeliones
En el himno coreado que invoca una esperanza.

Como la vasta nube que augura los ciclones
Pasa la omnipotente multitud que descansa;
Y en el clamor unánime que á los ámbitos lanza
Cunde el pavor siniestro de las revoluciones.

Energía perpetua creadora y destructora,
Pasa la muchedumbre destructora y creadora,
Con su fe, con su músculo, su himno, su bandera...

Y en tanto que el combate su fragor estremece
Enmudecen las pampas, la ciudad enmudece
Y hasta la vida misma se detiene y espera!

LA ORDEÑADORA

El sol de la mañana con débil lumbre dora
Los florecidos campos, las cumbres del Poniente,
Y un frescor de montañas insiste en el ambiente
Húmedo de rocío y reciente de aurora.

Camino del corral viene la ordeñadora,
Concretando su andar con un ritmo indolente,
Sencilla en su elegancia rústica y negligente,
Garbosa en su manera liberal de señora.

Y se acurruca al lado de la vaca sumisa.
Merced al indiscreto desliz de la camisa
Se mira sus dos senos gravitar en el sayo.

Y mientras ejecuta la temprana tarea,
El ternero impaciente balando se recrea,
Y el toro, compasivo, la mira de soslayo...

EL LABRADOR

Buen labrador! Señor de las vastas praderas;
Robusto esclavo de los soles estivales;
Selva que no desgajan los arduos vendavales,
Caudal que fecundiza de bien las sementeras:

A tu paso florecen todas las primaveras;
La tierra abre sus negras entrañas maternales;
Renacen muertas frondas sobre los arenales
Y colmadas de espigas resplandecen las eras.

Tallado en una roca secular de dolores,
Lágrimas de amargura destilan tus sudores,
Alma fuerte y sencilla, alma triste y doliente.

Buen labrador! Tú llevas la humildad de la raza:
En el clamor ferviente que ahoga tu amenaza,
Y en la resignación que doblega tu frente!

SALUTACION AL VIAJERO

(A Ernesto Mario Barreda)

Partes, querido hermano!
Salud! Superbo viaje!
Que manso sea el Viento y manso el oleaje
Y buena la marina nostalgia, y excelente
La luz que dulcifique tu espíritu y tu frente!

Cuando en nocturnos diálagos viajábamos á Europa
Y soltábamos todas las amarras!
Una tropa
De alciones exaltaba nuestros sueños divinos,
Sentíamos el gusto de los iodos marinos,
Bogábamos, bogábamos, sin cesar, sin cesar,
Y era como nuestro todo el campo del mar!
La vela de la nave—pues la nuestra era antigua—
Inflábase ante el viento, con una forma ambigua
Tentadora y robusta de cielo y de mujer,
Y veíamos cómo los pliegues de la vela
Temblaban, y con ellos toda la carabela
En un deseo intenso, en un vasto querer!

Después... nuestro destino era un París diverso
Al que saben los torpes turistas.
Era un verso,
O era un universo. O mejor, el reverso
De este París que vemos con lágrimas y males,
Con angustias, dolores y tristezas fatales,
Y con todo el múltiple que nuestras frentes mancha.

Nuestra expedicionaria bandera era tan ancha
Que todo el universo podía entrar en ella.
Nuestra bandera: el arte; nuestro esquife: una estrella;
Nuestros remos: los blancos cisnes alejandrinos,
Estos que van ahora diciéndote destinos
Saludables de gloria, de bondad, de consuelo,
Bajo la majestuosa serenidad del cielo.

Querido hermano mío! Yo que conozco tantos
Secretos de tu vida; yo que sentí tus cantos
Líricos aureolando tu desesperación,
Y una pena en el alma y otra en el corazón,
Y el dolor de vivir y de vivir tan triste,
Y el dolor de las noches con que tanto sufriste.
Y el pesar de la onda que se alejó en un día
Y el mal de todo viento que no es de armonía,
Y el sol, y la dorada claridad de la luna,
Y el día, y el crepúsculo y la misma fortuna
Y la misma dolencia; y la misma alegría,
Y el mismo canto lúgubre de la melancolía!

La vida nos agobia con su carga doliente.
Queremos ser joviales cuando somos protervos,

Queremos ser los pájaros de la ilusión ferviente,
Y nuestro vuelo es fúnebre como es el de los cuervos.
Porque hasta eso! Llevamos para calmar los males
Sangre de nuestras propias heridas, fraternales
Dolencias, y bebidas que tienen la desgracia
De poner en nuestra alma toda una democracia
De sentimientos tristes, hostiles ó pujantes.
Desearíamos ser lo que no fuimos antes!

Yo no sé porque á veces mantengo un sentimiento
De honda crueldad por todas las cosas que he vivido,
Como si mi existencia pueril hubiera sido
Un desmoronamiento!

Cuanta pena encerraba la visión de esos días
Que vivimos en íntimo coloquio con la suerte,
Sin saber si seríamos, sobre las alegrías,
Los dos como un análogo desafío á la muerte.

La excelente virtud de haber imaginado
Todo un mundo de gloria cimentado en un verso,
Choca contra la piedra del obscuro pecado
Y contra la distancia del glorioso universo.

Si no hubiera en nosotros una fe muy lejana,
Una esperanza, una ilusión del destino,
Ya hubiéramos cerrado nuestra mental ventana
Para todos los males que van por el camino!

La caridad de nuestra bondad era tan suave,
Como el canto de una ave matinal y serena,
Como el lamento lírico de una blanca sirena,
Matinal y serena, como el canto de una ave!

Dos pájaros nacieron en una misma fronda.
El uno canta ahora sobre la fresca onda.
El otro en el boscaje canta su pena honda.

Hay un canto en el mar y otro canto en la fronda.

CANCION DEL CARPINTERO

Trabaja tu madera, carpintero!
El noble roble y el laurel glorioso.
Trabaja tu madera, que á la Vida
Grato es tu oficio.

Labra con el sudor de tu faena
El pino familiar y el fúnebre ébano.
Trabaja tu madera, que á la Muerte
Grato es tu oficio.

Haz en tu banco el industrioso mueble,
La prora esculpe del bajel intrépido,
Talla el trono del rey, y de las horcas
La cruz siniestra.

Sálvanos de los vientos de la calle
—Odio, traición, envidias y calumnias—
Con el portal amigo donde husmean
Hombres y lobos.

Canta y trabaja, carpintero, canta!
Tuyo es el bosque lírico y viviente,
El arca del caudal es obra tuya;
Pero el oro que guarda es sólo nuestro!

***

Trabaja tu madera, carpintero!
Mientras tu canto la tarea endulza
Mide la escuadra el ángulo preciso,
Surge fácil del torno el arabesco,
Corta á golpes certeros el escoplo,
Hunde el taladro su horadante espira,
Riza silbantes rizos el cepillo,
Y en la paz del taller se aspira el bálsamo
De la madera.

***

Canta y trabaja, carpintero, canta—
Pronto vendrá la noche y á tu puerta
El dolor suplicante y sollozante
Dirá su angustia.

Al cariñoso amparo de tu lámpara,
En el reposo del taller fraterno,
Trabajarás con cuatro tablas rústicas
El triste encargo.

Mañana á media tarde, por tu vía,
Mientras tu canto la tarea endulza,
Verás cruzar la procesión de siempre
Con rumbo cierto.

* * *

Canta y trabaja, carpintero, canta!
Tuyo es el bosque lírico y viviente,
El ataúd que pasa es obra tuya...
Pero todo el dolor es sólo nuestro!

AL APÓSTOL

Abre tus nobles brazos que ya la cruz te espera
Como á Nuestro Señor;
Lanza tu gran palabra magnífica y severa,
Imprecación rotunda de espanto ó de clamor.

La multitud atónita escuche tu postrera
Parábola de amor.
Y haz después que la sombra difunda por la Esfera
El pavor de tu trágica hora de redentor...

Cuando la cruz tremole cimbrada por el viento,
Ya no verán tus ojos la luz del firmamento,
Se cerrarán por siempre tus ojos á la luz.

Y sentirás entonces—si sientes—el profundo
Dolor de haber creído dar tu verdad al mundo
Cuando tan sólo dabas tus brazos á una cruz.

RICARDO ROJAS

He aquí otro espíritu representativo de esta generación á quien asedian preocupaciones sociales, y qũe ha hallado en el indianismo el molde y la palanca de nuestras energías.

Inicióse en las letras con la publicación de un poema cíclico "La victoria del hombre", que es, en su labor de poesía, la obra más sincera. Luego siguieron varios libros de prosa, aparecidos sin interrupción: "El país de la selva", "El alma española" y "La restauración nacionalista".

Después de un largo silencio poético, quebrantado de cuando en cuando por publicaciones sueltas, dió á luz últimamente su segundo volumen de versos "Los lises de blasón", obra que originó de la crítica juicios contradictorios. Esta fecunda labor literaria acaba de aumentarse con la aparición del libro "Blasón del Plata", donde se acentúa la tendencia nacionalista que caracteriza á su autor, y lo ha definido con rasgos muy personales en el escenario de nuestra incipiente sociología.

EPIFANÍA DEL ENSUEÑO

La luz de una esperanza redentora
Surgió en la noche del dolor humano,
Bañando al pueblo, como el alba dora
Las aguas turbulentas del oceano.

Orto que desgarrara las tinieblas,
Para alumbrar tan lóbregos pesares,
Como la luz del sol rasga las nieblas
Sobre la faz convulsa de los mares.

Alba de redención que entre las cumbres,
En explosión magnífica de gloria,
Inundó con sus trágicos vislumbres
La montaña de sombras de la Historia.

Y la luz de otra fe surgió más bella,
De otra fe que el espíritu ilumina,
Como el puro diamante que descuella
En la noche profunda de una mina.

Chispa de fuego que en el pueblo enciende
Claridad de purpúreos arreboles,
Como del alma del carbón asciende
La inextinguida llama de los soles.

¡Alba; rayo de luz; chispa de fuego!
Proyección luminosa del futuro
Sobre el dolor y la abyección y el ruego,
Muro de sombra de un pasado oscuro!

El pueblo va á surgir! Supremo impulso
Le arroja al mundo del ideal que sueña,
Y en él será como el turbión convulso
Que en el abismo salta y se despeña...

Nada le detendrá! Fatal é hirviente,
Desolará sembrando sus dolores;
Pero él fecundará como el torrente...
Y del pantano brotarán las flores!

El pueblo, en la ansiedad de otro destino,
Se apercibe á destruir, soberbio y fuerte,
Los templos seculares del camino,
Donde abrigó el Error dioses de muerte!

Altivo y soñador sobre sus penas,
Ya no teme á deidades ni á vestiglos:
Prometeo que rompe sus cadenas
Sobre el Cáucaso inmenso de los siglos!

Sudra que redimido de su yugo,
Tiende á los aires lábaros de llama.
Y, en sus manos el hacha del verdugo,
Viene á cortarle su cabeza á Brahma!

Creyó... Pero en la noche solitaria,
Abatido en su vida de bohemia,
Supo que Dios no oía su plegaria...
Y tuvo para Dios una blasfemia!

Hambriento y lleno de pasión y rabia,
Maldijo al ver que en su doliente anhelo,
Sobre el desierto de la nueva Arabia,
No caía el maná desde su cielo;

Ni castigaba á la ciudad impura
La lluvia redentora de Sodoma;
Y que triunfaba en esta edad oscura
Sobre Jesús la corrupción de Roma!...

Afán estéril de una lucha eterna,
Fué su vida un amargo sacrificio,
Nuevo Sísifo hundido en su caverna
Bajo la roca de su cruel suplicio.

Pero hoy surge en su cráter de miserias,
Sobre aquella ignominia de la vida
Hecha fuego la sangre en sus arterias,
Hecha una boca ignívoma su herida.

Ha trocado su yugo por las teas;
Y sobre el mundo en tempestad, se escucha

Que pasa entre la voz de las mareas
El fragor pavoroso de la lucha.

Y en el rumor de aquel terrible enjambre,
Que rueda apenas en la escarpa ruda,
Se oye el gemido trágico del hambre,
Bajo las negras alas de la duda...

Palabras de dolor dan los tugurios,
Gritos de muerte suben del estrago;
Y habla con voz de bíblicos augurios
La sangre de París y de Chicago.

Rumor de una vanguardia de titanes,
Semejante á las voces del abismo
Que siente la erupción de los volcanes
Y anuncia á la montaña el cataclismo!

¡Oh, veréis cuánto pueden las quimeras
Que el pueblo lleva en su fecunda entraña:
Ya el turbión ha deshecho las barreras
Y el volcán ha horadado la montaña!

Mañana será tarde! Y á sus greyes,
Rotos los yugos y los tronos falsos,
No podrán detenerlas ni las leyes,
Ni la tropa, ni Dios, ni los cadalsos...

¿Adónde irá?—Qué vórtice de muerte
Le llevará en la tempestad?—Acaso
Caiga rendido al golpe de la suerte
Para hundirse otra vez en el ocaso...

O tal vez más feliz triunfe mañana
Cuando los muros que le oprimen rompa,
Y de su aliento en la onda soberana
Se oiga vibrar la redentora trompa.

Coro de gloria lanzarán los bronces
Y el pueblo, Solness del futuro drama,
Elevará su torreón, entonces,
Hacia la luz que su ideal inflama...

No importa si á través de estas vislumbres,
Viene la redención de un cataclismo:
Para alumbrar la noche de las cumbres,
Dios ha puesto el volcán sobre el abismo!

A TRAVÉS DE LA SELVA

I

LA SELVA

Selva del Alma! lóbrego camino
Donde el poema eterno se renueva
Sobre la áspera senda del destino!

Senda tortuosa en que el Ideal nos lleva,
Y en que el Ideal se aleja hacia el ocaso,
Burlando al sueño que á su luz se eleva.
Como al labio de Tántalo su vaso...

Selva en que, al fin, se ve sobre el ocaso
Llegar la blanca sombra de Virgilio,—
Y tras la huella excelsa de su paso
Vamos buscando, ante su grande auxilio,

La eterna ciencia en el dolor eterno,
Hasta salvar, en el amargo exilio,
Los pórticos lejanos del Infierno!

II

LAS HACHAS

Hachas, cantad! Es la hora del crepúsculo!
Rompa tu golpe recio las marañas,
Hinche la sangre del esfuerzo el músculo!

La selva aun está virgen: sus entrañas
Dan á las fieras el cubil salvaje,
Y entretejen fatídicas arañas
Su oscura red en el hostil follaje.

Ya es hora, pues, que el entusiasmo cuaje,
Que el sol fulgure en tu desnuda arista,
Y que entremos abriendo en el ramaje
Surcos de luz, hacia una luz no vista:

Que si la Selva nuestra marcha cierra,
Caiga en las luchas de esta gran conquista,
Nuestro sudor á fecundar la Tierra!

III

LOS ÁRBOLES

Hay árboles sagrados cuya gloria
No ha arrancado á las selvas seculares
La vorágine eterna de la historia.

Sobre la tempestad de los pesares,
Surge su frente en el confín incierto,
Como el mástil en medio de los mares,
Y la palma triunfal en el desierto.

Por eso cuando quede el surco abierto,
Donde hoy la selva agreste se levanta,
Veréis sus copas sobre el polvo yerto;
Y más alta que todas, sacresanta,

La Cruz, como un peñón en la marea,
El Arbol del Dolor, á cuya planta
La sangre de los mártires gotea!

IV

EL LAUREL

Selva del Porvenir! Tu palma fuerte
Ya no coronará de gloria al Crimen
Ni premiará los triunfos de la Muerte!

Los que hoy heridos de ignominia gimen,
Se alzarán formidables redentores,
Cuando florezca en triunfos que redimen
La actual germinación de sus dolores...

Orto de paz, en explosión de amores,
Bañará de los pueblos la grandeza,—
Vasto mar coronado de fulgores;—
Y entonces el Trabajo y la Belleza,

Sobre el gran regocijo de las almas,
Surgirán ostentando en la cabeza,
La simbólica gloria de tus palmas.

CANTO DE LA MAÑANA DE MAYO

(1810-1910)

Canta, Musa del bronce, nuestra gesta
Digna de las olímpicas edades,
Y unas en tu epopeya sinfonías de orquesta,
Al lejano fragor de esas tempestades...

Y puesto que es el día de la Gloria,
La rapsodia magnífica levanta,
Y en el claro pregón de la Victoria,
La antigua loa de la Patria canta!

Túnica de oro y mágicos joyeles,
Viste la aurora de hoy en los confines,
Y ante ella elevan, dianas y cuarteles,
La aleluya marcial de sus clarines;

Mientras saluda la ascención del alba,
Estremeciendo el ámbito sereno,
Con su rotunda pólvora la salva,
Que sabe los estrépitos del trueno;

Y el són que en las basílicas lejanas,
Dan las lenguas de Dios, echando á vuelo,
El repique triunfal de las campanas,
Música en el pentágrama del cielo!

Inusitados sones los espacios
Llenan, sobre las rachas mensajeras;
Y en mástiles y almenas y palacios,
Ondean jubilosas las banderas...

El Sol de Mayo con sus lampos rubios,
Dora el Plata pacífico y sonoro,
Y envuelve á la metrópoli en efluvios
De oro.

Madruga con el Sol la muchedumbre
Que en el Ágora riente se congrega,
Y tiene aquello no sé qué vislumbre
De la severa muchedumbre griega.

Pues el Pueblo, con vírgenes de clámide
Que son como patrióticos emblemas,
Va al pie de la doméstica pirámide
A corear el Himno de las horas supremas.

¡Unete, oh, Lira,—lengua de poetas—
Al coro de esas voces argentinas,
Al eco de esas bélicas trompetas,
Al pregón de esas dianas divinas!

Y dice—oh, lengua lírica del vate:—
Nunca jamás la voz del vilipendio!
Nunca jamás el reto del combate!
Nunca jamás el grito del incendio!

Sino apagada la feral discordia,
Yerto el volcán de los fraternos odios,
Canta, en la dulce edad de la concordia,
Todos los inmortales episodios

En que se vió un Pegaso de heroísmos
Volar sobre las turbas redentoras,
Potro de fuego que saltaba abismos
En un fiero galope á la Aurora.

Y ante ese nuevo Sol que se levanta—
Viejo Sol, Sol eterno, fuente de sangre henchida—
Los avatares de la Patria canta,
Y devela el misterio de su vida.

Pida la Musa de la Patria entonces,
Himnos al mar, bandera al firmamento,
Clásicas vibraciones á sus bronces,—
Y cante ese canto en la bocina del viento...

Describa las Américas desiertas
Donde el Sol derramó todas sus galas,
Tanto que parecieron las edenales puertas,
En paraíso de trinos y de alas;

Y evoque al primogénito de aquella
Sangre solar que está en los horizontes,
Y alce ante el mundo la figura bella
Bajo de cuya planta se agacharon los montes.

Y glorifique al tercio de Castilla
Que se arriesgó en lo virgen de la breña,
Donde el épico abuelo don Alonso de Ercilla,
Después de los combates, en la *Araucana* sueña.

Y loe al último Inca de ese imperio
Del Sol, Dios paternal y soberano,
Que se hunde, coronado de luz y de misterio,
Tras la cima del Andes lejano...

Y á todas las gallardas muchedumbres
Que atraviesan el siglo en lucha franca,
Y sobre cuyas épicas vislumbres
Ondeaba una bandera azul y blanca;

Y al dócil Oceano; á la infinita
Pampa fecunda y bella como una hembra,
Y á la vasta Ciudad cosmopolita,
Logrado fruto de tan larga siembra.

Canta esa gesta en la rapsodia homérica,
Sobre el alto blasón de las hazañas;
Resuene el verbo nuevo de esta América,
Por la voz secular de las Españas;

Y en esta noble evocación del arte—
Clara lira del cántico rotundo—
La inmensa gloria de ese ayer reparte:
Entre la Patria y el resto del Mundo!

FEDERICO A. GUTIERREZ

Es una musa feroz con ojos muy buenos. Y dice esas cosas terribles en versos por lo general impecables y en imágenes de una encantadora originalidad.

Hace tiempo que no publica ninguna obra nueva, después de "Gérmenes", que no hemos podido encontrar por ninguna parte.

DELINCUENTES

Puede justificarse la ignominia.
Hay siempre en lo recóndito del alma
Una pasión que impulsa al delincuente:
Tal vez la sed de amor, la sed de agua,
La sed de libertad. Cuando en la noche,
Firme el puñal enmohecido, rasga
El corazón que le llenó de cieno
Así como se llena una cloaca
¡El juez castiga pero el hombre absuelve!...

Puede justificarse hasta la infamia.
Hay siempre un pensamiento que vigila
La soledad del hombre. Carne humana,
El espasmo no sabe de virtudes...
Cuando en la noche silenciosa y clara
El cuerpo vibra y se extremece, todo
Convida á delinquir. La mano palpa
Sedosamente el pecho de la hembra,
Que si resiste morirá...

No basta
Ser juez para ser justo. ¿Quién ha visto
Una llave ganzúa en la casaca
De un marqués?... ¿En qué triste calabozo
Está el capitalista que robara
Una bolsa de coles?... La justicia
No es esa letra de la ley, creada
Por unos hombres hartos y felices
Para unos hombres infelices, para
Unos hombres hambrientos...

En el lodo
Allí del malecón junto á las aguas,
Hay muchas criaturas que no comen...

Pero Dios no las ve. Dios no las ama
¡Dios no les da polichinelas!... Viven
Entre degenerados y canallas,
Que también fueron niños como ellos...
Tienen guedejas de color de ámbar
Y tienen corazón... Yo los he visto
Cerca del caballete, con dos alas,
Sirviendo de modelos al artista
Que decoró el altar de tus plegarias,
En ese templo en que se piden cobres
Con bandejas de plata!

La ley no los corrige, los encierra
Como si fueran delincuentes!... ¡Nada
Sino la eterna sombra y el cerrojo
Para el mejoramiento de las razas!
En el nombre de Dios van al Asilo,
Luego al cuartel en nombre de la patria
Y por último, en nombre de las leyes
¡A la penitenciaría!...

LOS HIJOS DE NADIE

El azar es un padre. Vive á modo
De esos pordioseritos, donde quiera:
En el embaldosado de la acera
De cualquier bulevar, codo con codo.

Palïducho y llorón, falto de todo,
Dí ayer con un recién-nacido. Era
Enjendro de mujer, no ya de fiera
Y estaba salpicado por el lodo.

¡Hijos: los de la sombra, los de nadie,
Los que se tiran á la Cuna, haceos
Como una gran constelación que irradie!

¡No cedáis ni á los gritos ni á los palos,
Porque tenéis—ya que nacisteis reos—
El supremo derecho de ser malos!

SALMO

Una planicie larga
Bajo la luz del sol. El infinito
Pesa en el corazón como una carga...
¡Cuán grande fué nuestro delito!

Fatigado, errabundo,
Así como bazofia mal oliente
Que despreciara un can, solo en el mundo,
Nos encontramos, frente á frente.

La veste inmaculada,
Crisol de sus ensueños, ya no era
Sino una roña vil, harapo, nada...
Menos que triunfo, ni bandera.

Aparté sus cabellos
Para reconocerle, poco á poco,
Y un perfume de nardo brotó de ellos...
Jesús de Nazareth, el loco.

—¡Señor!... ¡Señor!...—le dije—
¿Adónde vas?... Extático, siniestro
¡Ah, yo no sé qué rebelión maldije
Sobre la cara del Maestro!

Pronuncié con cariño
Su bello, triste, suspirado nombre,
Como lo pronunciaba cuando niño...
—En pos de la verdad, el hombre.—

Y, corrido un instante,
En un postrer esfuerzo, con la mano
Me señaló la inmensidad delante...
¡El llano siempre, siempre el llano!

Iba á Jerusalém.

Como en un sueño,
Cruzaba por mi mente la odisea;
En el pesebre luz, sombra en el leño...
Jesús de Galilea.

Un manto y una caña...
Este es aquel demoledor, que un día
Tronara su gran verbo en la montaña...
¡Dios te salve, María!...

Verbo de amores santo,
El de las madres débiles y buenas...
¡Lástima que su amor no odiara, tanto
Como el amor de madre de las hienas!

Adelante, la sombra, como un velo;
Arriba, el cielo azul... ¡Poeta errante,
Ensimismado en contemplar el cielo
Se olvidó de mirar para adelante!...

Le reanimé gozoso;
Me miró dulcemente, como á un hijo
Y, más que con la voz, con un sollozo:
—¡Ah, tú también me abandonaste!...—dijo.—

—Sí, también yo!...—Le contesté.—
¿Qué duda
Ensombreció su espíritu de hierro
Al verse solo, en la planicie muda,
Abandonado como un perro?...

Iba á Jerusalém... ¿Para qué iba?
¿Para de nuevo repartir sus dones,
Y rotular de sátrapa al escriba
Y á los burgueses de ladrones?...

Solo, sin fe, sin clava
La hermita obscura, túrbida la fuente...
¿Era que la Verdad necesitaba
Crucificarlo nuevamente?

—Yo—le dije—Maestro, soy el mismo:
Mezcla de amor intenso y odio intenso;
Un hereje que lleva tu bautismo
Y que está perfumado con tu incienso.

Solamente que ahora
La Verdad fijó rumbos á la prosa...

Y ya no creo en nada
Porque creo en el hombre. Como un velo
Era tu religión á mi mirada:
Más que inconmensurable, indefinida...
¡Ah, porque me dejaba ver el cielo
Pero no me dejaba ver la vida!

No hay más allá. Divinizado el hombre
Lo deshumanizaste. Solamente
Tuyo ha sido el error... ¡error sin nombre,
Tratándose de tí, clarovidente!

¡Contempla qué lejano
El horizonte azul!... Allá, muy lejos
Hay también hombres viejos
Que mendigan el pan...

La tierra toda
Se engalana de flores
Como la prometida de una boda
Eternamente festejada.
Observa
Qué leve desparramo de colores
Matiza el terciopelo de la hierba...

Y todo tiene dueño todavía...
¡Veinte siglos después!
¿En qué agujero
No ladra, poderosa, la jauría?
¿A dónde irá Ashavero
Maldito de los dioses?...
Es preciso
Reivindicar al hombre con la tierra,
No con el paraíso.

Un nuevo ideal; que encierra
La síntesis del tuyo, Nazareno,
Irradia ya, lo mismo que una aurora,
Gloriosamente bueno.

Libertad, libertad!... Esa obsesora,
Ingenua libertad que ríe y llora
En la carita de los niños... esa

Que es sensación de vértigo en la cumbre,
Gorjeo en la calandria, lejanía
En la llanura silenciosa...

Opresa
Hoy como ayer está la muchedumbre,
Pero, sabe que un día...
Rotos los eslabones en pedazos
Levantará los brazos!

No ya para los justos el castigo,
Porque si esa es la ley... ¡yo la maldigo!
De pie, sin un lamento,
Por el amor, el odio, hasta que sea,
¡Y por la libertad el escarmiento,
Con el hacha y la tea!

Eso se necesita
¡Dinamita, maestro, dinamita!

HAY UN DEBER

Amas la vida? Entonces ¿por qué no luchas? ¡Ea!
A vindicarla para dignificarnos, para
Que nuestros pobres hijos no oficien en el ara
De tanto vicio malo, de tanta cosa fea!

Ser hombre es ser soldado y aquel que no lo sea
Tampoco será hombre. Yo lucho, cara á cara
Contra lo que me ofende: altar ó cruz ó tiara,
Contra lo que me ahoga: ley ó fundo ó ralea.

Hay el deber sagrado de la lucha. Confío
No en mis amores, en mis odios! Por esto
Ganó Satán un reino... ¡Que tal vez era el mío!

Ni la lid te acobarde ni la altura te asombre:
El amor es un gesto, el odio es otro gesto!...
¡Y el más hermoso gesto de la vida es el hombre!

CAPRICHO

¡Quien te me diera toda
Como se dá la vid! Yo te contemplo
Así joven y bella,
Mármol, capullo, mariposa, fuego.
No es sensualismo; acaso
Alma que desbordándose en deseos,
Se vuelca en tí como la aurora en luces,
Como la estrella de la tarde en flecos.
Eres bella, eres joven
Y yo también soy joven y soy bello:
Tú como la visión de mis quimeras
—La boca roja, rebosante el seno—
Y yo como un picacho de montaña
Embriagado de cielo!
¡Quien te me diera toda,
Sin prejuicios, sin cláusulas, sin miedos,
Como se dan las aves de tus nidos,
Como se dan las flores de tu huerto!
Sintiérase orgulloso
¡Ah, siquiera una vez!... el insurrecto
Que ante ninguno doblegó la frente
Y luchó contra todos, como un héroe,
Por decirse tu esclavo
Y poder coronarte con sus besos!

ARTURO GIMENEZ PASTOR

En él la poesía, más que un apostolado, parece haber sido el idioma indispensable de su espíritu, en cierta hora amarga y deliciosa. "Versos de amor" se llama su pequeño volumen y ya el título es bien expresivo... No le conocemos otro libro. Del prosista, naturalmente, habría mucho que decir, aunque todavía no nos ha dado la obra que esperamos. Pero eso queda para otro lugar.

OFRENDA

¡Poetas del amor, que en vasos de oro
vertisteis la divina poesía!
¡Excelsa Señoría
del verso inaccesible en su esplendor!
No con rigores de ofendida gloria
miréis á quien la cántiga amatoria
ensaya ingenuo con endeble voz.
No hay en él osadía que os ofenda.
Viene sólo á traer la humilde ofrenda
de su parte de amor.

¡Poeta del Cantar de los cantares!
¡Poeta de la inmensa selva oscura
que dejaste flotando la ventura
de un beso en la tiniebla del horror!
¡Poeta de la noche de Verona
en que el cielo estrellado se prosterna
ante la sombra en que se mece eterna
la escala suspendida del balcón!

¡Poetas todos del Cantar supremo,
muchedumbre armoniosa é inspirada
que sin fin entonais la estrofa alada
en que el verso inmortal vibra de amor!
No con rigores de ofendida gloria
miréis á quien la cántiga amatoria
ensaya ingenuo con endeble voz.

No hay en él osadía que os ofenda.
¡Viene solo á dejar la humilde ofrenda
de su parte de amor!

LOS LUGARES

Sabéis que ellos hablan, que tienen sus voces,
recuerdos flotantes de penas y goces
que fueron instantes de junio ó de abril:
la voz de aquel sitio, de aquel campanario;
la voz del sendero que está solitario,
la voz del silencio que dice: *¡Fué aquí!...*

Son voces que el tiempo mantiene dormidas,
son leves estelas que deja tendidas
cual huellas aéreas la vida al andar;
son ecos de risas que vibran latentes,
adioses, rumor de pisadas crujientes,
mil cosas que fueron quedando allá atrás,
y que á nuestro paso despiertan con suave
temblor de aleteo que ignora aún el ave,
tal es de discreto, tal es de sutil,
y en ronda volante de vago murmullo
envuelven el alma con lánguido arrullo
y dicen muy quedo: *¿Te acuerdas? ¡Fué aquí!...*

Siempre un poco tristes, aun tristes rigores
son esas memorias que tales rumores
suscitan haciendo los sitios hablar.
¡Es raro que puedan estar frente á frente
la vida pasada y el alma presente
sin que hondos sentires levanten su afán!

Por eso no es raro que el alma se encoja
cobarde á la idea de aquella congoja
y esquive esos ecos de vida que fué.
Mas, quien á esto llegue, su bien no conoce.
Por muy lacerante que sea ese roce
del viejo pasado, la vida está en él.

¡Ay de aquel que un día por esos lugares
pasó sin que en torno los ya familiares
murmullos surjieran, su paso al oir!
¡Ay de aquel que no oye de antiguos amores
las voces sutiles, los leves rumores
que dicen muy quedo: *¿Te acuerdas? ¡Fué aquí!...*

Silencio es, terrible, de espíritu inerte
que lleva en sí mismo mudez de la muerte
y goza en su hielo de calma fatal
¡Oh voces del lago, del verde sendero,
del sitio escondido, del árbol parlero,
con dulces tristezas el alma poblad!

¡No llegue á nosotros la calma impasible
que sólo disfruta quien puede, insensible
al propio pasado, sin vida vivir
la hora en que, mudos los viejos lugares,
no dan ya al que pasa benditos pesares
diciendo al oirlo: *¿Te acuerdas? ¡Fué aquí!...*

MANUEL GALVEZ

Ha publicado "El enigma interior" y "Sendero de humildad", dos libros de poesías donde se mantiene una nota sencilla, pintoresca y triste. Su verso libre, si no ha llegado á conquistarnos por completo, ha tenido la virtud de mostrar al poeta que sabe su técnica y dice con habilidad lo que quiere decir. Cuando retorna á la simplicidad de la forma, nos dá las manifestaciones más peculiares y simpáticas de su talento.

Ha reunido un volumen de prosas con el título de "El diario de Gabriel Quiroga", donde se insinúa su sentido crítico, analista y mordaz, que en posteriores obras ha buído y acicalado, hasta sugerirnos la sospecha de que hará con él su instrumento definitivo.

Su último libro lleva por título "El solar de la raza", y es una visión del alma española. percibida en un viaje á través de España.

EL PADRECITO

Allá en medio de la montaña,
Gozosa de su soledad,
Sueña una humilde capillita
Tan pequeña como un dedal.

Es una humilde capillita
Que esparce un canto virginal
Sobre el disperso caserío
De veinte ranchos á lo más.

En un paisaje sonriente,
De una gracia particular,
Blanqueando como un pañuelo
Diminuto la iglesia está.

Recuerda á aquella que el Angélico,
Con su divina ingenuidad,
Imaginara en los milagros
Del glorioso San Nicolás.

Cerca transcurre un arroyito
Que hasta el fondo del valle va,
Un arroyito candoroso
De dulzura y de castidad.

Los feligreses del país,
Hasta de diez leguas quizá,
Se vienen todos los domingos
A oir la misa del lugar.

Cuando tañen sus campanitas
Se diluye en la extensa paz
Una alegría suave y plena,
Plena de Dios y de bondad.

El párroco de esta iglesita
Del cual ahora voy á hablar,
Es un buen viejo que ha pasado
De los setenta años de edad.

El siempre se halla muy contento,
Ningún pesar tuvo jamás.
Sólo sufre por la pobreza
Que en aquellos parajes hay.

Pasa sus días esperando
Con austera tranquilidad,
Ese minuto misterioso
Que otra vez no habrá de llegar.

Constituye completamente
Toda su alfalfa espiritual:
Su Imitación y su breviario
Y su biblia que no lee ya.

Por lo menos hace treinta años
Que no visita la ciudad;
Sus viajes son por la campaña
Para casar y bautizar.

Todos le quieren como á un santo
En los pueblitos donde va;
Sus amigos inseparables
Son un burrito y un zorzal.

Confiesa á todas las muchachas
Con un cariño paternal;
Y nunca, ni cuando era joven,
Les dijo una cosa de más.

Desconoce todas las ciencias,
Jamás oyó hablar de Renan,
Y no sabe que algunos niegan
A Jesús la divinidad.

Atiende á enfermos como un médico
Pues otro alguno allí no hay;
Tuvo una vez que ir en ayuda
De una mujer que iba á alumbrar.

Sus ganancias son muy modestas,
Mas de ellas no hace uso jamás;
Es dinero que da á los pobres
Y á los enfermos del lugar.

Es tan bueno que hasta sus ropas
Las reparte en la vecindad;
Este invierno ha dormido en sábanas
Pues sus abrigos quiso dar.

Se ha quedado hasta sin su lecho
Pero para él lo mismo da:
Duerme con un sueño de santo
Sobre una tabla desigual.

Dicen por toda la comarca
Que es tan grande su santidad
Que en cuerpo y alma un angelito
Vivo al cielo lo llevará.

Es un ser muy simple, muy simple,
De una total simplicidad;
Cree que el demonio se aparece
Como en tiempo de San Millán.

Cierta vez á una muchachuela
Que sufría de extraño mal,
Para sacarle los demonios
La pretendía exorcizar.

Los sermones del Viernes Santo
Suelen ser su especialidad;
A las mujeres y á los hombres,
A todos hace sollozar.

Su voz esparce un vago aroma
De pasto tierno y sin cortar;
Algo de eglógico y poético
En su persona humilde hay.

Su alma es suave y aromada
Cual la flor del mburucuyá,
Y aunque no tuvo cruz ni clavos
Tenerlos es su voluntad.

Ha dicho que cobrar las misas
Es prostituir el santo altar;
Que Dios reclamará esa plata
El día del Juicio Final.

Su alma de santo no transige
Con la dureza y la ruindad,
Mucho menos con esos teólogos
Cristianos sólo en el hablar.

Disculpa todos los pecados,
No las faltas de caridad;
A los perfectos de alma seca
Los excomulga su moral.

El es feliz completamente,
Más que nosotros, mucho más,
¡Y no conoce á Zaratustra
Ni á la biblioteca de Alcán!

Nunca supo que hay cuatro locos
Que el mundo quieren reformar,
Pues no ha leído á Kropotkine
Ni los libros de Carlos Marx.

Y sin embargo el pobre tiene
Lo que los otros no hallarán,
Porque todas esas teorías
No nos dan la felicidad.

Ah padrecito, padrecito,
Yo te envidio como el que más:
Te envidio por tu alma inocente,
Te envidio por tu santidad.

Ah padrecito, padrecito,
Nada te puede Dios negar;
Ruega por nos ahora y siempre,
Ruega por mi felicidad.

LA PLAZA DE MI PUEBLO

Las plazas de los pueblos tienen una alma propia,
Una alma soñadora, sentimental y buena,
Con no sé qué de ingenuo, de apacible y de triste,
Que nace dulcemente de su quietud serena.

Uno quiere á estas plazas con un viejo cariño
Que infunde en nuestra vida cierta austera fragancia,
Las plazas son como esas criadas de las abuelas
Que con amor de madres cuidaron nuestra infancia.

Aquella plaza era el corazón del pueblo.
Galoneaban sus calles siempre frescas y umbrosas,
Miles de paraísos centenarios que unían
En techumbre de ramas sus copas abundosas.

Aquella plaza era el corazón del pueblo.
(Los pueblos tienen alma y tienen corazón).
La plaza palpitaba de amores y de odios:
Era el vientre preñado de la revolución.

En estío tocaba la banda por la noche.
Gustaban las románticas y sensibles zarzuelas.
Escuchando en silencio, detrás de las ventanas,
En los bajos balcones soñaban las abuelas.

La banda se dormía sollozando habaneras
Perezosas y lánguidas, tiernamente sensuales;
Y se congestionaban de calor y de amores
Los rostros de las tímidas niñas sentimentales.

Ah! nunca he de olvidarme de la melancolía
Que se hastiaba en la plaza los domingos de invierno:
Era un paisaje gris, borroso y sin contornos,
Esfumado en la niebla de su dolor interno.

Todas las procesiones daban vuelta á la plaza,
Poblada de retablos, de flores y de altares.
Y cuotidianamente, ante el asombro unánime,
Hacían los soldados maniobras militares.

La plaza á media noche era imponente y lúgubre.
La soledad dormía en los ruinosos bancos,
Y contaban los niños que á esa hora allí vagaban
Las ánimas, los duendes y las viudas en zancos...

LAS ABUELITAS

Las abuelitas de antaño
Eran tan buenas como el pan;
Rezaban por nosotros todo el año
Y nos cuidaban con afán.

Todavía conservan en su tipo
Signos de sus bellezas tan antiguas,
Pero en la infamia del daguerreotipo
Parecen estantiguas.

Eran santas en cierres,
Caritativas con los pobres;
A todos los mendigos de los viernes
Les repartían pan y cobres.

Hablaban á la vieja usanza,
Con arcaísmos y *velay*,
Y jamás ante extraños, pues fuera mala crianza,
Pitaron su cigarro de hoja del Paraguay.

Ayunaban las pobres los cuarenta
Días pacientemente; creían en presagios;
Cuando había tormenta
Se pasaban rezando rosarios y trisagios.

Dirigían las oraciones de la mesa
Y el yantar repartían con mucho arte;
Cedían á la hija en cinta la mejor presa
Y para ellas quedaba la peor parte.

Tenían miedo de los perros,
De las guerras y de pedreas en la calle;
Sabían el dolor de los destierros
Y narraban saqueos del tiempo de Lavalle.

Hablaban de milagros y de partos;
Iban á la primera misa en traje de beatas;
Sahumaban los cuartos
Con magnolias foscatas.

Quemaban en sus pebeteros
Perfumes viejos y suntuosos,
O ponían á arder en los braseros
Yuyos olorosos.

Tempranito despiertas
Mateaban en los patios y en sus sillas de hamaca;
Mientras tanto, llegaban de las huertas
Humildes vahos de albahaca.

Siempre hablaban bien de la gente
Con voz tan suave como aroma de alhucema;
Y siendo santas todo lo hallaban excelente:
La conformidad era su sistema.

Vivían intranquilas
Por los nietitos y los hijos.
El cariño asomaba en sus pupilas
Y para todos eran sus cuidados prolijos.

Entusiasmábanse con el elogio
De santos milagrosos; tenían un retablo;
Leían con su lente un viejo eucologio
Y hacían la señal de la cruz para el diablo.

Con paciencia de orfebres
Labraban nuestra beata eternidad.
¡Aquellas procesiones y esos tiernos pesebres
De los días de Navidad!

Sabían las maneras más sencillas
De atraernos con fáciles anzuelos,
Y de las madres á hurtadillas
Nos daban plata para caramelos.

Eran como madres para las chinas;
Las defendían con tesón
De las intemperancias masculinas,
Moscas del corazón.

Gustaban las novelas
En que ocurren deslices,
Y hacían pucheros las abuelas
En esa parte en que ellos son ¡por fin! tan felices.

Las abuelas de antaño eran modestas
Y medrcsamente sumisas.
No tenían más fiestas
Que los sermones y las misas.

Esparcían en las casonas
Su blando olor á santidad,
Y al lado de ellas todas las personas
Se vacunaban de bondad.

Amortiguaban con un toque
De resignación toda pena,
Mas no sin recordar, si era el caso, á San Roque
Y á su milagrosa novena.

Si había enfermos graves decían: no se alarmen
Y tengan mucha fe;
Me ha oído la virgen del Carmen
Y el señor San José.

Las abuelas de antaño,
Las abuelitas que hemos visto viejas,
Eran del cristiano rebaño
Las más buenas y cándidas ovejas.

¡Pobres abuelas, abuelitas santas!
La mía está junto al Señor...
¡Ya no me cantas, no me cantas
Como cuando era chico el arrorró mi amor!

Pobres abuelas, santas abuelitas,
Descansad en el camposanto:
Vayan á vuestras tumbas todas las margaritas
Que han florecido de mi llanto.

BAJO EL INFLUJO LUNAR

(A Ernesto Mario Barreda)

Primavera recubre
De una melancolía leve y rara,
Los sueños de esta clara,
Dulce noche de Octubre.

A la infeliz aldea
Que en ciertas horas se hace la romántica
Y su tedio recrea
Finjiéndose de amor meditabunda,
La luna, á modo de plateada funda,
De irónica poesía astral rodea.

Alma: bajo este cielo
De noche tan serena,
¿Dónde acallar mi pena,
Esta pena sutil de que me duelo?

La banda está en la plaza.
Las humildes muchachas, en cabeza,
Pasean lentamente su tristeza.
En sus ojos hay traza
De un ensueño errabundo
Que va en el cosmorama
Rudimentario y breve de su mundo:
¡Buscando ese impalpable esposo que ama
Con un amor profundo!

¡Oh pobres ojos aterciopelados!
Vuestra melancolía
Parece hermana de la pena mía...

Y entre las necedades melodiosas
De ese aire de zarzuela

Tan cursi de llorar
—¿No es el que dice: estaba Margarita
Sentada junto al mar?—
Para encontrarse en extrahumana cita
Con vuestra pena ¡oh pobres ojos! vuela
Mi inquietud sublunar...

EN LA CATEDRAL DE BURGOS

Lleno estaba de Dios el poema de piedra.
En sus naves nacían plegarias de ultratumba;
Los seculares mármoles, bajo el atardecer,
Se exaltaban de ensueño; y en su opulenta tumba
Yacía el condestable y al lado su mujer.
Nosotros contemplábamos la obra maestra de arte
Bajo el hondo misterio de la capilla en sombra.
Una visión de pronto cruzó ante nuestras almas:
Era esa inevitable cosa que no se nombra.
Los dos, al par, nos vimos, como aquel condestable
Con su mujer, reunidos en el silencio eterno,
En el divino templo y en la tumba admirable.
Sufrimos la nostalgia de aquellos tiempos idos
Cuando se hacían tales nobles lechos de mármol
Para unir en la muerte mujeres y maridos.
Y al salir de la iglesia, ya la visión pasada,
Hallamos nuestras almas conmovidas,
Nos sentimos cristianamente buenos
Y mezcladas en una nuestras vidas.

EVAR MENDEZ

Es un erótico. Sufre el mal de la lujuria y, por lo tanto, de todas las tristezas. Su verso tan retorcido y torturado como su espíritu, nos habla de un poeta que será, seguramente, muy original. En su único libro "Palacios de ensueño", hay la influencia de demasiadas lecturas, alquitaradas, justo es reconocerlo, por un sutil espíritu de artista.

Esperamos su obra definitiva. Debe darla. Cuando se poseen sus condiciones, un poeta contrae con la belleza ese compromiso sagrado.

CONTRA EL ORIENTE

(A Alberto Ghiraldo)

LAS VOCES DEICIDAS

Y empieza una voz:

Es del viejo país del sol, seco y ardiente,
De donde viene todo nuestro mal; es la fuente
De la sombra que envuelve nuestras almas; y el Cristo,
El Pálido, el culpable de nuestra incertidumbre
Y de nuestra tristeza, de ese mal nunca visto
Que mató la alegría.

Y otra voz:

El Pálido es la cumbre
Que culmina á través de los siglos: tiniebla
Desplegando sus alas que, tornando abatida
Nuestra frente, de trágicos martirizados puebla
El infinito imperio de la muerte.

Y otra voz dice:

La Vida
Volvióse triste y mustia desde el fatal momento
En que El subió al Calvario á sufrir el tormento.

Y la gran voz deicida:

¡No! Cristo ya no existe, ha muerto; Dios ha muerto,
No hay dioses: el cielo ha quedado desierto!
Y nos vemos rodeados en la sombra por fuerzas
Desconocidas, por las tinieblas adversas
Y el profundo misterio que abate el alma fuerte,

En los cuatro horizontes ninguna luz se advierte!
...Y no hay á quien volver nuestros puños crispados
De odios! ¡No hay á quien gritar los anatemas,
Que en nuestra rebeldía de hijos desamparados,
Nuestra boca rebosa en las iras supremas!
¿A quién volverse, contra qué viejo Dios erguirse
A rogar por el alma que ya amenaza hundirse;
A quién pedir piedad, á quién echar en cara
Nuestro mal?

Y contesta una voz:

Es del viejo país del sol ardiente
De donde viene todo nuestro mal, que procreara
Al Trágico.

Y otra voz:

Es el Pálido-dios-de-brazos-abiertos
Que llenó de tristeza la Vida. El es la fuente
De todo nuestro mal. Por El vamos inciertos
Navegantes, con rumbo á la costa sombría
De la muerte, soñando en un eterno día;
Desde la tarde en que el trágico visionario
Sufrió el martirio inútil en el monte Calvario.

RECORTADO EN EL ALBA

Las nieves que bruñían la montaña en torrente
Han descendido al valle, y sobre la pradera
Fatigada de invierno, y encima de la era
Propicia al golpe del arado, la simiente

Fructifica. La espiga se inclina quedamente
Verdeando al soplar del viento, cual si fuera
Crispada por la matinal aura primera
De Floreal que se inicia en el vital ambiente.

La aurora ha poco tiempo se insinuaba y el cielo
Volcaba en las praderas su infinito consuelo
Y vestía su traje pálidamente malva.

Y cuando la luz todo lo hubo poblado;
Se vió en la aurora roja, conduciendo el arado,
Un labrador, erguirse, recortado en el alba.

LA HEREDAD

El labriego me muestra sus lozanos barbechos—
Viñas futuras—sus hortalizas tempranas;
Las parras que están llenas de frutos, las manzanas
Que inclinan con su peso los ramajes derechos.

La bodega sombría nos anega los pechos
Con su vaho de frescura penetrante, y lozanas
Las cubas y las pipas, aguardan las mañanas
Próximas de vendimia y de óptimos provechos.

La enredadera trepa al techo sus glicinas,
Violetas y suspiros, y estas flores divinas
Alegran; y á su sombra, el rústico labriego,

Contento de su suerte, sin pensar que es viejo,
Canta, y me ofrece un poco del vino más añejo,
Mientras se va la tarde, naufragando en su fuego.

LA MISA

Tiembla en pálidos oros el sol de la mañana
Otoñal y en el cielo palpita la campana
Matutina llamando á la primera misa.
Mi paso vagabundo, mientras camino, pisa
Las hojas abatidas de la senda. Ambulante,
Pasa un perro á mi lado. Algún árbol distante
Adorna el horizonte de este árido paisaje
Suburbano. Penetro con mi eterno bagaje
De neurastenia, ó fiebre, ó hastío ó consunción
Espiritual, en busca de alguna sensación,
A la iglesia que encuentro, sin pensar, á mi paso.
La púrpura eclesiástica y los oros y el raso
Del oficiante, evocan en mí una teoría
De fantasmas antiguos. Vienen en compañía
Borgia, Loyola, el gran Torquemada y Conrado,
(Aquel sádico fraile maldecido y odiado
Que azotaba la augusta desnudez de Isabel
De Hungría). En caravana pasa un torvo tropel
De sátiros tiarados y se pierde en la nube
De incienso. Y en el místico arrobo que me sube
Al espíritu, á causa del ambiente y el son
Celestial de las flautas que suena el orquestrión,
Me estremezco pensando con temor y alegría
En la imagen desnuda de la Virgen María.

JUAN AYMERICH

Después de su libro "Joyeles", colección de sonetos de corte parnasiano á veces, y á veces romántico, leemos á menudo versos de Juan Aymerich entre las revistas que heroicamente luchan y marchan. Va adquiriendo cada día más una forma sencilla y evocadora de paisajes natales, tendencia que nunca podrá encomiarse bastante. Sus traducciones suelen alcanzar á una notable perfección. Ignoramos que haya publicado otros libros.

LA TRISTEZA DEL JARDIN

La tristeza del jardín
Bajo la tarde dorada,
Es una suave elegía
Para decirla en voz baja.

Sendas formando eses... Rosas
En los rosales. Y canta
En los claros surtidores
La melodía del agua.

Una primavera lúgubre
En el jardín sueña y pasa
Derramando entre las frondas
El rocío de sus lágrimas.

Y es el silencio tan hondo,
Que si desde alguna rama
Cae una hoja desprendida
Se siente cuando resbala.

Angustiosa pesadumbre
De su recinto se exhala,
Y penetra por los ojos
Hasta la urna del alma.

La tristeza del jardín
Bajo la luna de plata,
Sonríe á la primavera
Que melancólica pasa...

CAPRICHO

En el azul sin mancha brilla la luna llena
Y la ciudad desierta silenciosa dormita.
Por las estrechas calles, como un ánima en pena,
Uno que otro viandante con mesura transita.

El pincel de la sombra deja trazos seguros
En el plan uniforme de las aceras grises...
La luna se derrama sobre los altos muros
Dejando al descubierto profundas cicatrices.

La noche es perfumada de silencio y de brisa
Y la mente no turba ningún sueño insensato.
De un caserón ruinoso, por la angosta cornisa,
Se pasea la sombra elástica de un gato.

* * *

No llueve ya. Por las estrechas calles
El agua cenagosa
Arrastra los resíduos miserables
Que las casas arrojan.

Brilla á trechos el cielo
Y allá, en el horizonte, nubes torvas
Bajo el látigo de oro del relámpago
Se alejan silenciosas.

De nuevo el sol fulgura
Y su áurea lumbre en la ciudad borrosa,
Como un mago pincel traza en las calles
Juegos de luz y sombras.

* * *

Derrama el sol su lumbre en la desierta
Plaza, y en el silencio
Sólo la voz del agua dá en las fuentes
Una larga canción de desaliento.

Tendidos en los bancos
Unos cuantos mendigos harapientos
Escapados de un lienzo de Ribera,
Sin inquietudes duermen, boquiabiertos.
Echados á sus plantas
Están los fieles perros.

ROSAL VIEJO

Rosal viejo, rosal viejo
Que al llegar la primavera
No te cubres de retoños
Ni tampoco de hojas nuevas,
Y que te alzas sobre el césped
Con tus ramas esqueléticas
Donde no fluye la savia
De tu antigua florescencia...

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

Las mariposas no te aman
Ni te buscan las abejas,
Y hasta el pájaro cantor
En tu ramaje no sueña.
¿Por qué no luces las rosas
Entre la fronda de seda
Que, como un traje de gala,
Vestías en primavera?

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

¿Qué le dirás á la niña
De undivaga cabellera
Cuando recorra el jardín
En busca de rosas nuevas?
Hasta las arañas tejen

La frágil red de su tela
Entre los gajos marchitos
Donde las flores no sueñan.

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

Ya tus guías florecientes
Hasta mi estancia no llegan
Al trepar por el calado
De la centenaria reja.
Y al contemplar tus añosas
Ramas torcidas y entecas
Que fatalmente se inclinan
En dirección á la tierra.

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

Corazón, corazón mío,
Ya no tienes primavera,
Y el rosal de tu esperanza
Estiende sus ramas secas
Donde el pájaro ilusión
No preludia las endechas
De amor y melancolía
Que le enseñó tu quimera.

Alma mía, rosal viejo,
Me inspiras lástima y pena.

CÈSAR BORGIA

(de Paul Verlaine)

Sobre el fondo sombrío do se esfuma un vestíbulo
Opulento, en que el busto de Horacio y el de Tíbulo
Lejos, de perfil sueñan en su mármol triunfal,
La diestra en la cadera, la izquierda en el puñal,
Mientras dulce sonrisa por sus labios resbala,
Se yergue el duque César con su traje de gala.

Cabellos y ojos negros y oscuros terciopelos
Contrastan, entre el oro suntuoso de los cielos,
Con la palidez mate y bella del semblante
Mirado de tres cuartos y sombreado bastante,
Según los españoles y cual los venecianos
Pintaban en retratos reyes y cortesanos.
Palpita, fina y recta, la nariz. La carmínea
Boca, es tenue y diríase que levanta la línea
Del tapiz, con su soplo cálido. Y la errante
Mirada indiferente que se fija distante
Como se ve en las telas de las viejas pinturas,
Preñada está de enormes ideas de aventuras.
Y la frente ancha y pura de un gran pliegue surcada
Sin duda por proyectos terribles acosada,
Piensa bajo el birrete donde una pluma ondea
Sujeta por un broche de rubí que chispea.

POESIA

Gala y ornado del jardín un día,
Y entre verdes rosales levantada,
Aun se vé, de sus dueños olvidada,
La estatua de la bella Poesía.

Como un sueño de plástica armonía
Se yergue la figura inanimada,
Y el viento de su lira descordada,
Parece que arrancase una elejía...

Abrazándose á ella dulcemente,
Un gajo de rosal sube anhelante
Por el torso de líneas armoniosas.

Y cuando llega á la nevada frente,
Ciñe á ella en un círculo triunfante
La corona de púrpuras y rosas.

JOSE DE MATURANA

Su producción teatral no le ha apartado de estas amables excursiones espirituales, antes bien, ha ampliado su horizonte poético, llevándolo á acometer la empresa del teatro en verso, de cuya tentativa ha salido con el triunfo de su "Canción de primavera", poema rústico en tres jornadas, según lo califica el autor.

La obra del presente deja muy atrás á sus rutilantes ensayos juveniles, cuando una aureola de admiradores aplaudía sus libros "Cromos" y "Poemas de color". Como algunos poetas de esta y de la otra generación, Maturana ha recojido de las tierras de España todo ese soplo cálido y hondo, que tanto nos emociona á los que amamos esa tierra con un amor ancestral. Su último libro "Naranjo en flor" está lleno de esa añoransa, y la "Canción del molino", que tiene también ese espíritu, es uno de sus mejores trabajos.

EL BARRIO ABANDONADO

Triste barrio sombrío
de miserables y desiertas casas,
de sórdidas viviendas
amarillas y chatas,
que ni siquiera tienes
para adornar tu condición precaria,
la sonrisa de un árbol en tu calle
ó el beso de un clavel en tus ventanas...

Triste barrio maldito por los hombres
y por el tiempo; rama
donde anidó la chusma delincuente:
¡mi vieja pena te saluda, hermana
de todos los dolores olvidados,
cuyas visiones líricas y amargas
florecen bajo el duelo de las noches
como rosas que sangran!
Triste barrio sombrío, triste barrio
de miserables y desiertas casas...

Por tu calleja obscura
y grave, como un alma solitaria,
yo no sé qué infinito desconsuelo
de muerte, gime y canta;
canta y gime á la vez, en los violines
de la noche enlutada.
Yo no sé qué misterio, viejo barrio,
tienen tus mudas, tus antiguas casas
de ruinosas techumbres desolantes
y de puertas cerradas...
Yo no sé qué saudades tus faroles,
á cuya lumbre aciaga,
nocturnos Aladinos, mil siluetas
de brujas quieren descubrir. Extraña
y honda es la pena que en tu infértil seno,
viejo barrio, me guardas...

Dime, sorda calleja,
triste y maldita por los hombres; habla:
¿Qué espíritu maligno
dejó en tí la errabunda caravana?
¿Cuántos ocultos crímenes
se maquinaron en la negra entraña
de tu absurda calleja, viejo barrio?
¿Qué pavorosos dramas
tiñeron con su sangre los paisajes
negros de aquellas almas
que en tí ocultaron su locura, ó fueron
víctimas de una fiebre visionaria?

Viejo barrio maldito,
de miserables y desiertas casas:
¡lo que diera esta noche
por oirte llorar! ¡Saber la anciana
y angustiosa novela de tu vida,
bajo el beso de plata
que la luna te ofrece
pensativa y romántica!
¡Lo que diera el poeta, viejo barrio,
por hablar un instante con tu alma!
Pero, no; tú estás mudo.
¡Si no tienes dolor no tienes nada!

Suena lejos, muy lejos, la congoja
de una errante guitarra...
¿Qué dices, viejo barrio,
de míseras viviendas solitarias?
¿No cantaban las gentes que vivieron
en tus antiguas, lúgubres moradas?
¡Ah, viejo barrio triste
que no tienes dolor; tal vez no amaban
los hombres en tu sórdida calleja,
tal vez la chusma ingrata
que en tí vivió escondida
sólo supo de angustia y de venganza!

Por eso tienes este
mal aspecto de cárcel despoblada;
viejo barrio sombrío,
que ya olvidas el alma
de la errabunda chusma que abrigaste,

de la prole gitana
dolida del vivir, que no quería
ser sumisa ni esclava.
Por eso tienes esta
fisonomía singular y amarga
de villorrio embrujado...
Ya no recuerdas nada
de la siniestra gente que hace poco
te abandonó, y al emprender la marcha,
bien decía en los ojos y en la frente
que al presidio emigraba,
ó al maternal refugio
donde terminan las dolientes ansias...
Allá... Bajo el azote
de una lluvia de invierno, despiadada;
bajo una hosca noche inolvidable
en que la capital estaba trágica,
lo mismo que la imagen del Delito,
y, como tú, la población, sin alma...

¡Viejo barrio sombrío, que no tienes
ni un tiesto de clavel en tus ventanas!

ROMANCE DE LOS BESOS

Era una tarde de aquellas
en que el corazón nos manda...
Y en el jardín solitario,
bajo la tarde encantada,
junto al rosal florecido
que á una Venus enguirnalda,
tierno romance de amores
dijo el galán á la dama...

—Déjame hacer con mis besos
un rosario en tu garganta,
suave como las palomas,
lustral como una esmeralda,

como el jacinto pulida,
como el jazmín perfumada;
y al embriagante connubio
de mi labio y tu garganta
rodarán perlas de ensueño
sobre tus hombros de Diana.

—¡Ya sé, galán, que tus labios
queman como tus miradas!

—Déjame besar tu frente
magnífica y soberana
como los mármoles griegos,
como el caracol rosada,
como los nardos fragante,
como las auroras casta;
y en tu frente, milagrosa
flor de leyenda romántica,
se ha de encender un sagrado
lucero de mi esperanza,
para alumbrar el divino
diamante azul de tus gracias.

—¡No me mires, no me mires,
que me queman tus miradas!

—Déjame besar tus ojos
radiantes de circasiana,
como los astros profundos,
tranquilos como las aguas
de las fuentes melancólicas
que en los jardines te cantan;
y á la fusión de mis labios
con tus pupilas amadas
han de encender los amores
en sus ánforas gallardas
todo el incienso que envuelve
la religión de tus galas.

—¡Calla, galán, pues me inquietan
con su calor tus palabras!

—Déjame besar tu boca
meridional y encarnada
como la guinda incitante,

como los claveles grata,
dulce como una sonrisa,
fresca como una mañana
primaveral y armoniosa
bajo una alegre enramada;
y, así, el corazón se funda
con esa boca sultana,
para aprisionar dos vidas
en la cárcel de dos almas...

—¡Vete, galán, que me queman
tus ojos y tus palabras!

—Quiero besar tus pupilas,
y tu frente soberana,
y el encanto de tu boca,
y el jazmín de tu garganta;
quiero posar la amargura
de mis labios en tus gracias;
y en tanto que me consuelas
de la errabunda nostalgia,
pensaré sobre tus ojos,
sobre tu frente pagana,
sobre tu boca de mieles,
sobre tu fresca garganta:
¡que está besando á la Gloria
mi amor, tendido á sus plantas!

La dama clavó al galán
sus ojos—dos puñaladas—
y en el rosado misterio,
de la tarde visionaria,
besos de amor escucharon
las rosas y las estatuas...

CASTILLA, MADRE NUESTRA...

LA CANCIÓN DEL MOLINO

Los pardos alcores, la doliente y llana
tierra de Castilla cruza el peregrino...
Es arduo el camino. La nieve lejana
dice del invierno del dolor eterno.
Y un lento molino,
bajo la angustiosa tarde castellana,
llora su profundo romance de invierno
como un solitario juglar del camino.

Y oye el peregrino
la voz del molino...

De la calva sierra brotan los vapores
azules, que el viento lleva á los alcores;
y en sus luengas capas, al cuello cruzadas,
sobre el agrío campo de sendas mojadas
pasan los arrieros y van los pastores,
como silenciosas vidas ignoradas
en un sueño inútil de mundos mejores...
El lento molino—juglar del camino—
rememora extintas leyendas al viento.
La cabalgadura descansa un momento.

Y oye el peregrino
la voz del molino...

—Castilla, Castilla de los caminantes,
célebre y adusta Señora Castilla;
Madre, de la augusta, secular diadema,
la del más triunfante y épico poema,
la de los señores de horca y cuchilla,
la de los castillos de puentes vibrantes:
¿qué fué de tus cetros, qué fué de lo que antes
fué en tí poderío, fué en tí maravilla?
Castilla, Castilla de los turbios ríos,

de las tierras secas, de la roja espada:
¿qué fué de tu hacienda, qué fué de tus bríos?
De tu inalcanzable grandeza pasada,
¿por qué no quisiste quedarte con nada?

Suenan los reclamos al viejo camino;
tan sólo responde la nieve callada.
Silba en los alambres la ventisca helada.

Y oye el peregrino
la voz del molino...

—¿Ya no hay caballeros por las tierras duras
del ancha Castilla? ¡Ya no hay aventuras
en las desoladas sendas amarillas,
al ayer cruzadas por los caminantes,
los conquistadores y los trovadores
líricos y errantes!
Ya el tosco guijarro de las carreteras
no repite el eco de andanzas guerreras.
Por las tierras graves de pardos caminos,
de tristes alcores, de mudos romeros,
ya no hay aventuras, ya no hay caballeros...
En los amargantes
pueblos castellanos,
no están los ufanos
locos de Cervantes.
Los viejos pastores van por los senderos
como soportando sombríos destinos.
¡Oh, las tierras duras del ancha Castilla!
¡Oh, negros mesones! Los pobres arrieros,
sobre sus pollinos, no cantan canciones.
¿Qué fué de la augusta Señora Castilla?
¿Qué fué de los Cides y rancios varones?
¿Dónde están aquellos antiguos mesones?
Los pobres arrieros van por los senderos
sin cantar canciones.

Y pasan las sombras en la tarde fría.
Son hombres adustos de la serranía,
sufrientes abuelos, lampiños varones,
trágicas mujeres, recios mocetones.

Y oye el peregrino
la voz del molino...

—Castilla olvidada, Castilla doliente:
tu dolor eterno, tu monotonía,
fluyen del invierno de la serranía
como el persistente cantar de una fuente...
¿Ya has muerto, Castilla de los capitanes?
¿Qué tiene tu llano, que tan triste brilla?
¡Castilla! ¡Castilla! Solar castellano
de las aventuras y de los afanes,
y de las audaces y magnas acciones,
y de las conquistas, y de las canciones:
¿qué has hecho, qué has hecho de tus infanzones
y de tus Quijotes y tus capitanes?

Del hondo reclamo se llena el camino;
sufren los viajeros la ventisca helada.
La tarde callada no responde nada.

Y oye el peregrino
la voz del molino...

—Duerme, vieja Madre de las mil hazañas,
sol de las historias, prez de las Españas...
¡Ah! ¿Duermes ó aguardas, ó sueñas, Señora,
la de las más arduas andanzas guerreras,
la de las gigantes, locas aventuras,
tan deslumbradoras y tan altaneras?
¡Castilla! ¡Castilla de los caminantes!
¡Célebre y adusta Señora Castilla!
Madre, de la augusta, secular diadema,
la del más triunfante y épico poema,
la de los señores de horca y cuchilla,
la de los castillos de puentes vibrantes:
¿qué fué de tus cetros, qué fué de lo que antes
fué en tí poderío, fué en tí maravilla?
De tu inalcanzable grandeza pasada,
¿por qué no quisiste quedarte con nada?

Calló el alma vieja del molino lento,
la cabalgadura cobró el movimiento;
y, evocando el triste cantar del molino,
por la carretera lloró el peregrino...

ROMANCE DE LA AUSENCIA

Ven, morena:
ven, gitana...
Misteriosa luz lejana
de mi ensueño y de mi pena,
gentil cáliz de azucena,
copita de nieve y grana...
Ven... Ya tengo en la ventana
claveles para tu pelo,
y un pedacito de cielo
para espejarlo en tus ojos,
y para tus labios rojos
un hondo beso de amor,
y un cántico embriagador
para ensalzar tu belleza,
y un regio chal de princesa
para tus hombros en flor...

Ven, morena,
ven, gitana,
que por la noche galana
te asomas á la ventana
de mi pena...
Divina rosa temprana,
leyenda de bizarría,
fresca lluvia de alegría,
lucero del alma mía
que encantó á la morería
sobre una huerta serrana.

Canta, canta el trovador
su dulce trova de amor,
y más bien no la cantara,
para que no la escuchara
quien no siente su dolor...
Y así llora en su cantar,
aunque no quiere llorar,
el juglar.
Triste esperanza de amar
lo que no puede alcanzar!

Gitana de estos amores,
senda alegre de mis flores
de encanto y de fantasía:
¿dónde estás, que el alma mía
no tiene más ufanía
que la de verte y besarte?
¿Dónde tendré que adorarte,
si no sé buscarte más?
Gitana, gitana mía:
¿dónde estás?

Bordaré mi serenata,
por tí magnífica y grata,
bajo el prodigio de plata
de las noches pensativas,
en que lloran las estrellas
como ilusiones cautivas;
y te ofreceré el collar
del azar
que me impulsa locamente
por camino diferente
del de tu planta florida,
tan distante...
Seré el misionero errante
de la canción de tu vida!

Loca y lírica canción
que brota del corazón
ardiente y aventurera,
flamante de vida entera,
como el sol en primavera
y el diamante en el carbón.
Loca y lírica canción
de mi esperanza postrera!

Voy en pos de la fortuna
de tus amores gitanos,
y llevo ardiendo en las manos
el alfange de la luna...
con—él—promesa de amor—
quiero desgarrarme el pecho
para encantar mi dolor.

Pobres trovas de juglar
que el viento arrastra al pasar...

¿Qué tumba irán á encontrar?
¿Dónde podrán descansar,
peregrinos del dolor,
los sueños del trovador
que sólo supo llorar?
Gitana de mi penar,
cuánto me duele tu amor!...

Ven, morena,
gallardía
de la andante fantasía,
misteriosa flor de un día
fragante y primaveral,
limpia luz meridional,
como el sol de Andalucía;
ven palomita lejana
de mi ensueño y de mi pena,
gentil cáliz de azucena,
joyero de nieve y grana;
ven, que tengo en mi ventana
claveles para tu pelo
y un pedacito de cielo
para espejarlo en tus ojos,
y para tus labios rojos
un hondo beso de amor,
y un cántico embriagador
para ensalzar tu belleza,
y un regio chal de princesa
para tus hombros en flor...

TOMAS ALLENDE IRAGORRI

Un solo libro conocemos de Allende Iragorri, y creemos que no ha publicado más: "De todo corazón". Sin entrar á discutir su técnica, que no es en todos los casos la nuestra, sedúcenos este poeta por su enérgico realismo y una honda evocación, bebidos, sin duda, en fuentes españolas, pero que nos emocionan como nuestros por el parentesco legendario.

Libro torturado, con un cierto prurito por quebrar las líneas, en busca de una originalidad que desconcierte, "De todo corazón", si no es una obra definitiva, en cuanto á la factura externa, es una obra de madurez en cuanto al espíritu.

Este poeta realizará una cosecha de belleza, lo creemos sinceramente, pero no hay que empeñarse en seguir buscando la forma en la deformación.

LA MOZA DE LA VENTA

En el prado, sin brisas,
La despidió su amado,
El del puñal dorado,
Y la capa escarlata.
Y sus ojos pudieron
Ver del sol á los últimos reflejos,
Partir los estandartes á lo lejos.

La tímida campana de la ermita,
Exhalaba su voz penetradora,
Llena de la ternura de la hora.
La llorosa villana
Como al llamado de una voz hermana,
Acudió á relatarles sus quebrantos,
Entre sombras y luces desvalidas
A los obscuros santos
De las caras pulidas.

Al volver á la venta,
La noche se cubría
Con una niebla pavorosa y fría.
Un cielo sin estrellas
No alivia el pesar de las doncellas.
¡Cuanto á su pobre corazón decían
Las luces que de súbito encendían
Mujeres del hogar en las cabañas!
¡Y cuán impenetrables parecían!
Sólo el temblor silvante de las cañas
Del río que rodaba hacia el molino,
La iba acompañando en su camino.

Del serenado cielo,
Una estrella rodó, desvanecida,
Y el negro río la tragó en seguida.

Ella pensó en su amante
Que, hermoso é inconstante,

Olvidaría la amorosa huella,
En brazos de amadora ó de doncella.
Luego entrevió la venta ensombrecida,
Sin amores, sin vida;
Los candiles humosos,
Esparciendo reflejos tenebrosos;
Los requiebros soeces,
Las estúpidas caras de otras veces,
Y al llegar al sombrío
Puente antiguo de piedra sobre el río,
Toda de cuerpo y alma fatigada
Se arrojó á la corriente, desolada.

EL PASO DEL BOSQUE

Va atardeciendo silenciosamente,
Sobre el susurro del follaje, sube
El gotear de una fuente.
Y el canto de las aves,
Ha decrecido hasta un piar muy suave.

Asorda un cascabeleo; alarida el postillón;
Y errumpe por un recodo, la regional diligencia,
De mulas enjaezadas, gualdrapas rojo chillón
Y apomponadas labores de campesina paciencia.

Dos servidores de noble casa cabalgan detrás,
Y junto á la portezuela, el obeso busto inclina
Un finchado caballero de adusta y patricia faz.
Del interior le responde y tiembla una voz divina.

Seis emboscados disparos de arcabúz, paran sangrientamente la marcha, rodando algunas mulas sin vida.
Y de lo espeso del bosque, en furiosa acometida,
Llegan gentes cortesanas, no bandoleros de cuenta.

Un débil grito se escucha de una augustiosa sorpresa,

Y otros dos de ira y despecho, que se adivinan mortales.
Después, un encarnizado batir de aceros rivales,
Y un jadear de jauría que muere en torno á la presa.

Al llegar de la primera claridad lunar rosada,
Se ornan de luz tremada el aún empuñado acero
Y la enlutada figura del vencedor caballero
Arrodillado, que besa la mano á la desmayada.

BAJO FONDO

Un café de extramuros, en la villa extranjera.
Llueve furïosamente. A través los cristales,
Veo oscilar las luces verdes de los fanales,
Izados en los mástiles que pueblan la ribera.

Un grupo abigarrado de gente aventurera,
Con voz aborrascada gruñen aires natales.
Y las pipas que huméan tardías espirales,
Iluminan de rojo la faz de una ramera.

Más pálida que bella, ella tose y se ríe,
Atusando las barbas espesas de un marino
De semblante inyectado, y mirar mortecino,
Que, bonachonamente halagado sonríe...

Se arremolina el grupo, estalla un juramento;
Y un brazo tatüado, blande un puñal sangriento.

REFUGIO

Lo hemos buscado de paz
Y labor; un barrio extremo,
Donde forma la ciudad
Un oasis de silencio.

Una habitación que está
Al bajar del firmamento,
Como en la alta rama un nido
De ruiseñores austeros;
Bien cercanos á la luz
De las estrellas del cielo.

Tiene un balcón aún sin plantas
Nosotros se las pondremos
Aunque haya que defenderlas
De la crueldad de este invierno.

Cuanto más tarde florezcan
Mayor querer les pondremos.
¡Cuánto más aman los padres
Al hijo que estuvo enfermo!

Aun nos mira nuestra casa
Con ojos de forastero.
Pero iremos intimando
Y ella nos irá sonriendo.

Después ya buenos amigos
Tendrá un lugar predilecto
Testigo fiel de mis largos
Consuelos y desconsuelos.

¡Días que vais á venir!
¡Oh! ¡Noches de hábito negro!
¿Qué dejaréis al pasar
En el cáliz del Recuerdo?

CARLOS ALBERTO LEUMANN

De su "Libro de la duda y los cantos ingenuos", extraemos la composición que se publica. Es una visión original.

Después de su última obra, no hemos leído suyo nada nuevo. Tal vez prepara otro libro ó, tal vez, ha tirado al mar su copa de Tulé...

EL ANGEL BUENO

Luzbel miró venir entre la oscura
Sombra una dulce y pálida figura,
Y súbito estupor desconocido
Llenó su corazón de ángel caído.
Aquella forma esbelta y blanca y grave,
Le recordaba la apariencia suave
De un ángel conocido; un ángel tierno
Que olvidara en las horas del infierno.
En el cielo, por tiempos muy lejanos,
Habían sido casi como hermanos.
Luzbel se agazapó con vago susto
Y hundió en la tierra su semblante adusto.
Un punzante rencor mordió su entraña,
Y su cuerpo crispó como una araña
Herida por la luz. En vano quiso
Borrar de su obsesión el paraíso,
Y poder maldecir, rebelde y fiero,
Aquel dulce y antiguo compañero.
Y recordó cuando jugaban juntos
A los pies del Señor. Hondos trasuntos
De aquella vida buena y apacible
Vinieron á enconar su afán horrible.
Al ángel recordó, su bella cara
Palidecida cuando ya le hablara
De su intención proterva de precita,
Y recordó también la ingenua cita...

El ángel ya pasaba dulcemente;
Su pie ligero le tocó en la frente,
Y Lucifer, con torvo desafío,
Ante el ángel se irguió mudo y bravío.
Creyéndole una sombra, una quimera,
El ángel le sonrió. Por vez primera
Después de tantos años como había
Pasado su alma en la expiación y fría,
Sintió Luzbel que un pensamiento bueno
Nacía en lo profundo de su seno.

—"¿No recuerdas de mí?"—le dijo.—"Mira...
Acaso estoy cambiado. ¿No te inspira
Nada mi voz?..." El ángel sus preguntas
Oyó temblando. Y con las manos juntas
Retrocedió despacio, muy despacio,
Titubeante. Un bucle de su lacio
Cabello le ocultó la frente blanca;
Luego así como un niño que se arranca,
Con ahogado gemir, de un sueño triste:
—"¡Hacía tanto tiempo que te fuiste!..."
—"Mucho tiempo, es verdad. Pero en el cielo
Los siglos pasan como un blando vuelo.
Donde yo estoy, un día es como un largo
Martirio, tú lo sabes. Sin embargo
Tú me olvidaste; y yo, yo que me muerdo
De impotencia y dolor, yo te recuerdo."
Dijo Luzbel estas palabras rudas,
Y luego con las uñas sus desnudas
Carnes hirió, rugiendo de coraje
Y de odio contra sí. Bello y salvaje,
Luchaba entre su antiguo amor oculto
Y su altivez indómita. Un insulto
Sañudo y torvo le subió á la boca
Contra el justo Jehová; la rabia loca
Cubrió sus labios lívidos de espuma...
El ángel, su ala de impalpable pluma
Recogió temeroso. Después quedo,
Venciendo la bondad todo su miedo,
Tendió su mano blanca y temblorosa
Sobre la horrible frente sudorosa
Del Maldito. Luzbel con grito aciago
Sacudió en su cabeza aquel halago
De caricia. "No, vete, así no quiero.
Como el hombre da pan á un pordiosero
Me das caricias, miserable hermano."
—"Así nunca, Luzbel."
—"Mira, tu mano
Tiene la huella negra de mi frente."
—"¿Y qué importa?"
—"Yo al fuego más ardiente
Acercaré mi rostro; tu blancura
Dejó algún rastro en mi cerviz oscura."

El ángel tornó un poco su semblante,
Y se puso á llorar. Calló un instante

Luzbel absorto. Un alba de alegría
Sobre su frente de dolor nacía.
—"Sí, llora, llora",—murmuró.—Tu llanto
Quita mi sed. ¡Qué bello estás! Y cuánto
Te amo!... Oh, si hubiese yo vencido
A Dios! Aún me amaras... Y á tí unido
Reinando juntos... Todo se llamara
Como yo: *Luz del cielo*. Palpitara
La tierra sin gemidos... ¡Sueño vano
Y absurdo! Pero dime, dime hermano:
¿Recordarás de tu Luzbel alguna
Vez allí donde fué también mi cuna?
Turbóse el ángel. Su mirada buena
Veló una nube de indecible pena,
Porque pensó que no podría en brazos
De su Dios evocar aquellos lazos
Con su hermano maldito.
—"Tú vacilas...
"¡Oh, vete, vete!" Ardientes las pupilas,
Extremecido, mudo, como exhausto
De aquel delirio doloroso, infausto,
Cayó Satán sobre la fría roca
Y hondos quejidos exhaló su boca.
El ángel suspiraba. Una infinita
Piedad le avasalló por el precita
Excuchando sus sórdidas querellas,
Y mirando intranquilo las estrellas
Por temor á la cólera del cielo,
Furtivamente se sentó en el suelo
Al lado de Luzbel. Y su ala leve,
Formada en pluma de impalpabe nieve,
Le cubrió con tan trémulo murmullo,
Que Luzbel, sin rencor y sin orgullo,
Alzó hacia el angel bueno sus miradas
Y le entregó sus manos enlazadas.
Algo más hondo que el arcano eterno
Y más fuerte que Dios y que el infierno,
Enagenó sus almas en un mudo
Prodigio del Amor; Satán ceñudo
Se arrepintió un instante, el ángel bueno
Ya no sintió al Señor en su albo seno,
El uno al otro se buscó la frente
Y se besaron silenciosamente.

DOELIA MIGUEZ

En medio de la esterilidad imaginativa de nuestras mujeres, es digna de encomio la labor de esta poetisa: hay muchas doctoras, mucha pedantería; lo que falta son mujeres de talento.

En un ambiente repulsivamente mercantilista, el bello sexo parece también inclinarse á una actividad que se justifique con la remuneración. Por eso las obras del espíritu crecen sin aquel regocijo dionisíaco del que realiza una labor de felicidad humana...

Doelia Miguez ha publicado ya dos volúmenes de versos: "Desde la sombra" y "La rueca encantada". Esto demuestra que la poesía en ella tiene el carácter de un apostolado. Es una poesía grave, llena de naturaleza, muy aborigen. Y si á esto se agrega que posee el dominio del color y fuerza evocativa, es justo suponer que de Doelia Miguez puede surjir la obra de mujer que entre nosotros se está haciendo esperar demasiado.

EL ÑANDUBAY

EN LA SELVA

Desafiando al cielo
Con sus ramas toscas y resquebrajadas,
Sobre el campo inmenso,
Firmes y caducos á los vientos se alzan,
Viejos ñandubayes
De fornidos troncos y torcidas ramas;
Hechos á tormentas
Y á quemantes fríos de crudas heladas;
Nada mover puede
Sus raíces hondas que la tierra abrazan,
Desde largos siglos
Vigorosos chupan la abundante sávia,
Que les brinda á mares
La feraz y rica tierra americana.
¡Si contar pudieran
Como los abuelos sus historias largas
Y á su grata sombra
Con recogimiento pudiera escucharlas!
Recios sus ramajes,—
Cabelleras viejas que no lucen canas,—
Muestran con orgullo
Como antiguos héroes juveniles galas,
Son los brotes nuevos,
Las flexibles trenzas de risueñas lianas,
Que por las cortezas
Viejas, quebradizas, ya descascaradas,
Trepan y se enredan
Y calados tejen en las secas ramas.

Vedlos! siempre firmes como centinelas
De horas y de días contemplar la marcha,
Cuando el sol naciente sus cortezas dora,
Cuando sus cortezas fulgurante abrasa,
Cuando moribundo como un globo ardiente
Con sangrientos rayos sus cortezas mancha;

Son como de inmenso templo las columnas
Donde el blando nido sin temor descansa,
Mientras con implumes alas diminutas
Y con pedigüeñas voraces gargantas,
Como nietecillos de las recias copas
Surgen los hijuelos de pareja alada,
Entre brisas leves y canción de hojas
Que el ramaje rudo con amor hamacan.
Ellos, los humildes tímidos artistas
Pregoneros firmes de las alboradas,
Son los pequeñitos, los desconocidos,
Los que con sus pechos su grandeza cantan!
Ellos,—cuando el cielo se encapota, y crujen
Con revueltos giros las tranquilas ramas;—
Ellos,—cuando sienten que en la sombra, inquieto
Soplo de huracanes cauteloso avanza;—
Ellos,—cuando escuchan sonoroso río,
Que en rumor creciente va entre las barrancas
Como si buscara deshacer sus muros
Y verter furiosas sus revueltas aguas;—
Ellos,—entre plumas, bajo el soplo helado
Que los gajos nuevos con furor arranca,—
Sienten al amparo de sus brazos firmes
Una paz inmensa que sus pechos calma,
Son de piedra dura los torcidos miembros
Y cimientos tienen como las montañas;
Algo como vida joven y robusta
Bajo esas cortezas por siglos talladas,
Como nuestra joven y fogosa sangre
En el molde viejo de la raza hispana!

* * *

SU HISTORIA

Aquellos ñandubayes del hacha respetados,
Que marcas de los siglos conservan arrugados,
Nos cuentan con sus hojas lustrosas y movibles,
Historias de las razas con bocas invisibles.
Los indios adornados con plumas y collares
Tallaban en sus troncos los ídolos y altares,
Debajo de sus ramas formaban sus consejos
Los jefes de la tribu, los nobles y los viejos;
Las brujas cocinaban sus hojas en potajes
Dictando soberanas, los códigos salvajes.

La hoguera de sus fibras fué pira de martirio
Y centro de las danzas llevadas al delirio;
Peleando sus dominios con armas primitivas
Pasaron los salvajes robando las cautivas;
Con fúnebre alarido las inhumanas hordas,
Cubrieron sus gemidos á sus tristezas sordas;
Y al pie, como en santuario, dejando flecha y maza,
¡Lloraron los caciques la muerte de su raza!
Miraron vivaqueando las tropas españolas,
Cuando se aventuraban por las comarcas solas;
Oyeron los relatos de luchas y jornadas,
De asaltos imprevistos, de ocultas emboscadas;
Las ropas en pedazos, los cuerpos mal cubiertos,
Las fieras sabandijas, el sol de los desiertos;
El hambre, en las gargantas la sed abrazadora,
Las charcas pestilentes donde la fiebre mora;
El río lisonjero con el traidor remanso,
El grito de la indiada robándoles descanso;
La lucha sostenida con la mudable suerte,
Sin rumbo las pisadas, cercados por la muerte.
El gaucho conservando del español nobleza,
Del indio americano la lánguida tristeza,
Ató á su tronco duro su potro soberano;
Fué apoyo á su figura, rebenque entre su mano;
En el fogón fué lumbre y su áspero ramaje
Chisporroteó escuchando los cantos del cordaje.
Después, como la lluvia benéfica de estío,
Calmando de los brazos el sanguinario brío,
Pasó la cruz de Cristo, y el símbolo cristiano
Tallado fué en sus ramas del indio por la mano;
Bajo su inmensa sombra pasaron procesiones,
Y el bienhechor trabajo plantearon las Misiones.
Fué el ñandubay soberbio columna en pobre templo,
Y el redentor del mundo, desde su muro, ejemplo;
Fué hogar siempre llameante, asiento á las fatigas
Y unidas vió á su sombra las razas enemigas!
Hoy corren apilados por pueblos y ciudades
Y símbolo de fuerza, dividen heredades;
En torno de sus llamas se sientan los colonos
Y forman sus sitiales más firmes que los tronos.
Por él canta el trabajo en la caliente hornalla
Y en gritos de progreso la chimenea estalla;
Por él la férrea vía tiene cimiento fuerte;—
Sus fibras son de piedra y ríe de la muerte!

*
* *

SU PORVENIR

Bajo el hacha ruedan los firmes colosos,
El desmonte torna la selva en pradera,
Nueva selva surje de arados filosos
Cuyos secos brazos formó su madera.

Vendrá el ave errante, posará su vuelo
En aquellos brazos al azul tendidos,
Al no hallar las ramas buscará otro cielo
Que ilumine bosques y cobije nidos.

De la primavera las fugaces brisas
Y las calurosas del estío ardiente,
Correrán no hallando por planicies lisas
El agreste árbol de altanera frente.

Vendrá el rayo ténue de la luz primera,
Bajará el ardiente sol de medio día;
Y la lumbre rubia de la tarde austera
Y la luz plateada de la noche fría.

Ya no habrá arboledas donde cante el viento
Ni los rayos tracen luminosos lampos,
Pasearán las auras su cansado aliento
Por los extendidos, apacibles campos.

Ni las ramas toscas lucirán sus hojas,
Ni los troncos rudos sostendrán sus ramas,
Ni la luz muriente de las tardes rojas
Pintará el ramaje con pincel de llamas.

Más, los negros surcos abrirán la tierra,
Seguirá el colono tras cortante arado
Y hasta las raíces que la hondura encierra
Saltarán crujiendo bajo el hierro airado.

De los anchos surcos nacerán trigales,
Las oleadas rubias de la mies madura
Cantarán al oro nuevos madrigales,
Riendo con su brillo de la selva obscura.

Peinarán sus hebras con amor las brisas,
Sus flexibles tallos doblarán los vientos,

De encantadas ninfas copiarán las risas
Y de extraños silfos fingirán acentos.

Silbos estridentes del vapor opreso,
Llenarán los antes sitios de sosiego,
Máquinas ruidosas que inventó el progreso
Y trabajo fácil deparó al labriego.

Ensalzando el fruto de feliz cosecha
Alzarán sus cantos extranjeras razas.—
Como á selva virgen, derribó en la brecha
La falange obrera, las salvajes masas.

No más en ternezas el lenguaje rudo
Bajo el árbol viejo se alzará sonriente.
El abuelo agreste de la selva, mudo
Doblegó sú tronco y abatió su frente;

Cual reliquia firme de las cosas idas
Conversó al viajero de extensión desierta,—
Coplas y leyendas vuelan hoy perdidas,—
Hojas arrancadas de su copa muerta,

Ruedan y se alejan como viejos sueños,
Cuando el mundo impone su bullicio hirviente;
En la hoguera gimen los desnudos leños
Como decepciones en la humana frente.

Secos se retuercen para dar su fuego
Y caldear las rojas fráguas del trabajo,
Como el pecho triste con inquieto ruego
Gime por sus hojas el caliente gajo.

Con chisporroteos en la misma hoguera
Sigue alimentando su fatal destino.—
De hombre á polvo frío, que es su faz primera,
De árbol á cenizas, ese es el camino.

Cayó el árbol viejo, se apagó su historia,—
Sólo derribado pudo ser tesoro,
Y el progreso cubre su fugaz memoria,
Bajo sus tapices de esmeralda y oro.

ENTRE LAS ROCAS

Delante de lo inmenso del océano
de oleadas turbulentas,
batiendo en los peñascos de la playa
con ruido de marea;

entre las altas rocas, mal cortadas,
con lóbregas cavernas,
vestidas por los negros mejillones
ó revestidas de musgosas yerbas;

oyendo el frotamiento de las aguas,
que se escurre en las piedras,
y el golpetear monótono de oleadas,
que sobre el duro peñascal revientan;

allí aprendí la voz del océano,—
la voz de sus tormentas!—
y el misterio que cuentan sus oleadas,
cuando cansadas á la playa llegan;

cuando vienen con lánguido desgano
á rodar en la arena,
y extienden cual ropajes las espumas
con el desmayo de las cosas muertas.

En el salobre hueco de las rocas,
donde el agua penetra,
como buscando sorprender misterios
escurriéndose inquieta y traicionera,

ó en el abismo oscuro do la espuma
blanca y perenne tiembla,
como el flotante manto de una ninfa
desgarrado al pasar entre las peñas.

Allí, en los agujeros semioscuros,
que la oleada desea,
cuando se estira y gime y nunca alcanza,
rota en el filo de cortante piedra,

donde el aire es la lluvia de las olas,
que se baten siniestras,
blanca como vestales del inmenso
piélago verde que á sus plantas rueda;

donde el viento es salobre y perfumado
de marinas esencias,
salvaje, vagabundo, como aliento
de ese pecho que forja las tormentas;

allí, en la inmensa soledad salvaje;
allí, donde se sueña,
al arrullo de música del agua,
que se frota, se quiebra y forcejea;

que se escurre, que tiembla y despedaza,
que en tumbos atropella,
ó que llega hasta el pie de aquel baluarte
y con desdén de rey lo abofetea!

ROCÍO PARA LAS FLORES

¿No tienes guardada, cual una reliquia
La tiesa muñeca de loza ó de cera,
Con ojos de vidrio, con boca pintada,
Y estopa muy rubia formando sus trenzas?
Tal vez olvidaste guardar el pedazo
De vida más dulce, la vida que encierra,
Con todo el cariño más tibio y más frágil
El ídolo roto por otro que llega.
Primero el payaso, después el soldado,
Más tarde el labriego, movidos por cuerda.
¿Qué importa si apagan sus cómicos gestos?
¿Qué importa si en trozos los rompe la guerra?
¿Qué importa si á fuerza de tantos sudores
Se caen al surco deshechas las ruedas?
"Adios,—les dijiste,—y acaso,—hasta luego"
Sonriendo en la muerte su adiós te dijeran;
Muy cerca tu oído del pecho de lata
Oyó el crac de un algo que adentro se quiebra.

Ten hoy más cuidado! los ídolos tienen
Resortes que ignoran las manos expertas,
Y aquellos resortes se rompen muy fácil,
Y sangre caliente destilan sus cuerdas.
Hoy cuidan del llanto tus ojos azules,
Pues hoy ya comprendes que duelen las penas,
Y entiendes que hay risa brotada del llanto,
Que es otro el payaso que ríe y que piensa,
Que aquel soldadito de estaño ó de plomo
Es carne que rasgan las armas certeras,
Y aquel que trabaja, la mies cosechando,
De esfuerzo y miserias el surco rellena.
Aleja temores, aviva esperanzas,
Soplando la llama se forma la hoguera,
Allí forja el ídolo con todo misterio,
El solo en la tierra quizás te comprenda!
El ídolo tuyo podrá ser muy frágil,
Como esos muñecos de antaño con cuerdas,
Pero eres tan buena, tan linda, tan dulce,
Que fuera una infamia que así se rompiera!

LA RUECA ENCANTADA

Perenne hilandera que hilas los sueños,
que llenas el huso con hebras de nácar,
la rueca de oro que animan tus dedos
con rimas eternas modula su escala.

No entregues al ocio tus manos divinas,
las hebras azules cosecha en las almas
y empiece tu rueca de largo zumbido
la tela de ensueño con rítmica hilaza.

Oh! tela de oriente de rara riqueza!
Qué pálidas quedan tus flores de plata
cuando gira el huso cargado de ensueño
y teje sus telas con fibras que cantan!

Cuán pálidas quedan las telas sedosas,
que del laborioso telar se desgranan:

En aquellos dedos divinos se truecan
los hilos en rimas y en cantos las tramas!...

Perenne hilandera que hilas los sueños,
que con ilusiones tus hebras amasas,
retuerce en tus dedos acentos divinos
y teje del verso la urdimbre encantada!

Oyendo tu rueca se aduerman los seres,
sus vidas se filtren de rítmica magia
y sueñen sonriendo sus sueños azules
al son de la rueca que nunca descansa...

EL RANCHO

Vivienda legendaria de nuestra tierra,
techo en un pedacito de la llanura,
cuatro paredes toscas que un cuero cierra
y por piso y alfombra la tierra dura.

Vibrante su quinchado de paja y caña,
es un arpa con cuerdas del patrio suelo
donde ensaya el pampero su loca hazaña,
donde las brisas prenden sonante el vuelo.

Guitarras esos techos siempre sonoros,
tejiendo entre suspiros viejas leyendas,
mandan á la llanura sus leves coros
como si le entregaran regias ofrendas.

Y ella tender parece su ávido oído
al misterioso influjo de esas canciones,
que brotan de aquel techo como de un nido,
subiendo al infinito como oraciones.

Y las paredes tiemblan si el viento pasa;
gruesas y desiguales se bambolean
aunque el fuerte pampero no las arrasa,
y ellas su furia loca quizás desean;

Pues cubiertas del barro de los pantanos
y de la paja rubia de la llanura,
al sentir la nostalgia cual los humanos
quieren cobrar de nuevo su antigua hechura.

Por eso el rancho es todo sones y llanto,
raudal de una armonía que se desgrana,
mientras sobre el alero vuelca su canto
la calandria, ese aliento de la mañana.

Remedo es del que habita su humilde techo,
parco, sencillo y serio; siendo poeta,
si no tiene en su albergue mesa ni lecho,
por trovador sentido se le respeta.

Desde aquel rinconcito frágil y estrecho
donde el viento penetra sin gran trabajo,
un reto al muelle lujo manda su pecho
que al llano prendió el nido como de un gajo.

Y cuenta las tristezas en sus canciones,
que del rancho tejidas entre las tramas
quedan, como en un pecho las ilusiones,
como las brisas quedan entre las ramas!

ALFREDO ARTEAGA

Un poeta delicado con vigores elegantes, y un cultor de la forma á quien se sorprende á veces enjugando una lágrima... En su libro "Camino de la montaña" manifiesta ese espíritu, atemperado por preocupaciones de buen gusto.

Su alma no está torturada por ninguna obsesión, y se entretiene en vagar al azar del capricho, combinándose en una gran variedad de formas y metros.

ELEGÍA

Trágicamente
Hoy sucumbió la tarde;
No tuvo rosas su crepúsculo,
Ni violetas, ni oros, sino sangre.

Cayó, acosada
De un lado por la noche,
De otro por rápida tormenta:
Y fué á morir detrás del horizonte.

Las tenebrosas
Sus banderas tendieron;
Y el alma púsose tan triste
Como los cielos y la tierra, negros.

Pero muy pronto,
Se reanudó la lucha;
Sobre las tétricas aliadas
Llovieron finas flechas de la luna.

Y la victoria
Fué de la luna blanca:
Huyó en derrota la tormenta,
Mientras quedó la noche subyugada.

Á los espantos,
Ternuras sucedieron;
Y á la opresión de las tinieblas,
Diáfanas beatitudes del ensueño.

Y la victoria
Fué de la luna blanca,
Como una vez fuera la tuya
Sobre todas las sombras de mi alma.

Á ANACREONTE

No estoy, Anacreonte, con tus fieles.
Dulce es tu verbo, pero no divino;
á tí pámpanos, rosas, miel y vino
y danzas de hetairas y donceles.

Jamás, viril ofrenda de laureles.
Tu verso—gema, flor, perfume ó trino—
nunca es la voz que alienta en el camino,
ni el clarín de los épicos tropeles.

Suele á veces tentarme el sortilegio
de tu canción, como un pecado egregio,
¡oh luminoso, encantador beodo!

Mas es para que pronto mi alma vuelva
á Homero, Esquilo, Píndaro y Hesiodo,
fuentes de vida en la sagrada selva.

FEMINISMO

Porque es vuestro, mujeres, el encanto
que ilumina y perfuma la existencia;
porque vertéis amor—eterna esencia
de toda la alegría y todo el llanto;
porque, al pasar vosotras, los más nobles
y fuertes corazones se estremecen
y, juncos, tiemblan los que fueron robles;
porque gemas y flores nos parecen
creadas sólo para vuestro lujo;
porque no hay en el mundo quien ejerza
función sagrada ó soberano imperio,
sin estar sometido á vuestro influjo;
porque dáis, aunque débiles, la fuerza
que penetra al abismo del misterio
y sube del ensueño hasta la cumbre;
porque la irradiación de vuestra gracia

á todas las tinieblas presta lumbre,
y nos brindáis un bálsamo divino
para cerrar heridas del destino;
porque formáis la excelsa aristocracia
de virtud, de bondad y de belleza,
á la que sólo el vil infiere agravios;
porque sois la suprema fortaleza
(que dijo Salomón en sus Proverbios)
ante la cual se humillan los soberbios;
porque son siempre necios los más sabios,
si en vuestra copa no han bebido un día
la ignorante, esencial sabiduría;
porque es vuestra la luz de las leyendas,
el alma musical de los cantares
y el fecundo calor de los hogares;
porque recibe Dios nuestras ofrendas
con agrado mayor, si vuestras manos
ó labios las elevan; porque el cielo
os desterró para adornar la tierra
y aquí extender de la ilusión el velo;
en fin, porque, entre títulos humanos,
os pertenece el título que encierra
toda la majestad y la dulzura—
ese nombre de madre—¡oh bellos seres
que derramáis primaveral frescura
en los tiempos más foscos de la historia
y que santificáis nuestros placeres,
contentaos por siempre con la gloria
y con la suavidad de ser mujeres!

INVITACION AL REY DE ESPAÑA

Rey Alfonso:

Al anuncio de que tu barco viene,
este pueblo argentino, conmovido, detiene
su labor que fecunda la maternal entraña
de nuestra tierra, y mira con amor hacia España,
para entonar mañana un victorioso cántico,
cuando, ante nuestras playas, la brisa del Atlántico
haga ondear tu flámula, y en el mar las estelas
renueven los caminos de las Tres Carabelas.

Bienvenido. Si el Rey de los Conquistadores
es soldado, el Monarca de los Descubridores
debe ser asimismo ilustre navegante.
Tus órdenes espera Cristóbal, tu Almirante;
soñando con la gloria de épicas travesías,
interrogan los cielos, como en lejanos días,
para buscar la ruta de horizontes remotos,
Vasco, Pinzón, Gaboto y Solís, tus Pilotos;
tu oficial de derrota es hábil: Magallanes;
Cortés, Garay, Pizarro, tus bravos Capitanes,
tráente pendón, casco y una espada simbólica;
te bendice la augusta Isabel la Católica.
Y todos deseosos están de que tú seas
testigo del edén que abrieron sus legiones
á tu raza, tras siglos de iliadas y odiseas,
de imperios y martirios. Y los mismos leones
de tu estandarte anhelan que al mástil pronto mande
izarlos para ver al cóndor de los Andes...
El mástil de Colón conoce nuestro azur,
donde encontró, una noche, la insigne Cruz del Sur

Bienvenido. Te aguarda con orgullo esta América.
Si nunca para ella hubo empresa quimérica,
y si aquí se ha cumplido todo sublime ensueño,
es que somos hermanos de aquel del Clavileño;
y también nuestro ardor, indomable en las lides,
es el mismo que hinchaba las venas de los cides.
Oh Rey, somos latinos y somos españoles;
por eso nuestras almas son como claros soles.
Y americanos somos; y llevamos, por eso,
dos alas poderosas: libertad y progreso.
En nosotros, unidos por siempre hallarás tú
los bríos de Pelayo y Tupac Amarú,
convirtiendo en verjeles las vastas soledades
y en colmenas prolíficas las bizarras ciudades.
Bienvenido ¡Preludien ya las trompas del viento
una diana triunfante para tu advenimiento!
Queremos que tu España sepa cómo, á la luz,
con su herencia—la sangre y el idioma y la Cruz.—
se alzó un humanitario y soberbio edificio.
Ven, Don Alfonso XIII, tu reinado es propicio
para el renacimiento de heróicos ideales...
No te hablo de conquistas ni aventuras marciales;
hoy los héroes trabajan, inermes y en la paz,
para alumbrar el mundo y renovar su faz.

Otros forjan el yunque, manejan el martillo;
nosotros á la hoguera damos calor y brillo.
Ellos son como el brazo, y el espíritu es nuestro:
porque el genio latino será siempre el maestro
de todas las ideas de civilización.
Pero necesitamos vivir en comunión...
¡Llega, pues, á esta patria, perla de las Américas,
para sellar la alianza de las proles ibéricas!

Si vinieras, oh Rey, con la dulce Señora
que en tus reinos efunde beatitudes de aurora!...
Y vuestra comitiva sobre el bajel ya veo;
allí á la *Stella maris* compone el buen Berceo
un himno ingenuo y místico; Angélica y Medoro
y Jimena y Rodrigo son un grupo sonriente;
Garcilaso idiliza como cristal de fuente;
Fray Luis sueña; acompaña de las musas el coro
a Calderón; Quevedo sin tregua dice cosas
corteses y atrevidas, profundas y jocosas;
cincela maravillas en argento y en oro
el cálamo buril de Góngora y Argote;
y señala Cervantes en el cielo los rastros
que dejó el Clavileño cuando fué don Quijote,
cruzado de las almas, á conquistar los astros.
Pronto el pincel, Velázquez á tu Esposa saluda:
si es la Reina de España ó de las rosas, duda.

Para ella nuestras liras tendrán galantería
en que sonará el ritmo de la hispana hidalguía,
pamperos y balsámicos vientos de las florestas
para ella tornaránse suavísimas orquestas;
y para ella á tu nave, que escoltan los delfines,
enviarán sus tributos todos nuestros jardines.
Para tí faltarános un presente, tal vez:
eres grande y es grande también nuestra altivez...
Pero no; tu Almirante descubrió en este azur,
donde fúlgidas mieses son las constelaciones,
algo que bien iría en reales blasones:
Caballero te haremos de nuestra Cruz del Sur.

GUSTAVO CARABALLO

Ha dado á luz en 1911, su primer tomo de poesías, con el título de "Las sendas del arquero". De allí hemos elegido las cuatro composiciones publicadas, donde Caraballo se manifiesta más personal y consigue producirnos una verdadera emoción de belleza.

CANCION DE NOCHEBUENA

Dime, dime, abuela
La canción muy triste,
Que de la vihuela
Sentimos volar;
Y de las rondallas
Que en la Nochebuena
Iban de verbena,
Cantando un cantar...
Dime de los blancos
Corderos pascuales,
Que por los barrancos
Y los pastizales
Solían trizcar.
Dime de la vieja
Voz de la calleja,
Que como una queja
Parece indagar:

¿Quién viera la niña del pelo tan blondo
Con la falda á medias y el seno redondo
De fruto en sazón?
¿Y al bueno del cura, bendito patriarca,
Que santificaba toda la comarca
Con su bendición?
¿Quien viera los burros de allende el cortijo,
Descender la cuesta, con el ojo fijo
Sobre el trebolar?
¿Y á la ordeñadora salir con el alba,
Bajo la tersura de aquel cielo malva,
Cantando un cantar?...

Dime, dime abuela
Las tardes marchitas,
Que el pasado vela
Con dulce llorar.
Dime de las brujas
Que montan escobas,
Y cuyas jorobas
Me hacían temblar.

Dime muchas cosas,
Viejas y sabrosas,
Para que mis rosas
Vuelvan á brotar,
Mientras la rondalla
De la primavera
Cruce la pradera
Cantando un cantar!...

LA ABUELA

Su figura hierática de crepúsculo, adquiere
El aspecto divino que dan las postrimeras
Bondades, como una magnolia que se muere
Después de haber ungido noventa primaveras.

En sus pupilas lánguidas hay algo que sugiere
Un tardío cansancio de palomas viajeras,
Y al par que gesticula sus corteses maneras
Asiste á misa para oir su miserere.

Cuando la nietecilla aguza sus enojos
Tiritan como nervios los grandes anteojos
En su nariz huesuda de patricio romano;

Y mientras el otoño golpea los cristales,
Se oyen entre sus sabios consejos habituales,
Los rezongos del gato que duerme sobre el piano.

LA MEMORIA DE JUDAS

Jesús de Nazareth: padre nuestro y abuelo
De las generaciones futuras es contigo
La luz omnipotente que atestigua tu celo,
Y nos muestra las sombras de este mundo enemigo.

Jesús de Nazareth: bajo tu inmenso abrigo
Florecen los jardines soñados del desvelo,

Mientras la buena gente recolecta su trigo,
Y el ruiseñor conversa con los astros del cielo.

Santificada sea tu gracia y también sea
De oriente al occidente la tierra de Judea,
Que vió cruzar un día tu evangélica planta;

Y si eres justo como es de grande tu amor
Por todos los que sufren el destino, levanta
La calumnia que pesa sobre Judas, Señór!

LA INTRUSA

¡Qué triste es el silencio en que duerme la casa
Cuando ahonda la pena por el ser que se ha ido!
Parece que al influjo de la Intrusa que pasa,
Como una noche entera pesase sobre el nido.

Vagan adioses largos entre la luz escasa
Mientras vibra la pauta de un intenso gemido,
Y bajo el fuego lento de una angustia que abrasa
Uno se cree más lejos del sueño y del olvido.

La abuela ya no hila con el huso en la rueca
Y en un rincón dormita la olvidada muñeca...
Hay un sopor tan grave sobre la dicha trunca,

Un modo tan unánime de maldecir la suerte,
Que la misma amargura se hermana con la muerte,
Sobre ese gran vacío que no se llena nunca!

DELFINA M. y V. de BASTIANINI

Es otra dama que frecuenta las letras bajo esta amable forma del gay saber. Inteligencia muy cultivada, ha estudiado diversas ramas científicas y hace un noble empleo de sus conocimientos, dedicándolos á la enseñanza. De cuando en cuando publica sus versos tan personales en la idea como en la forma. Ignoramos que haya dado á luz algún libro.

MALA ESTACION

Copiosamente llueve... El viento zumba
Sacudiendo con furia mis ventanas;
A lo lejos, retumba
El trueno amenazante... En las cercanas
Arboledas las ráfagas azotan,
Desde las copas, hasta la raíz
A los añosos árboles, y flotan
Las ramas húmedas y la cerviz
Dura y alta doblegan... Del ramaje
Surge un rumor oscuro que semeja
El hirviente rumor del oleaje
Del mar... Al viento helado dan su queja
Doliente, dan su queja al implacable
Cierzo. Y mi alma, llena de piedad
Sufre con ellos, triste, inconsolable...
¡Ah!... cuán profunda es hoy mi soledad!

Llueve y sigue lloviendo... Se deshace
El cielo en lágrimas! De cierto tanta
Lluvia como cae, hace
Crecer el río. El vendaval levanta
Dando contornos vagos á las cosas,
El flotante cendal de gotas finas
Que envuelve todo, en gasas vaporosas
De errátiles neblinas.

Se sufren del invierno los desdenes.
¡Nada me trae la lluvia, nada el viento!...
Una nostalgia de ignorados bienes
Me oprime el pecho, y hondamente siento,
La pesadez y gris monotonía
Del mundo.—Con la lluvia ha desbordado
Mi mar de penas.—¡Tal melancolía
Flota en el aire húmedo, embozado,
Tal somnolencia al corazón invade,
Que me parece estar desde muy largo
Tiempo, muerta.—¡De mí el cielo se apiade,
El vendaval concédame, el amargo
Reposo eterno, y mi profunda paz
Respete.—Mis persionas temblorosas

Lanzan un ¡ay! fugaz.
Otras rachas glaciales, tumultuosas
Las mueven, oigo entonces un chirrío
Prolongado, un tristísimo lamento...
¡Grave, pesado hastío!
¡Nada me trae la lluvia, nada el viento!
¡Qué sola estoy, Dios mío!...

EN ALTA MAR

Perdido en el azul
Bajo un cielo purísimo, va el buque
Balanceándose.
Se oyen, entre el bramar del oleaje
Notas de un tísico acordeón,
Y las risas de pobres emigrantes
Que bailan,
Pudiéndose apenas
Mantener en pié.

Un momento la proa
Se levanta, venciendo los empujes
Del océano,
Luego cede, se hunde y se doblega,
Mientras la espuma alegre canta
Su nueva, y á la vez eterna, igual
Victoria,
Que desde remotos
Siglos, siempre fué.

De la onda profunda
Me siento hermana. Me ilumina el sol
Interiormente
Como á ella, palpito con sus ansias,
Vivo, su misma inmensa vida,
Desde remota edad. Como ella soy
Eterna,
Y de los efímeros
Hombres, nada sé.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Se halla en su primera juventud y ya ha publicado dos libros de versos: "Alma y momento" y "El Espejo de la fuente". Pertenece, pues, á la generación novísima y es uno de sus más gentiles hierofantes. Además tiene de su parte á los verdugos de la crítica. Vorwaerts... y á cosechar laureles!

MANO INFANTIL

Mano infantil que estás entre las mías
Como un canario, tibia y diminuta;
Mano carnosa, suavecita como
El fino terciopelo de las malvas;
Mano infantil, mano de vida en flor,
Torpe instrumento inútil que no has hecho
Nada, tres veces nada, todavía,
Mano infantil: ¿qué harás en este mundo?

Trabajarás, acaso, la madera...
¡Mano de carpintero! Amo esa mano
Que transforma los árboles ¡los árboles
Musicales, serenos y piadosos!
En cosas bellas, útiles y varias:
La mesa familiar, la silla, el mueble,
¡La cama! nido, cofre y ataúd—
Nido donde venimos á la vida,
Cofre del cuerpo en la hora del reposo
Y primer ataúd de los que parten...
O quién sabe, serás mano de artífice,
Agil, serena, minuciosa y leve,
Y tallarás el oloroso sándalo
Del relicario amado de una novia,
Y esculpirás un friso microscópico
En el marfil exiguo de un dedal...
Tal vez, seguro y fuerte, acuchillada
Por las silbantes hoces de los vientos,
Guíes la nave en noche tempestuosa
Rumbo á las costas de un país de ensueño,
Violando el seno elástico y magnífico
Del mar bravío, y los pezones grávidos
De las olas que escupen á los cielos
Bajo la indiferencia de los astros...
Y tal vez rompas la fecunda entraña
De lo más hondo de la tierra, ¡oh, mano!
En largas horas de doliente lucha,
Y reaparezcas á la luz más tarde,
Portadora triunfal de aquella lágrima
De sangre y de dolor que el lapidario

Transformará en halagos de doncellas,
Rayo de sol en arco de sortija...
Y acaso seas mano delicada
De abad, mitad poeta, mitad músico,
Sentimental y místico, y alternes
Entre la bendición de tu rebaño
Y el paternal cuidado de tus flores
Y la alíjera pluma confidente
Y el sollozo autumnal del violoncello...
Para cerrar después, piadosamente,
Pensando en Dios, los ojos de los muertos,
Y sostener más tarde el crucifijo,
Cuando en los labios trémulos ambule
La golondrina azul de la plegaria...
O te alzarás, tal vez, como una antorcha,
Tremolarás como bandera al viento
En el amplio recinto de las plazas,
Bajo la aureola colosal del sol,
Sobre la multitud de la Metrópoli,—
Acompañando al bello gesto elástico,
Poniendo alas á la voz aguda
Y siendo como riel de las palabras
Aprendidas en el antifonario
De los rebeldes credos populares
De las futuras reivindicaciones...
Y acaso ¡no lo quiera nunca el cielo!
Esgrimas el puñal de la traición,
Y tinta en sangre fraternal salpiques
Tu rededor, tiñéndolo de afrenta,
Y buscando en el agua de los ríos
Tu impunidad, la tiñas de venganza,
Y sobre el pecho, como enorme mole,
Tratando de acallar á la conciencia,
Hundas el pecho y caigas como lápida
Definitiva, eterna, ilevantable,
Sobre el atormentado corazón...

Mano infantil que estás entre las mías
Como un canario, tibia y diminuta,
Mano infantil ¿qué harás en esta vida?

TODO

—¿En qué piensas?
—En nada.
—¡Pensar en nada!
—Néctar
De los privilegiados.
Un mundo que se encierra
En un silencio de alma.
(Algo que nunca llega...
Algo que ya llegaba...
Algo que ya no era...)
. . . .
—¿En qué piensas?
—¡En nada!

LA FLORISTA

A Juan Más y Pí

En el café lloraban los violines
Entre un cascabeleo de cristales,
—"Flores, señor? Hay rosas y jazmines..."
Musitaron dos labios musicales.

Hubo en la voz tan íntima dulzura
Suavizadora del ofrecimiento,
Que alcé la vista hacia la criatura
Desde la ausencia de mi pensamiento.

Era una niña blanca, bella y fina
Y anémica, como una colombina
De labios rojos y óvalo amarillo...

Y al ofrecerme el precio de su cena,
Se fugaron las rosas del cestillo
Hacia sus dos mejillas de azucena.

LUIS GONZALEZ CALDERON

He aquí un suave trovador que dice cosas apacibles de escepticismo y de paz solariega. En unos versos reflexivos y armoniosos se inquieta,—tal vez demasiado,—al considerar que su vida es como un río

"Cuyo único destino fuera el mar".

Feliz del que tiene adentro de sí uno de esos ríos, porque en su corazón no habrá nunca arenas estériles.

Ha publicado un libro de poesías con el título de "Primavera".

MANSO MORIR

Esta vida tranquila, reposada,
Sin siquiera una ráfaga agitada
Que la venga á turbar...
Esta vida tranquila y reposada,
Me parece una pérfida hondonada
Donde mis días van á terminar.
Yo le temo á esta vida reposada,
(Que tiene lo apacible de la nada)
Donde el principio y fin marchan al par.
...Esta vida tranquila no me ofrece
Ni una sola derrota ni un triunfar.
Yo miro cómo van, con esta vida,
En marcha sin rumor, inconmovida.
Las horas de mi lento respirar.
Y las miro marchar sin voz ni brío,
¡En infecunda marcha! como un río
Cuyo único destino fuera el mar.

LA SENDA

La senda escondida
—Aquella soñada y querida—
¿Cuál es?
Yo busco esa senda,
Y á veces me creo que sólo es leyenda
Del místico aquél,
Que con aureo verso,
Hizo un ilusorio caminito terso
Cubierto por sombras de paz y de bien.
¿En dónde vió el sabio y antiguo poeta
La senda secreta?
¿La vió en la campiña... la vió en la ciudad?
Aún no se sabe...
Aún no sabemos en dónde está el suave
Sendero ideal,
Y en tanto se busca su ruta escondida,
La vida,
Segura se va.

RETRATO

En la hoja de marfil
orlada de terciopelo
está guardado el perfil
fino y rubio de mi abuelo.

Este mi abuelo vivió
romantiquísimos días;
y con su perfil legó
historias de bizarrías.

Son historias que evoqué
siempre para desconsuelo
pues revivir no podré
las hazañas de este abuelo.

El vivió en tiempos mejores
que ya nunca volverán:
culto de patria y amores
pausadamente se van.

Otros tiempos; en los míos
nada hay ya porqué morir:
flotan ideales sombríos
que apesaran el vivir.

Y sin voz ni lontananzas
las vidas lentas se van,
con anhelos y esperanzas
que nunca revivirán.

LUIS MARIA JORDAN

Ha dado á luz un solo libro de versos: "Los jardines galantes". Fué la suya una producción poética inesperada, pues su primeras y segundas armas las hizo en el terreno de la prosa. Desde entonces ha publicado muchos versos en diarios y revistas, orientados en una tendencia filosófico-mordaz ó de un sentimentalismo d'annunziesco. Sus obras de prosa llevan los siguientes títulos "Túnica de sol" y "Cavalcanti".

OFRENDA

Sobre una tumba dejo mi primer armonía:
Consagro á una memoria mi lírica cosecha
Y á modo de un sincero creyente debería
Poner aquí una piedra y una cruz y una fecha.

He sido el jardinero de la Planta de un Día,
Su recuerdo fragante me sostiene en la brecha
Y deja en lo más hondo de mi melancolía
Algo como la triste vibración de una endecha.

He sufrido. Y á veces, en dolor solitario
Cuando nadie presencia su penoso calvario
Mi corazón indómito una lágrima vierte;

Y se abisma en el limbo de su vida precaria
Y repite de hinojos su cristiana plegaria
Y ruega por un alma que le quitó la muerte.

EL REGRESO

Hermanas: convalezco lentamente;
fué largo este dolor, pero ya pasa...
hermanas: convalezco lentamente
y espero pronto retornar á casa.

He andado mucho y he sufrido mucho;
he tenido un otoño y un invierno,
he andado mucho y he llorado mucho...
regreso con el alma hecha un invierno.

Con el alma roída, casi rota,
con la esperanza totalmente muerta,
y un veneno que sorbo gota á gota,
y la esperanza totalmente muerta.

¿Se conserva la casa en que nacimos?
¿tiene flores la tumba de mi padre?
¿se conserva la casa en que nacimos
y está en ella el recuerdo de la madre?

Hermanas: el destierro me fué largo,
y falaz el amor y falaz todo;
hermanas: ¡he comido el pan amargo
amasado con lágrimas y lodo!

A veces me he acordado de vosotras
y he sentido una pena... y he sentido
el dolor de estar lejos de vosotras
y de impensadamente haberme ído.

¿Por qué me fuí? ¿Quién quiso que me fuera?
¿qué cosa me llevó lejos de casa?
¿fué el nacer de mi propia primavera?
¿fué el Buen Amor quien me sacó de casa?

Fué un algo que no sé explicar yo mismo,
algo como un placer y una tortura;
fué un algo que no sé explicar yo mismo:
algo de cielo y algo de amargura.

Y me alejé; me alejé mucho, andando,
persiguiendo una forma que no existe;
buscando la farándula; buscando
una loca alegría que no existe.

He de volver; volveré pronto, hermanas;
quiero volver al lado de vosotras;
estoy enfermo y me aparecen canas,
quiero morir al lado de vosotras.

¿Hay un metro de tierra en el cortijo?
¿hay madera en los pinos de la huerta?
¿queda un metro de tierra para el hijo
al lado de sus padres en la huerta?

Hermanas: alegradme la llegada;
recibidme con flores sobre el pecho;
hermanas: vuelvo con el alma helada,
¡perdonadme los males que os he hecho!

No volveré á partir; nunca, ya nunca
volveré á separarme de vosotras;
hermanas, vengo arrepentido ¡y nunca
volveré á separarme de vosotras!

LOS GRITOS

Gritos del mar, conducidos
sobre el flanco de las ráfagas
como dolientes angustias
de un corazón que llorara;
gritos del cielo, exhalados
en las regiones lejanas,
donde el calor de mil soles
en un incendio se agranda;
gritos del árbol, herido
por el metal de las hachas;
gritos del monte, que arroja
en una explosión de lavas
la formidable protesta
del alma de las montañas;
gritos del hierro, que gime
bajo el pilón de la fragua
y se corona de efluvios
como una testa sagrada;
grito de mástiles rotos
que la tormenta desata,
y son gemidos sacados
á la tensión de las jarcias;
grito del astro y la nube;
grito del fuego y del agua;
grito del germen que lucha
aprisionado en la cáscara
y en un esfuerzo de vida
sobre sí mismo se agranda;
grito del león y del áspid;
grito del lobo y del águila...
Grito del hombre, gusano
que en el planeta se arrastra
como un insecto caído
por el vaivén de una rama;
gritos de amor, escapados
en la fusión de dos almas,
que al encontrarse en un beso
se encienden en una llama.
Armónica sinfonía

que forma una sola escala:
grito, resumen de todo,
grito, compendio de nada,
grito, divino instrumento
por donde el alma se escapa
y llega en su angustia al cielo
como una alondra en sus alas.
Grito, tú explicas el mundo,
dices la pasión y aclamas
en una nota vibrante
todo el dolor de las almas...

DOMINGO ROBATTO

Pertenece también á la novísima generación, habiendo publicado en 1909, su único libro de versos con el título de "Sursum". Aún cuando su musa adquiere cada día mayor soltura en eso de llevar la clámide sagrada, habrá que esperar su próximo libro para formarse una opinión más definitiva.

LA DUDA

Blanca señora, la flor
Que ayer prendiste á mi ojal,
Si no lo interpreto mal
Es horóscopo de amor.
Blanca señora, la flor
Que ayer á mi ojal prendiste,
Me ha dejado sèrio y triste,
Y tú no sabes, ahora,
Todo el mal, blanca señora,
Que al darme la flor me hiciste.

Señora, á mí como altivo
Ni el mismo cóndor me iguala,
Y sostengo con el ala
Lo que siento y lo que escribo:
Señora, yo como altivo
Rayo hasta la intrepidez,
Pero, mi fiera altivez
Ante esa flor se acoquina,
Porque esa flor es la espina:
Promesa y duda á la vez.

Sacudido por el hondo
Pensamiento de esa idea...
Esa flor, es la marea
Que agita este mar de fondo.
¡Ay! señora, allá en el hondo
Desconsuelo de mi ser,
Voy sintiendo florecer
Interrogante y sañuda
La punzada de la duda
Que á mi ojal prendiste ayer.

Quizás al verme cantar
Con tanta pena, señora,
Digas que el cóndor que implora
No puede con fuerza amar.

Yo te quisiera cantar
Todo lo que late en mí,
Porque supieras que sí
Tengo algo mústias mis galas,
¡Es de tanto batir alas
Para llegar hasta tí!

LA BUENA PALABRA

Sé algo en esta vida, hombre;
Guija ó montaña, apóstol ó bandido,
Algo sé que tu nombre
Se salve del olvido.

Caer sin ser llorado ó maldecido
Es trance triste y fuerte;
Hielo es indiferencia,
E ir sin dejar rastro en la existencia
Es cobrar anticipos á la muerte.

Pon un poco de tu alma en cada cosa,
En cada ritmo de tu sangre un poco;
Sea tu vida un ave milagrosa
Que suba siempre... y que te llamen loco!

Hazla serena y por lo mismo bella,
Fórjate un horizonte,
Y en el azul incierto del tramonte
Ilumina tu estrella.

A Hamlet que interroga
Prefiere á Sócrates que afirma: labra
Tu propio bien y sea tu palabra
El blanco esquife en que tu esencia boga.

Que todo surja de tu ser, marea
Por una fuerza ascensional movida,
Y levanta en el cáliz de la idea
El espíritu santo de la vida!

TIERRAS INCULTAS

Tierras incultas que aguardáis la mano
Tenaz y fervorosa del labriego,
Que adune al óleo bautismal del riego
la formidable pequeñez del grano;

Sóis como el hondo corazón humano,
Que náufrago en un cruel desasosiego,
Espera y clama, con augusto ruego,
La afinidad de un corazón hermano.

Mas, no desesperéis; vendrá la aurora
Para ambos, cuando vuelva á la creadora
Madre el precito, con la fé que exalta;

Y en su filial piedad el hombre encuentre
En vuestro blando y removido vientre
Todo el calor que en sus iguales falta.

ARTURO CAPDEVILA

Leyendo su última obra "Melpómene", no he llegado á explicarme la indiferencia de la crítica. El libro me vino de manos de un escritor amigo, á quien estaba dedicado, y sus páginas permanecían aun sin cortar. Sin embargo, es una poesía recia, ululante, metafísica, pero tan humana y vivida, que nos impresiona de un modo rápido y profundo.

Cuando se tamicen los turbiones de dolor y de lecturas en su espíritu, nos ha de demostrar este poeta que lleva dentro de sí mucho de eso que no se caza con pega pega retórica...

Este es el juicio sintético que sobre Capdevila escribí hace más de un año. Mi opinión ha sido confirmada. Sólo nos queda esperar confiados su obra del futuro.

MELPOMENE

Melpómene, la musa de la tragedia, viene...
—Oh! Y esta noche el viento no sé qué ritmo tiene
Solemne, doloroso! No sé qué notas huecas,
Bajo el marchito bosque, sobre las hojas secas,
Junto á las muertas aguas...
—Melpómene, qué es esto?
Hoy tienes, más que nunca, desencajado el gesto.
Frías las manos; frías como de mármol; frías
Como de muerta! Cuenta qué ha sido de tus días;
Cuenta por qué escondidas cavilaciones viejas,
Te ahonda las miradas el arco de las cejas.
Tiemblan tus senos. Cuenta por qué tiemblan tus senos,
Y aduérmeme sobre ellos, como á los niños buenos...

Estás terrible. Vierten tus pestañas severas
Un tinte de violetas de invierno en tus ojeras,
Y como rosas manto de oro, tus mejillas
Se alargan ovaladas, fragantes y amarillas...

Tus ojos se me antojan más negros que otras veces.
La solitaria esfinge de un páramo pareces.
Qué tienen tus pupilas? Hoy noto que están ellas
Muchísimo más tristes que todas las estrellas.

Melpómene: me acuerdo de aquella cacería...
El bosque á media noche, y la mujer que huía...
Yo en pos, con ambos brazos hambrientos extendidos,
Allá por los más agrios senderos escondidos;
Y ella adelante siempre, jadeando de congojas,
Mientras su fuga hacía crujir las muertas hojas.
Recuerdas? A la lumbre lunar, apenas era
Como un fantasma aquella mujer de mi quimera,
Que yo amaba y odiaba desesperadamente.
Después, junto á la margen sonora de una fuente,
Cayó... ¡Caíste! Puesto que eras tu misma! Estabas
Pálida como ahora!... Temblabas... Oh, temblabas
Como ahora... Caíste vencida, agonizante...
Y yo rodé por tierra, desmelenado, hipante,

Y comencé á besarte, y comencé á morderte,
Como quien vá á matarte, por fin, ó á poseerte!...

Después, fuiste mi sombra de mala agorería...
Un lamento que pasa... una traición que espía...
Un poco de crespones y de ceniza; un poco...
De miedo, de vergüenza, de pensamiento loco...
Vientre preñado... boca de antojo y de lascivia...
Beso que no se cumple... rencor que no se entibia...
Visión de desvarío, de ensueño y de pecado...
Antes de que te toque, ya sé que me has manchado!
Un eco en una tumba: Eso es lo que tú eres.
Pero por eso mismo me buscas y me quieres!
Pero por eso mismo, de par en par abiertas,
Están para tu paso mis consagradas puertas;
Y en toda noche infame, con un amor mendigo,
En tálamos monstruosos te acostarás conmigo!

Es raro tu destino, trágica musa. Pero...
Zeus lo manda. Zeus ha dicho: Así lo quiero,
Son para tí las aras en que doblega el toro
Los coronados cuernos, mientras salmodia el coro.
Es tuya aquella estatua que con un signo hace
Guardar silencio, ante esa tumba en que un hombre yace.
Es tuyo, en el propíleo, cada agrietado plinto;
Tuyas las sepulcrales calles del laberinto.
Es tuya esa ondulante víbora que discurre,
Por tanto sacro mármol donde á dormir se escurre.
Es tuyo el eco vano; tuya la piedra rota;
Tuya esa inútil agua que entre las ruinas brota;
Tuyo el intercolumnio del templo destruído,
En medio de este inmenso silencio del olvido;
Tuyo el carcaj que brilla con lámina siniestra;
Tuyo el ensangrentado puñal de Clitemnestra;
Tuya la eterna Roma que se enrojece y arde;
Tuya Pompeya, á solas con el sol de la tarde...
Tuya la noche, tuya la sombra, hebra por hebra,
La urna que se rompe, la losa que se quiebra;
Tuyo el Sit, tibi, levis, y el requiescat in pace,
Y tuya toda cosa que en polvo se deshace.

Eres sacerdotisa de todos los que gimen:
Esfinge del misterio y oráculo del crimen.
Pero sin la tragedia, sin la llaga y la herida,
Sería algún suceso muy mísero la vida.

Se ha menester el puño crispado de amargura,
Y el hacha que destroza de un golpe la armadura.
Ha menester la tierra, de la sentencia inscripta.
Con sangre sobre el mármol funeral de una cripta.
Los campos se avergüenzan de las vitales mieses:
Ellos quisieran bosques profundos de cipreses!
Yo te declaro eterna, Melpómene enemiga,
Melpómene traidora, Melpómene mendiga!
Cae en mis brazos, musa; sobre mis brazos, cae...
Tu llanto me refresca: tu infamia me distrae...

Ayer, cuándo tornaba del camposanto ¡oh, musa!
Con la cabeza baja, con la razón confusa,
Y con los ojos llenos de lágrimas, estaba
Junto á mi umbral, la Muerte.
Me dijo:—Te esperaba.
Se deslizó conmigo por el zaguán oscuro,
Palpando como una ebria los zócalos del muro.
Cogióme de la mano. Me estremecí de frío.
Abrimos las dos puertas de un gran salón vacío.
—No, no es aquí; sigamos...
Seguimos, poco á poco,
Abriendo puertas, puertas...
¡Y no era allí tampoco!
Atravesamos juntos el patio. Anduvo... anduvo...
Iba... tornaba... iba... tornaba... Se detuvo.
Era la alcoba en donde mi madre balbucía
Las tristes oraciones de la viudez sombría,
Entre sus nobles manos brillaba el crucifijo.
La Muerte, en una mueca letal:
—Aquí es, me dijo.
—¡No! ¡No entres!—clamaba mi súplica—¡No entres!
¡Ciega te vuelva el cielo para que no la encuentres!
Y mi rencor te muerda! Y mi dolor te ladre!
—Pero ella entró; y ahora, yo ya no tengo madre!...

Deja que llore, deja correr mi amargo lloro.
Unos tenemos llanto, como otros tienen oro...
Ayer, cuando mi madre finó su trayectoria,
Cantaban las campanas del sábado de gloria.
Ayer cuando mi padre se ahogaba de agonía,
Cascabeleaba el mundo y el carnaval reía.
Ahora, cuando añoro su amor y les bendigo,
Profano mis recuerdos al trasnochar contigo.

Deja que llore; deja correr mi amargo lloro.
Unos tenemos llanto como otros tienen oro.
Pero lo mismo es todo. Reir... Llorar... Lo mismo!
Somos un río negro rodando hacia un abismo.
La diferencia es pobre. La diferencia es leve:
Una onda lleva espuma y otra onda lleva nieve.
Ved la verdad.
Yo mismo tuve una edad florida;
Desparramé las horas; desperdicié mi vida.
Fuí llama, y al ser llama fuí crédulo y fuí ciego,
Porque ignoré que el humo es la vejez del fuego.
No adviertes mi humareda? Me quemo y me consumo:
¡Que nunca sea fuego, quien tiemble de ser humo!

Y ahora, musa, canta lo que los dos sufrimos...
Alza tu voz sincera con que á sentir coadyuvas.
Las vides de mi verso se cargan de racimos:
¡Que sople un viento fuerte que haga caer las uvas!

MI ORACIÓN

Dios y Señor: Es menester que hablemos,
Bien á bien, mal á mal y cara á cara.
Fuerza es que en lo más hondo nos miremos.
Empieza tú. Yo soy como agua clara.

Yo soy como agua clara. Ya lo viste.
Río que pasa soñoliento y manso.
Pero tú, mi Señor, y esto es lo triste,
Eres la oscuridad bajo el remanso.

Eres la negación; fuente escondida;
Verdad distinta á la verdad humana.
Si eres la muerte, eres también la vida:
Ir al sepulcro es renacer mañana...

Yo no sé donde flotas. En la altura
Diz, que tú moras en perpétuo goce.
Tal vez!... Pero esta cosa es bien segura,
Que aquí no estás. Que el sol no te conoce.

Mi voz, que de terror se desmenuza,
Se ha de afianzar en varonil reproche.
Por una sola vez, seré lechuza.
Te buscaré en las sombras de la noche.

Ya lo soy... Y, profética, agorera,
Toda mi alma en las sombras te reclama,
Alzando su oración como si fuera
Un águila caudal que alza una llama!

Siento en el corazón un regocijo
Y un dolor... Tengo la intuición de hallarte.
Si eres bueno, mi Dios, seré tu hijo.
Si no eres bueno, para qué buscarte?

Suelo pensar que tú eres un torrente
Que por recios peñascos se desata.
Y te acuerdo esta ciencia omnipotente:
La ciencia de barrer lo que se mata!

¡Oh, Dios! No extrañes que en estrofa grave,
Igualándome á tí, yo te reproche.
Es que á veces, mi Dios, suelo ser ave,
Y no me importa atravesar la noche.

Tengo el mal de ser cóndor atrevido...
Pero valen muy poco mis hazañas!
Todo es que en el cenit colgué mi nido,
Por ser pobre colgarlo en las montañas!

Suelo también gozar, en la secreta
Dicha de ser más hondo que un abismo.
Y entonces doy mi canto de poeta,
En un trágico asombro de mi mismo!

¿Ries? ¡Bien hecho de reir! ¿Qué enano
Es éste que levanta la cabeza?
Tú humillas todo poderío humano...
¡Grandeza de papel es mi grandeza!

Mas no lo ves? No ves que también río?
¿Qué Dios es éste, me pregunto ahora,
Tan grave, tan eterno, tan sombrío,
Que así medra en la noche ocultadora?

Dios que lo puede todo, y que, á fé mía,
Nada puede, en verdad, que otro no pueda.
Que lo que ansío yo, también lo ansía:
¡Romper el matorral donde se enreda!

Dios, prisionero como yo, no sales
De la prisión. Te pierde tu flaqueza.
Dios, prisionero como yo, qué vales?...
¡Grandeza de papel es tu grandeza!

¡Dale vida á la muerte incomprensible!
¡Y transforma el dolor en carcajada!
¡Y convierte en posible á lo imposible!
¡Eso es ser Dios! ¡Si no, tú no eres nada!

Dirás, acaso, que tu ley te es cara;
Y á cumplirla debiste dedicarte:
De esa suerte, el pretexto no te ampara.
¡Hecha la ley, debiste suicidarte!

¡Triste es de ser Creador, tornarse espía!
Si tu ley, no razona, vé, ni muda,
Negro y pútrido fango, se diría,
Que con su miasma eterna te saluda!

¡Tu mundo es colosal! Prodigio osado,
Que todo otro prodigio vuelve estrecho!
Mas qué te vale, oh Dios, haberlo creado,
Cuando te grita el hombre: ¡Está mal hecho!

Para que seas Dios, esto te pido:
Algunas flores por la senda triste!...
Un poco de bondad para el caído...
Que ames al hombre, si en verdad lo hiciste...

Trocar en risa la inquietud del llanto,
No debe serte inaccesible cima:
Yo sé trocar la estrofa de mi canto
Con un mísero cambio de la rima!

Señor: Si existes, para bien profundo,
Todo lo invoco yo, todo lo inmolo:
Corrige los errores de tu mundo,
O pensaré que el mundo se hizo solo!

Muéstrate á mí. Dime, por fin, tu verbo...
Haz que en mi corazón la aurora irradie...
Confiesa lo más vil, lo más protervo,
Lo más procaz!... No he de contarlo á nadie.

Muéstrate á mí, Señor. Yo sé de un loco
Que ha dicho:—"Él que es Creador debe ser fuerte,
Inexorable!"—Y bien, tú has creado un poco...
Un mundo... y una vida... y una muerte...

Y un gran dolor universal... Y has hecho
Cosas crueles... y cosas que pudiste
No hacer... Pues bien, Señor; aquí en mi pecho,
Yo te traigo el perdón por lo que hiciste!

Pero cuenta... Es preciso que lo cuentes...
Yo sé que hay sangre oscura entre tus rastros.
Y qué importa? Si ahora te arrepientes,
Con luz más buena brillarán los astros!...

Rompe la hirsuta selva que te encierra.
Mandemos todos, desde ahora, abuelo!
Ya venció la República en la tierra...
¡Proclama la República en el cielo!

Siento en el corazón un regocijo
Profundo... Tengo la intuición de hallarte.
Si eres bueno, yo vengo á ser tu hijo...
Si eres malo, yo vengo á perdonarte...

—¿Y si no existe?...
—Cierto... Alguien lo dijo,
Ya no sé ni en qué tiempo, ni en qué parte.

TRAJEDIA BIBLICA

A Víctor Metzadour.

—Harás, Noé, tu arca. Harás un arca
De cedro perfumado, con madera
De cedro perfumado...
Toda especie
Llevarás en el arca: macho y hembra

Llevarás en el arca...
Y á tus hijos
Con sus mujeres entrarás en ella.
Harás apartamientos en el arca;
Y embetunarla has, por dentro y fuera.
Porque he aquí, Noé, que toda cosa
Raeré de la tierra.

Y así fué que en lo negro de aquel cielo,
En la alta noche primitiva y llena
De clamores lejanos, surcó un hondo
Relámpago el crespón de las tinieblas.
Un trueno doloroso dió un enorme
Rugido en lo profundo de la esfera.
Hubo un temblor en todos los follajes,
Bajo la sombra solitaria y densa.
Hubo un plañir en todas las oscuras
Marañas, al romper de la tormenta;
Y desde precipicio á precipicio,
Los abismos gritáronse un alerta,
Lo mismo que si fueran los siniestros
Centinelas de Dios en la tragedia!

En tanto, abriendo en la agitada noche
Un paréntesis blanco de leyenda,
Alguna oculta fuente refrescaba
Su garganta de piedra,
Con la gárgara crespa de un alegre
Borbotón en la calma de la sierra...

Noé penetró al arca. Ya era tiempo
De correr el cerrojo de las puertas.
Dijérase que el ábrego mordía,
Con agudos colmillos, la madera
De la barca de cedro. Por los aires
Pasaba, entre el fragor de la tormenta,
Un salvaje graznido de errabundas
Aves, con rumbo á sus distantes peñas.
Llegaba de los bosques un bravío
Crugido de ramajes que se estrechan,
De troncos que se rompen y de erguidos
Abetos que se doblan y se quiebran.
Se adivinaba un fúnebre galope
De fieras por las selvas
Y un trote desigual de megaterios

Hirsutos, por lo gris de las estepas.
Rasgaba el huracán en los picachos
El lienzo bramador de sus banderas;
Y ya caían las primeras gotas
Del nubarrón sobre la ardiente arena.
Otra vez el relámpago, tan viva
Lumbre de tempestad dió en sus hogueras,
Que hacia los cuatro puntos cardinales
Parecía que á un tiempo amaneciera.
Y un trueno largo, cavernoso, hueco,
Estremeció las seculares piedras,
Como una catarata de peñascos
Que contra una montaña se rompiera!
Y largamente, pavorosamente,
Gruñó en los ecos de la noche aquella
Y fué á morir en trémolos medrosos,
Allá por los confines de la tierra!

Mientras tanto, Noé, por una raja
Cualquiera, contemplaba las sangrientas
Manchas que los relámpagos hacían
Sobre la urdimbre de las nubes negras.
De pronto, resaltando en el desierto,
A la luz de los rayos que se trenzan
Por el cielo, percibe, á la distancia
Un humano cortejo que se acerca.
Traen hachas de piedra sobre el hombro
Las imponentes sombras gigantescas,
Que en procesión segura se aproximan,
Aunque el agua les roa las cabezas,
Aunque el viento les muerda las gargantas
Y les arranque en nudos las melenas!

Cayó el torrente humano sobre el arca.
Fué un estallar de rabias; una ebria
Confusión de lamentos, una impura
Explosión de palabras inconexas,
Que arrebataba el vendeval, en amplios
Puñados de amargura, á flor de lengua.

Se escuchaba un chirriar de muchas uñas
Que arañaban dementes las maderas;
Se escuchaba un chirriar de muchos dientes
En aquel frenesí de carne enferma;
A tiempo que en la bárbara catástrofe,

Clamoroso, sublime de grandeza,
Implacable en el fallo del destino,
Desmoronaba el cielo su tormenta!

Y decía Noé:
—Yo tuve gracia
A los ojos de Dios; porque la buena
Simiente quedará. Vosotros todos
Moriréis con las briznas de la hierba,
Y con todo reptil que anda rastrero,
Y con todo rebaño que apacienta.
Porque, he aquí, Jehová mi Dios, me dijo:
—Harás, Noé, tu arca con madera
De cedro perfumado: toda especie
Llevarás en el arca, macho y hembra.
Harás apartamientos en el arca
Y embetunarla has, por dentro y fuera.
Porque, he aquí, Noé, que toda cosa
Raeré de la tierra.

Y la turba gemía:
—No tuvimos
Gracia en ojos de Dios, sino violencia;
Y en verdad toda carne que se mueve
Raerá de la tierra.

Por fin, después del trágico heroísmo
De oponerse al misterio en magna brega
Se alejó hacia la muerte aquella chusma
Clavando, como quien clava una flecha,
En el alma de Dios el soberano
Monosílabo audaz de una blasfemia!

Y el agua, en el horror de la caída,
Como en un paroxismo de inclemencias,
Azotaba la frente de las rocas,
Humedecía el cieno de las cuevas,
Lastimaba los labios de las fuentes,
Malhería los lomos de las bestias,
Y arrodillaba al hombre primitivo
En el hueco cerril de sus cavernas!

¡Gloria á Jehová! Rompíanse en sus cauces
Los rebalsados ríos. Lastimeras
Despeñábanse recias cataratas

En malla hirviente de nevadas trenzas.
Los lagos, cual pupilas que en la hora
De la muerte se agrandan y se aterran,
Derramaban sus aguas, enredando
Un oleaje invasor por las riberas.
El valle que hasta ayer, rico de mieses,
Ondeaba en plenitud de espigas crespas,
Ya era un río fatídico, cargado
De troncos rotos y de ramas yertas.
Y allá por los caminos silenciosos
Que van á las montañas, la indefensa
Muchedumbre trepaba entre los riscos
Agresivos, hiriéndose en las piedras
Los flancos fatigados por la ruda
Ascensión insensata de las sierras.

Subía el agua siempre. Ya se hundían
Bajo el agua mortal todas las selvas.
Ya después con sus copas se ocultaron
Los boscajes de cedro, bajo inmensas
Linfas de maldición. Ya casi todas
Las cumbres altaneras
Se humillaron de horrores sacrosantos,
En aquella hora de la edad cuaterna.
Ya los últimos hombres doblegaron
De miedo las cabezas,
Entregando al abismo de las olas
El pobre harapo de su carne hambrienta.
Pero allá todavía, en plena racha,
Con las alas quiméricas abiertas,
Cara á cara con Dios, en una absurda
Intuición de legítima defensa.
Las águilas postreras destrozaban
El nubarrón entre las garras negras!

¡Por fin se hizo un silencio doloroso
Sobre el haz de la tierra!

LUIS FERNANDEZ DE LA PUENTE

Su primera obra,—un ramillete de cuentos,—apareció en 1906, bajo el título de "Alma mía".

Luego vino la novela corta "Epifanía", que obtuvo el primer premio en un concurso de "El País".

Su musa, que siempre ha tenido oculta con celosa esquivez, nos ha regalado con ese magnífico haz de sonetos. Pertenecen á su reciente libro "Solar guaraní", sugerido por la cálida impresión de nuestra naturaleza tropical.

Nos anuncia otro volumen de cuentos para una fecha muy próxima. Llevará por título: "Caricias de sol".

Siembra así en sus horas del día, mientras desparrama noche á noche su inteligencia en el periodismo. Y sonriendo siempre y amando los goces de la vida con toda la desfachatez de un epicúreo.

EL RÍO

Bajo la pompa sugestiva y blonda
del verano triunfal, levanta el río
algo así como un canto al amor pío
del vasto cielo azul y de la fronda.

Engalana enseguida la rotonda
de las selvas con mágico atavío,
y ofrenda como un príncipe al estío
un armiño real en cada onda.

Y se pierde, por fin, en la llanura,
magnífico de fuerza y hermosura,
como un señor de raras altiveces,—

que encendiera en amor todas las cosas,
incendiase en rubor todas las rosas
y transformara en pan todas las mieses.

LA SELVA

Joven india ofrecida en la pradera
del sol á la caricia voluptuosa
parece ser la selva, que reposa
con solemne quietud en la ribera.

Poblada de rumores, se dijera
que tiene un alma lírica y suntuosa,
en cuyo seno acógese, armoniosa,
con su eterna canción, la primavera.

Y enmarañada, impenetrable, adusta,
es también maternal en la robusta
vida que desarrolla sin violencia:

como esas fuerzas próvidas y extrañas
que aparentan tener en sus entrañas,
á más de corazón, inteligencia!

LOS NARANJALES

Á uno y otro lado de la vía,
ó á la vera del río, en la llanura,
despliegan su mirífica hermosura
los naranjos en flor, á mediodía.

Tiene algo de solemne su armonía
y sugestión de encanto su espesura;
en la umbría amorosa: ¡qué dulzura!
y en el casto azahar: ¡cuánta alegría!

Cuando ya en pleno Mayo las naranjas
anuncien auspiciosas en las granjas
de Germinal el triunfo esclarecido,—

dirijamos al sol nuestras canciones
y elevemos á Dios los corazones:
la promesa del árbol se ha cumplido!

LA ALDEA

De vez en cuando un rancho que blanquea
en la paz de los árboles; sencilla,
como cuadra al buen Dios, una capilla,
y á su frente una plaza: eso es la aldea.

Entre todas, acaso, es la más fea,
y con no ser hermosa, maravilla:
que es triste y pobre y sinembargo brilla,
y es sola y débil y no obstante crea.

La fundó un sacerdote hace cien años
entre boscajes vírgenes y huraños,
con hombres fuertes y mujeres bellas.

Y desde entonces gózase en su vida,
como una pastorcita adormecida
bajo la bendición de las estrellas!

PASTORAL

Camino del jagüel va la majada
de corderos y flácidas ovejas,
dando notas de albura en las bermejas
refracciones del sol, la tarde entrada.

Avanzan en tropel por la hondonada
frente al viento paradas las orejas,
con mucha aristocracia en las guedejas
y mucha placidez en la mirada.

Llegan, beben y en raudo torbellino
retornan en desorden al camino
que las vuelve á los fértiles potreros,—

otra vez satisfechas y tranquilas,—
entre un son melancólico de esquilas
y un balar angustioso de corderos!

INSOLACIÓN

Como un vaho infernal, entre soflamas
agítase la atmósfera encendida,
y abre un ígneo paréntesis la vida
en las granjas, los campos y las ramas.

Cualquier actividad queda en las tramas
de la urdimbre solar adormecida:
la selva, como en fuego sumergida;
las aguas, como un piélago de llamas.

Y en tanto que el espíritu claudica
y en la ardiente canícula se aduermen
la flor y el hombre, el matorral y el bruto,—

la energía inmortal se intensifica
en la fecunda gestación del germen
y en el magnífico esplendor del fruto.

ENRIQUE BANCHS

Ha publicado "Las Barcas" en 1907 y, casi sin interrupción, año por año, "El libro de los elogios", "El cascabel del halcón" y últimamente "La urna".

Es un bello gesto, si se tiene en cuenta que su poesía no le ha de conquistar el estímulo de las multitudes.

Entre los poetas de esta generación, es uno de los elegidos para el triunfo. La crítica le quema sus resinas perfumadas. Tiene, seguramente, enemigos, y Lugones, que gusta de las actitudes pontificales, lo ha condecorado con el toison de oro. Prepara otro libro de versos.

LA MUERTE DEL TROVADOR

Llévenle del vino viejo,
Denle faisanes trufados,
Velen por él las doncellas
Que esté mejor que un legado.

Al son de una mandolina
Más suerte nos ha venido
Que si los lirios del valle
Fueran oro florecido.

Más suerte nos ha granjeado
Con su dulce mandolina
Que si á todos nos besara
La ilusión de nuestra vida.

Cuando nos llegó en la tarde
Caía una blanca nieve,
Brujas andaban llorando
Y aullaban nuestros lebreles.

Blanco de nieve como una
Azucena de los valles,
Sonó el trovero el alegre
Cuerno de los caminantes.

—Hombres de armas, si es la brisa
Hagan la cruz sobre el pecho;
Si es caminante quien llama
Dénle del pan y del fuego.—

Cuando fueron por abrirle
Le encontraron desmayado,
Los grandes ojos abiertos
Orlados de orla de llanto.

Donde el hogar ya lo arriman,
Con paños finos le secan,

Ya las manos sin colores,
Ya la suave cabellera.

Sobre el pecho tiene escrito
Bordado sobre xamete:
"Amigos, si le halláis muerto
Su corazón devolvedme."

Quien bordó este mote fino
Fué Clara, la bien nacida,
Que hogaño pena sus culpas
En celda de una abadía.

Bien lo secan, bien lo velan,
Bien lo miran, bien lo cuidan;
Cuando le torna la vida
A estancia tibia lo mudan.

Su mandola la guardaban,
Guardábanla á guisa de oro,
Y el pliego de las canciones
Lo ponen con los tesoros.

—Llévenle del vino viejo,
Denle faisanes trufados,
Velen por él las doncellas,
Que esté mejor que un legado.

¿Quién sabe no es un hermano,
Hermano de armas que tuve?
Como aquel mi compañero
Tiene los ojos azules.—

Luego la dueña:—Es tal vez
Un serafín que ha llegado
Por saber si somos buenos:
Ved sus ojos azulados.

—¿Quién sabe—dice la niña—
Si no es mi dueño y amigo?
Tiene los ojos azules
Y en ellos tristezas miro.—

Cuando le llevan del vino,
¡Qué vino que huele á pomas!

Cuando del manjar le llevan,
¡Qué manjar que sabe á rosas!

Las doncellas que le velan
Dan voces de que está muerto.
...Amigos, así se apagan
En la aurora los luceros.

A LA LUZ DE LA LAMPARA

Haz, hermana, la cama para los niños. Sea
Tu mano diligente, pues ya el sueño pasea
Su amapola invisible por las sienes hermosas
Donde, esfumadas, vuelven á aparecer las cosas
Del día: ya una hormiga que lleva una migaja,
Ya un castillo de arena que se cae, ó la caja
Del tambor de los reyes, ó la encorvada vieja
Que pidiendo limosna, se detuvo en la reja,
O el Angel de la Guarda con el mirar incierto
De sus ojos azules radiados de oro muerto...
Uno en la silla alta se ha quedado dormido,
Doblada la cabeza sobre el brazo encogido;
Entre mis brazos siento del otro la tibiesa
Cara y sutil que fluye de su amable cabeza,
Y su respiración me está dando en la mano
Con la suave cadencia de un verso virgiliano...
...Tú, silenciosamente,
Coses la tela blanca bajo la luz clemente;
Luego llevas los niños en tus brazos rendidos,
Cual corderos enfermos, cual corderos caídos...
Sigo leyendo el libro de bello nombre. En vano
Busco en sus hojas algo de corazón humano:
Sólo aparece el rostro de un señor grave y tieso
Que ha escrito únicamente para sacarse el peso
De todas sus lecturas... (¡Oh, los libros cordiales,
—A veces hablan como los labios maternales—
Donde se ha puesto una lágrima de dulzura
Y una gota de sangre, como quien asegura
Diamantes y rubíes en una gargantilla.)
Cerrémoslo. Y que bajo la santa luz que brilla

Con tonos suaves—lila, morado y azucena—
Una vez más mi alma goce de estar serena...
Hay sobre la carpeta de pana un cristal fino
Lleno de rosas blancas que me ha dado el vecino.
(Dime, ¿en los cementerios no hay, por la mañana,
Un vago olor á rosas que se secan, hermana?)
...Tú, silenciosamente,
Coses la tela blanca bajo la luz clemente.
Sobre tu cabellera que está en la sombra, pasa
Como unos temblorosos ondulados de gasa
El humo azul y perla del cigarrillo cuyo
Fuego brilla en mis dedos lo mismo que un cocuyo.
Entonces si me oyes toser, súbitamente
Pálida, las miradas alzas hasta mi frente,
Y siento ganas crueles de decirte: Trabaja,
Que estás cosiendo el blanco lino de mi mortaja.

CANCIONCILLA

Porque de llorar
Et de sospirar
Ya non cesaré.

LUNA.

No quería amarte,
Ramo de azahar;
No debía amarte:
Te tengo que amar.

Tan manso vivía...
Rosa de rosal,
Tan quieto vivía:
Me has herido mal.

¿No éramos amigos?
Vara de alelí.
Si éramos amigos,
¿Por qué herirme así?

Cuidé no te amara,
Paloma torcaz.
¿Quién que no te amara?
Ya no puedo más.

Tanto sufrimiento,
Zorzal de jardín,
Duro sufrimiento
Me ha doblado al fin.

Suspiros, sollozos,
Pájaro del mar;
Sollozos, suspiros
Me quieren matar.

DEL LIBRO "LA URNA"

Nunca como esta noche de verano
De gran silencio melodiosa y pura
He sentido la lánguida dulzura,
La irrealidad, de mi pasión que en vano

Confieso al alma de la noche oscura.
Bien sé que espero en algo muy lejano,
Algo que no se toca con la mano,
Que no se puede ver ni se figura;

Algo como plegaria de intangible
Boca, pero plegaria imperceptible;
Un suspiro del viento, acaso una

Música de violines escondidos;
Una vaga mujer cuyos vestidos
Ondulan en el claro de la luna.

* * *

A los pies de los álamos la brisa
Aquí y allá las hojas secas junta;
Claro el retoño en la corteza apunta
Como la dentadura en la sonrisa.

En la paz de la hora meridiana
Suena el zumbido sordo del insecto
Y casi embriaga su áspero y directo
Rumor, que ni está cerca ni es lejano.

Voy por la rumorosa vastidad
De la floresta clara y retoñante,
Piadosa en su elocuente soledad;

Y en tan dulce vagar no sé qué quiero:
Soy feliz como nunca, estoy delante
De lo deseado... ¡Y sin embargo espero!

*
* *

Tornasolando el flanco á su sinuoso
Paso va el tigre suave como un verso
Y la ferocidad pule cual terso
Topacio el ojo seco y vigoroso.

Y despereza el músculo alevoso
De los ijares, lánguido y perverso
Y se recuesta lento en el disperso
Otoño de las hojas. El reposo...

El reposo en la selva silenciosa.
La testa chata entre las garras finas
Y el ojo fijo, impávido custodio.

Espía mientras bate con nerviosa
Cola el haz de las férulas vecinas,
En reprimido acecho... así es mi odio.

ELOGIO DE UNA LLUVIA

Tres doncellas eran, tres
Doncellas de bel mirar,
Las tres en labor de aguja
En la cámara real.

La menor de todas tres
Delgadina era nombrada.
La del mirar de gacela
Delgadina se llamaba.

—¡Ay! diga porqué está triste,
¡Ay! diga porqué suspira.
Y el rey entraba en gran saña
Y lloraba Delgadina.

—Señor, sobre el oro fino
Estoy tejiendo este mote:
"Doña Venus, Doña Venus,
Me tiene preso en sus torres."

En más saña el rey entraba,
Más lloraba la infantina.
—En la torre de las hiedras
Encierren la mala hija.

En la torre de las hiedras
Tienen á la niña blanca.
¡Ay! llegaba una paloma
Y el arquero la mataba.

—Arquero, arquero del rey
Que vales más que un castillo,
Dame una poca de agua
Que tengo el cuerpo rendido.

—Doncella si agua te diera,
Si agua te diera, infantina,
La cabeza del arquero
La darán á la jauría.

—Hermanitas, madre mía
Que estáis junto al lago, dadme
Agua... pero, no la oyeron
Las hermanas ni la madre.

Y entonces vino una lluvia,
Vino una lluvia del cielo,
Lluvia que se parte en ruído
De copla de romancero.

La niña que está en la torre
Tendía la mano al cielo...
De agua se llenó su mano
Y la aljaba del arquero.

ERNESTO MARIO BARREDA

EL MALON

Por la enorme y desierta planicie del paisaje
Los pájaros de presa prorrumpen su graznido,
Y entre las humaredas del pajonal ardido
Se descubre á lo lejos el horror del pillaje...

Con la lanza y la flecha, sobre el potro, un salvaje
Todo desnudo, cruza lanzando su alarido:
¡Y se inflaman los ojos del bronceado bandido
Bajo la dura máscara de su feroz tatuaje!

Sobre la misteriosa llanura dilatada,
Dando al viento la hirsuta cabellera crinada,
Silbante y ululante se aleja como un dardo.

Y en la impetuosa fiebre de su avidez lasciva,
Aprieta el cuerpo blanco de una mujer cautiva
Con su terrible y áspera caricia de leopardo!...

Fué una tarde en Sevilla...

Fué una tarde en Sevilla... De sus ojos morunos
Brotó la llamarada de una flecha de amor...
Tenía un raro encanto de serpiente y de tórtola
Con la mantilla alzada sobre su peinetón.

En la pequeña mano de adorables hoyuelos
Jugaba el abanico su nervioso jugar;
Y sombreados y rojos los labios se entreabrían
Con un fuego salvaje que no he visto jamás...

El zapatito blanco daba cauce á la onda
Vertiginosa y fina del empeine del pié,
Que la falda, celosa, con dulce tiranía,
Descubría y cubría para ver y no ver...

Su cuerpo era una de esas frutas de carne viva
Donde explora el deseo con pálido temblor:
Su cuerpo lo forjaron los sueños de un asceta
Mordido por la vida y azotado por Dios!

Volcaban los naranjos su perfume enervante.
Cantaron las cigarras... Muertas de languidez
Las horas se dormían y entre los alhelíes
Volaban las abejas con un beso de miel...

Fué una tarde en Sevilla... De sus ojos morunos
Brotó la llamarada de una flecha de amor...
Y llevo desde entonces clavados hondamente
Como siete puñales sobre mi corazón!

ROMANCE DE LA DESESPERANZA

...Siempre los sueños, los sueños
Que me han hecho tanto mal!...
Con sorda monotonía
Suena el reloj su tic-tac
En la sala, en que un espejo
Yergue su luna espectral,
Donde se han mirado tantas
Cosas que no volverán!...
El fuego brilla y se apaga
Dulcemente en el hogar,
Dejándome el corazón
Oprimido... Lentas dan
Las doce... Cantan los gallos...
La bruma... La soledad...
El viento mueve las ramas
Secas del parque invernal.
Y la iglesia piensa en Dios...
¡Si yo pudiera rezar

Como un niño ó como un viejo!
Para esa ingenua piedad
Ni tengo dolor de menos,
Ni tengo temor de más...
Canturreando alegremente
Pasa una rondalla... Va
De fiesta: un poco de vino,
Y el alma rompe á cantar...
¡Dad de beber al que sufre!
Yo también quisiera estar
Ebrio de vino ó de amor,
Pero lo he bebido ya
Todo... El vaso está vacío,
Y no me puedo abrevar
En mi corazón de nuevo...)
Huyendo del bien y el mal,
Envenené las cisternas
Para no volverme atrás...

EN EL PUERTO DE PALOS

(FRENTE AL MAR)

Eres la misma ola que levantó la quilla
Frágil y temeraria de la audaz escuadrilla,
Cuando las brisas buenas á Colón se tendieron.
Tú animaste el ensueño de los hombres que fueron,
Y en el himno sonoro del tumulto salino
Celebraste los triunfos de la gloria que vino...
Eres la ola verde de la esperanza y eres
La que bruñó en su plata las más grandes estelas,
Cuando al viento del alba se curvaron las velas
Con una sonrosada morbidez de mujeres.
Y eres la ola fuerte que exaltó al navegante
Con la obstinada lucha que en tu clamor flamea:
Cuando confió á tu seno, como un dolor gigante,
La desesperación de tener una idea!...

Mientras el hondo acento de tu armonía escucho,
Como si descansara de haber volado mucho:
El alma del pasado duerme en el caserío
Con un sueño de águila silencioso y bravío.

—Viejo puerto de Palos: yo he besado tu suelo
Cual se besa la frente de un venerable abuelo.
En tu grandeza triste de olvidado coloso
Se prosterna mi vida con un fervor ansioso:
Porque mis labios, ávidos de una sed de ideal,
Quieren beber un sorbo de tu copa inmortal!
Dime cómo lanzaste las sagradas semillas
Que han poblado de robles los surcos de la historia
Y arrúllame en el tierno regazo de tu gloria
Como si fuera un nieto sentado en tus rodillas.
Cuéntame las visiones que arrojaron delante
La fabulosa empresa del austero Almirante,
Cuando bajo la insidia que lo juzgaba loco,
Por la escarpada ruta subía poco á poco
Con su verdad, que á veces en una llamarada,
Se desnudaba como se desnuda una espada!...

Cuando surje una mente que de luz se empurpura
La humanidad la enturbia con baldón de locura...
¡Y al orientar sus rumbos sobre la Travesía,
Cuanto debe á esos locos no sabe todavía!
Ni ha de saber jamás de ese dolor profundo,
Cuyo cincel de fuego labra convulsamente,
El rabioso entrecejo crispado en una frente
Que atormenta la enorme pesadilla de un mundo!
La voluntad domina las murallas... ¿y luego?
La perspectiva es ardua y el porvenir es ciego...
Y el misterio del mar y la traición cercana,
Como una doble angustia que ronda el corazón...
Hay que triunfar del mal que nos hiere y enloda
Sin temor á lo ignoto que vendrá del mañana:
Y ha de surgir la vida para ofrecerse toda
Y han de volver las turbas para pedir perdón.
Porque tú bien lo sabes, viejo puerto de Palos,
Los hombres son cobardes, pero al fin no son malos...

Las carabelas fueron sobre el mar infinito
Con la gallarda audacia de su tajante prora,
Y en el supremo júbilo de una inmortal aurora
La maravilla única se descubrió en un grito!

Y el viejo puerto habló:—Mi fuerza está cansada...
¿Acaso ya el destino no me reserva nada?
¿Partieron para siempre nuestras audaces barcas
Y quizá naufragaron en hostiles comarcas?

No lo sé, no lo sé... Bajo las lobregueces
De la noche en que vivo, suelo escuchar á veces
Como el lejano y cóncavo repercutir de un trueno...
Y ese trueno lejano, dime: ¿de qué está lleno?
A veces oigo el son de un gran himno que canta
Como algo que palpita y algo que se levanta.
Y esas voces sonoras que hasta mis playas llegan:
¿Acaso no me olvidan, acaso no me niegan?...
Entonces prorrumpí, con verdad y ternura:

—Yo soy uno de aquellos hijos de la llanura,
Que azotan las borrascas y abrasan los ardores
Del sol. Yo soy un hijo de los Conquistadores
Que abroquela su espíritu como en una armadura.
Yo sueño en la grandeza de una era futura
Que nos devuelva el fausto de otros días mejores;
Yo soy un heredero de mis progenitores
Porque su nombre es mío, porque mi sangre es pura.
Yo vengo de esa estirpe que triunfa en las edades:
Que ayer descubrió mundos y hoy levanta ciudades.
Y agiganto mis ímpetus cuando en el pecho siento,
—Como visión heroica de crinadas melenas—
El alma de la raza que se agita en mis venas
Encrespando de orgullo su penacho violento!...

Y en tanto el mar rugía su canción desatada,—
Cual un guerrero anciano que oye una clarinada
Dilatando su voz sobre mi frente inquieta,
Clamó por la vez última con algo de profeta:
—Para todas las cosas habrá un juez y un testigo.
El germen de la sangre nunca se vierte en vano...
¡Oh, tierra de esperanza, mi recuerdo lejano,
Sobre mi corazón sea la paz contigo!

HORA MATINAL

Regocijada despierta
La solariega mansión,
Vibrando en la ebullición
Del corral y de la huerta.

Una apacible frescura
Trae el viento perfumado,
Y el jilguero del tejado
Comienza su partitura.

La parra se adorna toda
Con pámpano florecido,
Y el naranjo se ha vestido
Para una fiesta de boda.

Madrigalizando cosas
Amorosas, se complacen
Las mariposas, que hacen
Ruborizar á las rosas.

Y á las escuetas retamas
Que se asoman en las rejas:
Importunan las abejas
Con zumbones epigramas...

En los predios familiares
Ven á pasear tu emoción,
Y á llenar tu corazón
De alegría y de cantares.

Un dejo de libertad
Pondrás en tu ropa holgada,
Sin que las ideas nada
Recuerden de la ciudad;

Hasta que se la deseche
Como una obsesión de plomo,
Viviendo la vida como
Se bebe un vaso de leche...

En un presuntuoso fin
Deslumbrando á su consorte,
El faisán le hace la corte
Vestido de mandarín.

Ensaya la voz cascada
El pavón archiluciente...
Y del chorro de la fuente
Se vuelca una carcajada.

Con reumática vejez
Duerme el perro de la casa,
Y el pato bruñido en grasa
Jadea su estupidez.

Las garzas moras se van
Al charco de aguas verdosas,
Y el gallo tiene ampulosas
Bizarrías de sultán.

Brilla el cielo y ríe el broto...
En hormiguear de colmenas,
Bulle la sangre en las venas
Con un cálido alboroto.

Ansias de impresiones tiernas
Nos dan un jovial cariz,
Y siente el cuerpo feliz
La agilidad de las piernas.

El establo zumba lleno
De moscas. Atento y mudo,
Piafa el caballo belfudo
Con impaciencias de heno.

La vaca rumia su hora
De quietud y de hortaliza
Con placidez de nodriza,
Y el buey mirándola llora...

Mientras con sus ademanes
La hija del labrador:
Lanza un germen tentador
Entre los zurdos gañanes.

Un himno grave y pausado
Surje de la paz sencilla
Y un aroma de gramilla
Viene del campo sembrado.

La vida en diversos modos
Vierte sus fuegos rituales,
Y con besos paternales
El sol nos bendice á todos...

SALMO

Buena mía: la vida nos ha dado
Su mañana de sol... Sobre la ruta
Sembrando el árbol de la nueva fruta,
Seguimos con andar noble y pausado.

Ya por encima de dolores viejos,
Buscamos el oriente en la jornada:
Como el que sube al fin una escarpada
Montaña azul, para mirar más lejos...

Evocas el ensueño que has vivido,
Y en su ola de júbilo te bañas,
Al grito maternal de tus entrañas
Poniendo el corazón, como un oído.

Mi ansia de bien, quizá por egoísmo,
Vierte ahora en las cosas con empeño:
Ese amor que por todo lo pequeño
Brota de lo más hondo de mí mismo...

Y al mirar en la tierra algo de humano,
Quiero que el gérmen su virtud no pierda:
Cuando la tierra al hombre le recuerda
Que un fuego de mujer no alienta en vano...

Sigamos bajo el sol, con alegría
Sazonando la brega cotidiana,
Y que todo parezca una mañana
De suprema esperanza, buena mía.

Del huerto y la canción frutos lozanos
Haré brotar, para que duramente
No me reproche el sueño de mi frente,
Ni me avergüence de mirar mis manos...

Y pues la vida su verdad nos dijo,
Con el amor de nuestros corazones
Celebraremos sus propicios dones:
En un libro, en un árbol y en un hijo!

EVARISTO CARRIEGO

Sè cierra esta antología de poetas argentinos, con los versos de Evaristo Carriego, el de la musa torva, enferma y piadosa, que se nos ha ido... Nadie mejor que él para completar este ciclo de nuestra poesía. Encarnaba un matiz,—si bien el más triste,—del alma colectiva y nos deja una obra completamente nueva.

Era un gorrión de los suburbios que tenía el alma de un zorzal. Y la muerte vino y se lo llevó, como uno de esos mercaderes orientales encantadores de pájaros...

Sus primeros versos, "Misas herejes" aparecieron en 1908. Se anuncia ahora una edición completa, próxima á ver la luz en Barcelona.

MIENTRAS EL BARRIO DUERME

...¿Tú tampoco me has oído?
Bueno, que no se repita
Otra vez ese silbido.
¡Eh, muchachos!, no hagáis ruído:
Se fué á dormir abuelita.

Recordando vuestros sustos
Continuamente se queja.
Vamos, muchachos, sed justos
Y no le déis más disgustos:
Cada día está más vieja...

Ahora se ha vuelto idiosa...
Cuando comienza á porfiar,
¡Se pone de fastidiosa!
Ya lo véis; por cualquier cosa
No cesa de rezongar.

...¿Tú también? Va para rato
Que olvidaste tu promesa:
¡Después de romper el plato,
Le pisas la cola al gato
Por debajo de la mesa!

¿Conque te muestras violento
Porque mi sermón te irrita?
...Es inútil ese cuento...
No te muevas de tu asiento:
¡Te conozco, mascarita!

Si tratas bien el asunto
De hoy—¿oyes, cabeza hueca?—
Y copias lo que te apunto,
Tendrás á las diez en punto
Café con pan y manteca.

Y, á propósito, ya veo
Que te volcaste la sopa
En la blusa, ¿no? Yo creo
Que comer así es muy feo:
¡Linda te has puesto la ropa!

Tú... No inquietes á tu hermana
Tirándole de la trenza.
¿Respondes de mala gana?
¡Todo por una manzana!
¡Pedazo de sinvergüenza!

¿Y tú recién te has fijado
Que no para de garuar?
¿Al patio así? Ten cuidado,
No salgas desabrigado,
Que te puedes resfriar.

Cae monótonamente
El agua... ¡Qué silencioso
El barrio! El perro de enfrente
Dejó de ladrar. ¿La gente
Se habrá entregado al reposo?

Pienso en ellos... En su obscura
Mala suerte, y pienso luego,
Con un poco de ternura:
¿En qué ensueño de amargura
Se hallará abstraído el ciego?

Allá, solo, en el altillo,
Moliendo la misma pieza,
Quizás suena el organillo:
Aunque el aire es tan sencillo,
No cansa, ¡da una tristeza!...

Llora el ritmo soñoliento
Que tanto gusta á la loca
Amiga nuestra... El son lento...
¡Toca con un sentimiento!
¿Qué pensará cuando toca?

¡Cómo le hace comprender,
Noche á noche, al lazarillo
Cuánto le apena el tener

Que fumar sin poder ver
El humo del cigarrillo!

¿Y los otros? ¡Los huraños
Vecinos?... ¿La costurera
Un poquito entrada en años?
¿Si serán los desengaños
Que la dejaron soltera?

Si bien la historia no es clara,
Dice la chismografía
Que una prima le robara
El novio, en su misma cara:
Jugando á la lotería.

Al fin y al cabo valiera
Más olvidar la traición,
Pero por esa zoncera
De la pena que le diera
Se enfermó del corazón.

Otro que lleva una vida...
Es el haragán de al lado.
¡Y encuentra quien lo convida
A embriagarse! ¡La bebida!...
¿Por qué vendrá en ese estado?

¿Y ese hombre al que nadie ha oído
Hablar en una semana
De vivir casi escondido,
Que sale ya anochecido
Y vuelve muy de mañana?

¿Y aquellos que nos dejaron?
¡Tan obsequiosos y fieles!
El día que se mudaron
Recuerdo que nos mandaron
Una fuente de pasteles.

¿Y la viuda de la esquina?
La viuda murió anteayer.
¡Bien decía la adivina,
Que cuando Dios determina,
Ya no hay nada más que hacer!

De los cuatro huerfanitos
No se sabe qué será:
¿A dónde irán? ¡Pobrecitos
Hermanos, los muchachitos
Que se quedan sin mamá!

...Mira, muchacho, la vela
Se va á terminar; repasa
Tus lecciones de la escuela...
Ya se ha dormido la abuela:
¡Qué silencio hay en la casa!

EL CAMINO DE NUESTRA CASA

Nos eres familiar como una cosa
Que fuese nuestra, solamente nuestra:
Familiar en las calles, en los árboles
Que bordean la acera,
En la alegría bulliciosa y loca
De los muchachos, en las caras
De los viejos amigos,
En las historias íntimas que andan
De boca en boca por el barrio,
Y en la monotonía adolorida
Del quejoso organillo
Que tanto gusta oir nuestra vecina
La de los ojos tristes...
Te queremos
Con un cariño antiguo y silencioso
Caminito de nuestra casa. Vieras
Con qué cariño te queremos.
Todo
Lo que nos haces recordar!
Tus piedras
Parece que guardasen en secreto
El rumor de los pasos
Que se apagaron algún día... Aquellos

Que ya no escucharemos á la hora
Habitual del regreso.
Caminito
De nuestra casa, eres
Como un rostro querido
Que hubiéramos besado muchas veces:
¡Tanto te conocemos!
Todas las tardes, por la misma calle,
Miramos con mirar sereno
La misma escena alegre ó melancólica,
La misma gente... ¡Y siempre la muchacha
Modesta y pensativa que hemos visto
Envejecer sin novio... resignada.
De cuando en cuando caras nuevas,
Desconocidas, serias ó sonrientes,
Que nos miran pasar desde la puerta.
Y aquellas otras que desaparecen
Poco á poco, en silencio,
Las que se van del barrio ó de la vida
Sin despedirse.
¡Ah, los vecinos
Que no nos darán más los buenos días!
Pensar que alguna vez nosotros
También por nuestro lado nos iremos
Quién sabe dónde silenciosamente
Como se fueron ellos...

TU SECRETO

¡De todo te olvidas! Anoche dejaste
Aquí, sobre el piano, que ya jamás tocas,
Un poco de tu alma de muchacha enferma:
Un libro, vedado, de tiernas memorias.

Intimas memorias. Yo lo abrí, al descuido,
Y supe, sonriendo, tu pena más honda,
El dulce secreto que no diré á nadie:
A nadie interesa saber que me nombras.
...Ven, llévate el libro, distraída llena
De luz y de ensueño. Romántica loca...
Dejar tus amores, ahí, sobre el piano!
...De todo te olvidas, cabeza de novia!

La silla que ahora nadie ocupa

Con la vista clavada sobre la copa
Se halla abstraído el padre desde hace rato:
Pocos momentos antes rechazó el plato
Del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente
Llega en silencio alguna que otra mirada
Hasta la vieja silla desocupada
Que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras
Cesa de pronto el ruído de las cucharas
Porque, inocentemente, como empujado

Por esa idea fija que no se va,
El menor de los chicos ha preguntado
Cuándo será el regreso de la mamá!

AL COMPÁS DEL ORGANILLO

El gringo "musicante" ya desafina
En la suave habanera provocadora,
Cuando se anuncia á voces, desde la esquina
"El boletín—famoso—de última hora."

Entre la algarabía del conventillo,
Esquivando empujones pasa ligero,
Pues trae noticias, uno que otro chiquillo,
Divulgando las nuevas del pregonero.

En medio de la rueda de los marchantes,
El heraldo gangoso vende sus hojas...
Donde sangran los sueltos espeluznantes
De las acostumbradas crónicas rojas.

Las comadres del barrio, juntas, comentan
Y hacen filosofía sobre el destino...
Mientras los testarudos hombres intentan
Defender al amante que fué asesino.

La cantina desborda de parroquianos,
Y como las "trucadas" van á empezarse,
La mugrienta baraja cruje en las manos
Que dejaron las copas que han de jugarse.

Contestando á las muchas insinuaciones
De los del grupo, el héroe del homicidio
De que fueron culpables las elecciones,
Narra sus aventuras en el presidio.

En la calle, la buena gente derrocha
Sus guarangos decires más lisonjeros,
Porque al compás de un tango que es "La morocha",
Lucen ágiles "cortes" dos orilleros.

La tísica de enfrente, que salió al ruído,
Tiene toda la dulce melancolía
De aquel verso olvidado pero querido
Que un payador galante le cantó un día.

La mujer del obrero, sucia y cansada,
Remendando la ropa de su muchacho,
Piensa, como otras veces, desconsolada,
Que talvez el marido vendrá borracho.

...Suenan las diez. No se oye ni un solo grito;
Se apagaron las velas en las bohardillas,
Y el barrio entero duerme como un bendito
Sin negras opresiones de pesadillas.

Devuelven las oscuras calles desiertas
El taconeo tardo de los paseantes,
Y dan la sinfonía de los alertas
En su ronda obligada los vigilantes.

Bohemios de rebeldes crías sarnosas,
Ladran algunos perros sus serenatas,
Que escuchan, intranquilas y desdeñosas
Desde su inaccesible balcón las gatas.

Soñoliento, con cara de taciturno,
Cruzando lentamente los arrabales,
Alla va el gringo... ¡pobre Chopín nocturno
De las costureritas sentimentales!

¡Allá va el gringo! como bestia paciente
Que uncida á un viejo carro de la Harmonía
Arrastrase en silencio, pesadamente,
El alma del suburbio, ruda y sombría!

RESIDUO DE FABRICA

Hoy ha tosido mucho. Van dos noches
Que no puede dormir; noches fatales,
En esa oscura pieza donde pasa
Su más amargos días, sin quejarse.

El taller la enfermó, y así vencida
En plena juventud, quizás no sabe
De una hermosa esperanza que acaricie
Sus largos sufrimientos de incurable.

Abandonada siempre, son sus horas
Como su enfermedad: interminables;
Sólo á ratos, el padre se le acerca
Cuando llega borracho, por la tarde...

Pero es para decirla lo de siempre,
El invariable insulto, el mismo ultraje:
¡Le reprocha el dinero que le cuesta
Y la llama haragana, el miserable!

Ha tosido de nuevo. El hermanito
Que á veces en la pieza se distrae
Jugando, sin hablarla, se ha quedado
De pronto serio, como si pensase...

Después se ha levantado, y bruscamente
Se ha ido, murmurando al alejarse,
Con algo de pesar y mucho de asco:
—Que la puerca, otra vez escupe sangre...

EN EL BARRIO

Ya los de la casa se van acercando
Al rincón del patio que adorna la parra,
Y el cantor del barrio se sienta, templando
Con mano nerviosa, la dulce guitarra.

La misma guitarra, que aun lleva en el cuello
La marca indeleble, la marca salvaje
De aquel despechado que soñó el degüello
Del rival dichoso tajeando el cordaje.

Y viene la trova: rimada misiva,
En décimas largas, de amante fiereza,
Que escucha insensible la despreciativa
Moza, que no quiere salir de la pieza...

La trova que historia sombrías pasiones
De alcohol y de sangre, castigos crüeles,
Agravios mortales de los corazones
Y muertes violentas de novias infieles...

Sobre el rostro adusto tiene el guitarrero
Viejas cicatrices de cárdeno brillo,
En el pecho un hosco rencor pendenciero
Y en los negros ojos la luz del cuchillo.

Y muestra, insolente, pues se va exaltando,
Su bestial cinismo de alma atravesada:
¡Palermo le ha oído quejarse, cantando
Celos que preceden á la puñalada!

Y no es para el "otro" su constante enojo...
¡A ese desgraciado que á golpes maneja,
Le hace el mismo caso, por bruto y por flojo,
Que al "pucho" que olvida detrás de la oreja!

¡Pues tiene unas ganas su altivez airada
De concluir con todas las habladurías...
¡Tan capaz se siente de hacer una hombrada
De la que hable el barrio tres ó cuatro días!

...Y con la rudeza de un gesto rimado,
La canción que dice la pena del mozo
Termina en un ronco lamento angustiado,
Como una amenaza que acaba en sollozo!

POETAS EXTRANJEROS

Hemos considerado que esta antología se completaba, incluyendo en ella la producción de algunos poetas extranjeros que escriben ó han realizado su obra en nuestro país. Se ha hecho una excepción con el "Canto á la Argentina" de Rubén Darío, porque á parte de ser ésta, como él dice, su segunda patria, encierra esa oración poética la expresión, quizás, más deslumbrante del verbo americano. Y nuestro pueblo debe leerla con frecuencia.

Casi todas las repúblicas sud-americanas se hallan representadas en nuestro país, por admirables poetas, embajadores líricos que demuestran la fraternidad intelectual de la raza, y al par significan el prestigio que la Argentina parece adquirir entre sus hermanas del continente.

Jaime Freire, complejo y sutil; Eduardo Talero, de un sensualismo refinado, que las rachas patagónicas no han conseguido entibiar; Fariña Núñez, un guaraní de alma helénica, serio y profundo; Montagne, nervioso, sincero hasta la carne viva. Luego los románticos y neoclásicos,—para clasificarlos;—ese simpático poeta y bohemio de buena ley, que ès Antonino Lamberti y, finalmente el magnífico gaucho de los romances pastoriles. Bartolomé Hidalgo, mitad uruguayo, mitad argentino.

Y con este grupo terminamos nuestra obra, realizada con una dolorosa buena intención.

NICARAGUA

RUBÉN DARÍO

Canto á la Argentina

¡Argentina! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebata la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
del azul que han vibrado,
lanza el grito. Oíd, mortales,
oíd el grito sagrado.

Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario
é invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe hendicha;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos: sobre el cósmico portento
de obra y de pensamiento
que arde en las políglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!
¡Oh, tierra abierta al sediento
de libertad y de vida,
dinámica y creadora!

¡Oh, barca augusta de prora
triunfante, de doradas velas!
De allá, de la bruma infinita,
alzando la palma que agita,
te saluda el divo Cristóbal
príncipe de las Carabelas.

Te abriste como una granada,
como una ubre te henchiste,
como una espiga te erguiste,
á toda raza congojada,
á toda humanidad triste:
á los errabundos y parias
que bajo nubes contrarias
van en busca del buen trabajo,
del buen comer, del buen dormir,
del techo para descansar
y ver á los niños reir,
bajo el cual se sueña y bajo
el cual se piensa morir.

¡Exodos! ¡Exodos! Rebaños
de hombres, rebaños de gentes
que teméis los días huraños,
que tenéis sed sin hallar fuentes
y hambre sin el pan deseado,
y amáis la labor que germina;
los éxodos os han salvado:
¡hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el Vellocino de Oro,
he aquí Canaán la preñada,
la Atlántida resucitada;
he aquí los campos del Toro
y del Becerro simbólicos;
he aquí el existir que en sueños
miraron los melancólicos,
los clamorosos, los dolientes
poetas y visionarios
que en sus olimpos ó calvarios
amaron á todas las gentes.

He aquí el gran Dios desconocido

que todos los dioses abarca.
Tiene su templo en el espacio;
tiene su gazofilacio
en la negra carne del mundo.
Aquí está el mar que no amarga,
aquí está el Sahara fecundo;
aquí se confunde el tropel
de los que á lo infinito tienden,
y se edifica la Babel
en donde todos se comprenden.

Tú, el hombre de las estepas,
sonámbulo de sufrimiento,
nacido ilota y hambriento,
al fuego del odio huído,
hombre que estabas dormido
bajo una tapa de plomo,
hombre de las nieves del zar,
mira el cielo azul, canta, piensa;
mujik redento, escucha cómo
en tu rancho, en la pampa inmensa,
murmura alegre el samovar.
¡Cantad, judíos de la pampa!
Mocetones de ruda estampa,
dulces Rebecas de ojos francos,
Rubenes de largas guedejas,
patriarcas de cabellos blancos
y espesos como hípicas crines;
cantad, cantad. Saras viejas
y adolescentes Benjamines,
con voz de vuestro corazón:
¡Hemos encontrado á Sión!

Hombres de Emilia, y los del agro
romano, ligures, hijos
de la tierra del milagro
partenopeo, hijos todos
de Italia sacra á las gentes,
familias que sois descendientes
de quienes vieron errantes
á los olímpicos dioses
de los antaños, amadores
de danzas gozosas y flores
purpúreas y del divino
don de la sangre del vino;

hallásteis un nuevo hechizo,
hallásteis otras estrellas,
encontrásteis prados en donde
se siembra, espiga y barbecha,
se canta en la fiesta del grano,
y hay un gran sol soberano,
como el de Italia y de Jonia
que en oro el terruño convierte:
el enemigo de la muerte
sus urnas vitales vierte
en el seno de la colonia.

Hombres de España poliforme,
finos andaluces sonoros
amantes de zambras y toros,
astures que entre peñascos
aprendísteis á amar la augusta
Libertad, elásticos vascos
como hechos de antiguas raíces,
raza heroica, raza robusta,
rudos brazos y altas cervices;
hijos de Castilla la noble
rica de hazañas ancestrales;
firmes gallegos de roble;
catalanes y levantinos
que heredásteis los inmortales
fuegos de hogares latinos;
íberos de la península
que las huellas del paso de Hércules
visteis en el suelo natal:
¡he aquí la fragante campaña
en donde crear otra España
en la Argentina universal!

¡Helvéticos! La nación nueva
ama el canto del libre. Dad
al pampero que el trueno lleva
vuestros cantos de libertad!
El Sol de Mayo os ilumina.
Como en la patria natal
veréis el blancor que culmina
allá donde en la tierra austral
erige una Suiza argentina
sus ventisqueros de cristal.

Llegad, hijos de la astral Francia:

hallaréis en estas campiñas
entre los triunfos de la estancia
las guirnaldas de vuestras viñas.
Hijos del gallo de Galia
cual los de la loba de Italia
placen al cóndor magnífico
que ebrio de celeste azur
abre sus alas en el sur
desde el Atlántico al Pacífico.

Vástagos de hunos y de godos,
ciudadanos del orbe todos,
cosmopolitas caballeros
que antes fuísteis conquistadores,
piratas y aventureros,
reyes en el mar y el viento,
argonautas de lo posible,
destructores de lo imposible,
pioneers de la Voluntad:
he aquí el país de la armonía,
el campo abierto á la energía
de todos los hombres. ¡Llegad!

Os espera el reino oloroso
al trébol que pisa el ganado,
océano de tierra sagrado
al agricultor laborioso
que rige el timón del arado.
¡La pampa! la estepa sin nieve,
el desierto sin sed cruenta,
en donde benéfico llueve
riego fecundador que aumenta
las demetéricas savias.
Bella de honda poesía,
suave de inmensidad serena,
de extensa melancolía
y de grave silencio plena;
ó bajo el escudo del sol
y la gracia matutina,
sonora de la pastoral
diana de cuerno, caracol
y tuba de la vacada,
ó del grito de la triunfal
máquina de la ferro-vía,
ó del volar del automóvil

que pasa quemando leguas,
ó de las voces del gauchaje,
ó del resonar salvaje
del tropel de potros y yeguas.

¡La pampa! inmolad un corcel
á Hiperión el radiante,
cual canta un dueño del laurel
del Lacio. ¡La pampa fragante!
En la extendida luz del llano
flotaba un ambiente eficaz.
Al forastero el pampeano
ofreció la tierra feraz;
el gaucho de broncínea faz
encendió su fogón de hermano,
y fué el mate de mano en mano
como un calumet de la paz.

¡Oh, cómo, cisne de Sulmona,
brindarás allí nuevos fastos,
celebrarías nuevos ritos
y ceñirías la corona,
lírica por los campos vastos
y los sembrados infinitos!
Otros Evandros de América
juntarán arcádicos lauros
mientras van en fuga quimérica
otros tropeles de centauros.

Animará la virgen tierra
la sangre de los finos brutos
que da la pecuaria Inglaterra;
irán cargados de tributos
los pesados carros férreos
que arrastran candentes y humeantes
los aulladores elefantes
de locomotoras veloces;
segarán las mieses las hoces
de artefactos casi vivientes;
habrá montañas de simientes;
como en litúrgico aparato
se herirán miles de testuces
en las hecatombes bovinas;
y junto al bullicio del hato
semejantes á ondas marinas

irán las ondas de avestruces.
Pasarán los largos dragones
con sus caudas de vagones
por la extensión taciturna
en donde el árbol legendario
como un soñador solitario
da sus cabellos al pampero.
Y en la poesía nocturna
surgirá del rancho primero
el espíritu del pasado
que á modo de luz vaga existe,
cuyo último vigor palpita
en el payador inspirado
que lanza el solloso del triste
ó el llanto de la vidalita.

¡Oh, pampa! ¡oh, entraña robusta,
mina del oro supremo!
He aquí que se vió la augusta
resurrección de Triptolemo.
En maternal continente
una república ingente
crea el granero del orbe,
y sangre universal absorbe
para dar vida al orbe entero.
De ese inexhausto granero
saldrán las hostias del mañana,
el hambre será si no vana
menos multiplicada y fuerte
y será el paso de la muerte
menos cruel con la especie humana.

¡Argentina! tu ser no abriga
la riqueza tentacular
que á Europa finisecular
incubó la Furia enemiga.
Y si oyes un día explotar
el trágico odio del iluso
regando ciega desventura,
es que Ananke la bomba puso
en la mano de la Locura.
Demeter, tu magia prolífica
del esfuerzo por la bondad
envíe la hostia pacífica
á la boca de la ciudad!

Se agita la Urbe, se alza
la Metrópoli reina, viste
el regio manto, se calza
de oro, tiarada de azur
yergue la testa imperiosa
de Basilea del sur;
es la fecunda, la copiosa,
la bizarra, grande entre grandes;
la que el gran Cristo de los Andes
bendice, y saluda de lejos
entre los vívidos reflejos
del luminar que la corona,
la Libertad anglo-sajona.
Saluda á la Urbe argentina
el Garibaldi romano
cabalgante en su colina,
en nombre de Roma materna
vestida de su memoria
y como su decoro eterna.
La saluda Londres que empuña
el gran Tridente de acero
por dominar el mar entero;
la saluda Berlín casqueada
y con égida y espada
como una Minerva bélica.
Y Nueva York la babélica
y Melbourne la oceánica
y las viejas villas asiáticas,
y presididas por Lutecia
todas las hermanas latinas
y hermanas por la libertad.
La saluda toda urbe viva
en donde creyente y activa
va al porvenir la Humanidad.

¡Buenos Aires! es tu fiesta.
Sentada estás en el solio;
el himno desde la floresta
hasta el colosal Capitolio
tiende sus mil plumas de aurora.
Flora propia te decora,
mirada universal te mira.
En tu homenaje pasar veo
á Mercurio y su caduceo,
al rey Apolo y la lira.

Es la fiesta del Centenario.
El Plata, padre extraordinario,
más que del Tiber y el Sena,
más que del Támesis rubio,
más que del azul Danubio
y que del Ganges indiano
es el misterioso hermano
del Tigris y Eufrates bíblicos,
pues junto á él han de surgir
los Adanes del porvenir.
Cual por llamamientos cíclicos,
Argentina, solar de hermano,
diste por tus virtuales leyes
hogar á todos los humanos,
templos á todas las greyes,
cetro á todos los soberanos
que decoran sus propias frentes
que se coronan por sus manos
con kohinoores y regentes
tallados en sus almas propias,
vertedores de cornucopias,
emperadores de simientes,
césares de la labor,
multiplicadores de pan,
más potentes que Gengis-Kan
y que Nabucodonosor.
Se erizaron de chimeneas
los docks; á los puertos flamantes
llegaron músculos é ideas
que enviaban los pueblos distantes.
Se rasparon viejas carcomas,
se redujeron á pedazos
falsos ídolos, armas romas,
é impusieron sus firmes lazos
la fraternidad de los brazos,
la transmisión de los idiomas.
Para dar las gracias á Dios
guarda la ciudad liberal
las naves de su catedral.
Y se verán construídos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,
las capillas y las pagodas.
Y en la floración eclesiástica,

los que buscan luz en la sombra,
por la media luna ó la suástica,
ó por la tora, ó por la cruz,
irán al Dios que no se nombra
y hallarán en la sombra luz.

Tráfago, fuerzas urbanas,
trajín de hierro y fragores,
veloz, acerado hipogrifo,
rosales eléctricos, flores
miliunanochescas, pompas
babilónicas, timbres, trompas,
paso de ruedas y yuntas,
voz de domésticos pianos,
hondos rumores humanos,
clamor de voces conjuntas,
pregón, llamada, todo vibra,
pulsación de una tensa fibra,
sensación de un foco vital,
como el latir del corazón
ó como la respiración
del pecho de la capital.

¡Que vuestro himno soberbio vibre,
hombres libres en tierra libre!
Nietos de los conquistadores,
renovada sangre de España,
transfundida sangre de Italia,
ó de Germania, ó de Vasconia,
ó venidos de la entraña
de Francia, ó de la Gran Bretaña,
vida de la Policolonia,
savia de la patria presente,
de la nueva Europa que augura
más grande Argentina futura.
¡Salud, patria, que eres también mía,
puesto que eres de la humanidad:
salud, en nombre de la Poesía,
salud, en nombre de la Libertad!

¡El himno, nobles ancianos!
¡El himno, varones robustos!
Pueriles coros escolares,
¡el himno! Llevad en las manos
palmas, coronad los bustos

de los patricios; á millares
dad flores á los monumentos.
El himno en los instrumentos
de armónicas bandas bélicas
que animan las fiestas pacíficas.
El himno en las bocas angélicas
de las gallardas mujeres,
de las matronas prolíficas,
de las parecidas á Ceres,
de las á Diana asemejadas,
las esposas y las amadas.
El himno en la egregia ciudad
y en el inmenso imperio agrario
anuncie el victorioso día,
y vierta su sonoridad
como una copa de armonía
en la fiesta del Centenario.

¡Saludemos las sombras épicas
de los hispanos capitanes,
de los orgullosos virreyes,
de América en los huracanes
águilas bravas de las gestas
ó gerifaltes de los reyes;
duros pechos, barbadas testas
y fina espada de Toledo;
capellán, soldado sin miedo,
don Nuño, don Pedro, don Gil
crucifijo, cogulla, estola,
marinero, alcalde, alguacil,
tricornio, casaca y pistola,
y la vieja vida española!

¡Y gloria! ¡Gloria á los patricios,
bordeadores de precipicios
y escaladores de montañas,
como el abuelo secular
que, fatigado de triunfar
y cansado de padecer,
se fué á morir de cara al mar,
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer!

¡Héroes de la guerra gaucha,
lanceros, infantes, soldados
todos, héroes mil consagrados,

centauros de fábula cierta,
sacrificados del terruño,
granaderos el rayo al puño,
locos de gloria, despierta
al sol la mente! La Fama
á todos ilustres proclama,
sus hechos ínclitos nombra,
constela con ellos la sombra
y forma un halo en el azur
á la dantesca Cruz del Sur.
Así la sideral retórica
de las odas y de las águilas
va en sublimes hipérboles
á ofrendar sus rítmicos dones
al gran Dios de las naciones.
¡Por todo, el himno! La expresión
del colosal corazón
de esa patria palpitante:
la nieve de la cordillera
y el azul forman la bandera
que sostiene el brazo de Atlante.
La Argentina de fuertes pechos
confía en su seno fecundo
y ofrece hogares y derechos
á los ciudadanos del mundo.

¡Oh, Sol! ¡oh padre teogónico!
¡Sol simbólico que irradias
en el pabellón! Salomónico
y helénico, lumbre de Arcadias,
místico, incásico, mágico
Foibos triunfante en el trágico
vencimiento de las sombras;
Tabu y Totem del abismo,
¡oh Sol! que inspiras y asombras
que perdure tu portento
que el orbe todo ilumina,
tal como en el firmamento
desde la enseña argentina.
Y con la lluvia sagrada
y con el aire propicio,
brinda á la tierra labrada
en el rural ejercicio
plurales savias y fragancias
y el don de matriz y de ubre

que de cosechas pingües cubre
los edenes de las estancias.
Ilumina el advenimiento
del creciente pensamiento
que crea el caudal en la banca
ó en el taller la estatua blanca
que decora el monumento.
Al lírico que el verso arranca
del corazón del instrumento.
A los que un Píndaro diera
por los olímpicos juegos,
por el salto, por la carrera,
la oda cara á los griegos,
que se cerniría sonora
sobre el aquilino aeroplano
que es grifo, pegaso y quimera,
sobre el remero que evoca
haciendo volar la prora
los de la pristina galera;
sobre los que en lucha loca
disputan la elástica esfera;
sobre las sudorosas frentes
de los sanos adolescentes.
Ilumina el casco griego
que cubre la cabeza altiva
de los combatientes del fuego;
vierte tu luz genitiva
sobre las mil procesiones
que arbolan sus estandartes
y cantan en sus canciones
la paz, la dicha y las artes.
Van los magistrados egregios,
van las espadas relumbrosas,
van las pompas y lujos regios,
van las niñas de los colegios
como lirios y como rosas.
¡Sonad, oh claros clarines,
sonad tambores guerreros,
en el milagroso escenario;
los nombres de los paladines,
nombres oros, nombres aceros,
se oyen en vuestros sones fieros
en la fiesta del Centenario!
Viento de amor en la floresta
cívica pasa. Es la fiesta

de las guirnaldas de fe,
de los ramos de esperanza,
de los mirtos de amor y de
los olivos de bonanza.
Hojas de roble, hojas de hiedra,
para el fundador de ciudades,
que puso la primera piedra,
que unificó las voluntades,
que dedicara las vigilias,
que consagrara los dineros,
al colmenar de los obreros
y á los nidos de las familias.

Conspicuas guirnaldas de gloria
á aquellos antiguos que hacen
de bronce y de mármol la historia.
Hoy los abuelos renacen
en la floración de los nietos.
Por sublimes amuletos
lo antes soñado ahora existe,
y la Argentina reviste
su presente manto suntuario
y piensa en los brillos futuros
en la fiesta del Centenario.
Ahora es cuando los videntes
de los porvenires obscuros
miran las estrellas polares,
é interpretando los orientes
cantan cármenes seculares.
Hoy los cuatro caballos sacros
apolíneos relinchan
las fogosas narices hinchan
como en versos y simulacros
y á un más allá se encaminan
marcando el ciclo de huellas,
mientras otros astros declinan
ellos van entre las estrellas
por obra de la ley eterna
que el ritmo del orbe gobierna.
Ante la cuádriga que crina
de orgullos de olimpo su llama,
voz de augurio animador clama:
¡Hay en la tierra una Argentina!

Diré la beldad y la gracia

de la mujer. Así cual
por singular eficacia
el buen jardinero acierta
crear en su arte vegetal
por lo que combina é injerta,
por lo que reparte ó resume,
inédito tipo de rosas,
de crisántemos ó jacintos
con raros aspecto y perfume,
con corolas esplendorosas,
con formas y tonos distintos,
así la mujer argentina
con savias diversas creada,
espléndida flor animada,
esplende, perfuma y culmina.

Talle de vals es de Viena,
ojo morisco es de España
crespa y espesa pestaña
es de latina sirena;
de Britania será esa piel
cual la de la pulpa del lis
y que se sonrosa en el
rostro angélico de la miss;
esa ondulante elegancia
es de la estelar París,
y esa luminosa fragancia
de las entrañas del país.
Concentración de hechizos varios,
mezcla de esencias y vigores,
nórdico oro, mármoles parios,
algo de la perla y del lirio,
música plástica, visión
del más encantador martirio
voluptuosidad, ilusión,
placidez que todo mitiga,
ó pasión que todo lo arrolla,
leona amante ó dulce enemiga,
tal la triunfante Venus criolla.

Se tejerán frescas coronas
en recuerdo de las patricias
que fueron como las matronas
de Roma, como las mujeres
de Esparta. Las que son delicias

y ensueños de las moradas,
cumplirán filiales deberes
con las genitoras pasadas;
y recordándolas á ellas,
siendo las amadas y esposas
llenarán radiantes y bellas
la obligación de las estrellas
y la misión de las rosas.

Diré de la generación
en flor, de las almas flamantes,
primavera é iniciación,
de vosotros, oh estudiantes,
empenachados de ilusión
y acorazados de audacia,
que tendéis vuestras almas plenas
de amor, de fuerza y de gracia,
al divino Platón de Atenas
ó al celeste Orfeo de Tracia,
á la Verdad ó á la Armonía,
al Cálculo ó al Ensueño,
firmes de ardor, vivos de empeño,
robustos de confianza propia
y á quienes es justo que ceda
la fugaz Fortuna su rueda,
la Abundancia su cornucopia;
vosotros que sabéis por qué
abre Pegaso las alas
y hay misterio en la lumbre de
los ojos del buho de Palas,
sed cantados y bendecidos.
Estad atentos á los ruidos
que preceden al alba naciente,
estad atentos á los nidos
que se incuban en el presente,
á lo que vendrá y que se anuncia
en la palabra que pronuncia
vuestra boca. El grito sagrado
para vosotros resuena
como pitagórico verso,
clamad así ante el universo:
¡Ave, Argentina, vita plena!
¡Jóvenes, frentes para lauros,
brazos para amantes abrazos,
pero también gímnicos brazos

para hidras y minotauros;
infantes de mundial estirpe,
que vuestra voluntad extirpe
falso anhelo, odio victimario,
y en el patriótico sagrario
dejéis como ofrendas de aristos
ansias de Perseos ó Cristos
en la fiesta del Centenario!

Cuando el carro de Apolo pasa
una sombra lírica llega
junto á la cuádriga de brasa
de la divinidad griega.
Y se oyen como vagos aires
que acarician á Buenos Aires:
es el alma de Santos Vega.
El gaucho tendrá su parte
en los jubileos futuros,
pues sus viejos cantares puros
entrarán al reino del Arte.
Se sabrá por siempre jamás
que en la payada de los dos,
el vencido fué Satanás
y Vega el payador de Dios.

Cantaré del primer navío
que velivolante saliera
desde las aguas del Río
de la Plata con la bandera
bicolor al mástil gallardo.
Recordad al nauta que vino
de Saint-Tropez, á Buchardo,
el capitán franco-argentino,
hábil sobre las marejadas,
bajo las tormentas ufano;
y á todos sus camaradas
que fueron por el oceano
denodados predecesores
de los que hoy en acorazadas
naves portan á sol y bruma
los dos simbólicos colores
flamantes sobre la espuma.
Bien vayan torres y palacios
erizados de cañones
suprimiendo tiempo y espacios

á visitar á las naciones,
pero no por guerra voraz
productora de luto y llanto,
mas diciendo como en el canto
del italiano: ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!
Heroica nación bendecida,
ármate para defenderte;
sé centinela de la Vida
y no ayudante de la Muerte.
Que tus máquinas de hierro
y que las bruñidas bocas
cruentas no alegren al perro
negro avernal. Que tu lanza,
cual la Libertad que invocas,
garantía á tu pueblo sea;
que tu casco abrigue la Idea.
Su alto destino se siente
sabiduría y esperanza,
como el de Palas Atenea.
¡Salgan y lleguen en buena hora,
dominando los elementos
las velas que el marino adora,
y los steamers humeantes
que oconducen los alimentos,
la carga de los fabricantes,
los ejércitos de emigrantes,
el designio, el brazo que va
á arar, sembrar y producir
en el latifundio, en el pago,
partan las naves de Cartago
y arriben las naves de Ofir!
¡Y bien se escuche en las funciones
de conmemoración el trueno
de las salvas de los cañones
del mar conmoviendo el estuario
de hímnicas vibraciones lleno
en la fiesta del Centenario!

¡Gloria á América prepotente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo!
¿Y por quién si no por tu gloria,

oh Libertad, tanto prodigio?
Aguila, Sol y Gorro Frigio,
llenan la americana historia.
Y en lo infinito ha resonado,
júbilo de la humanidad,
repetido el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Antes que Ceres fué Mavorte
el triunfador continental.
Sangre bebió el suelo del norte
como el suelo meridional.
Tal á los siglos fué preciso.
Para ir hacia lo venidero.
para hacer, si no el paraíso,
la casa feliz del obrero
en la plenitud ciudadana,.
vínculo íntimo eslabona
é ímpetu exterior hermana
á la raza anglo-sajona
con la latino-americana.
Proles múltiples, muchedumbres,
tupidas colmenas de hombres,
transformadoras de costumbres,
con nuevos valores y nombres
en vosotras está la suma
de fuerza en que América finca;
fuísteis presentidas del inca,
os adivinó Moctezuma.
En este día supremo,
¡Excelsior! se oye en un extremo;
en el otro se oye: ¡Adelante!
¡Glorificado el instante
en que resurge Triptolemo!
América que la dicha encierra
vivirá del sol y la tierra;
y hoy la tierra, pánico incensario
encendido por el Destino,
perfuma el día argentino
en la fiesta del Centenario.

A las evocaciones clásicas
despiertan los dioses autóctonos,
los de los altares pretéritos
de Copán, Palenke, Tihuanaco,
por donde quizá pasaran

en lo lejano de tiempos
y epopeyas Pan y Baco.
Y en lo primordial poético
todo lo posible épico,
todo lo místico posible
de mahabaratas y génesis,
lo fabuloso y lo terrible
que está en lo ilimitado y quieto
del impenetrable secreto.

Cantaré la Paz sobre todo.
Huya el Demonio perverso,
huya el Demonio beodo
que incendia en mal el universo,
desaparezcan las furias
que con sangre de los ejércitos
empurpuraron las centurias,
que no más rujan los tigres
marciales sino de alegría,
y que á la Paz se alce un templo
como aquel que dando un ejemplo
insigne Augusto romano
ordenara elevar un día.
El industrioso ciudadano
el ramo de olivo venere:
que tenga sus armas listas
no para inhumanas conquistas
mas para defender su tierra
donde por la patria se muere.
¡Guerra, pues, tan sólo á la Guerra!
Paz, para que el pensamiento
domine el globo, y vaya luego,
cual bíblico carro de fuego,
de firmamento en firmamento.
¡Paz para los creadores,
descubridores, inventores,
rebuscadores de verdad;
paz á los poetas de Dios,
paz á los activos y á los
hombres de buena voluntad!
En paz la hora renaciente,
continua y poliformemente,
el movimiento y no la inercia,
legiones dueñas de sus actos,
gente que osa, que comercia,

multiplica los artefactos,
combate la escasez, la negra
miseria, y pasa sus revistas
á las usinas y talleres;
y sus horas áureas alegra
con la invención de los artistas
y la beldad de las mujeres.
¿A qué los crueles filósofos?
¿A qué los falsos crisóstomos
de la inquina y de la blasfemia?
¡Al pueblo que busca ideal
ofrezca una nueva academia
sus enseñanzas contra el mal,
su filosofía de luz;
que no más el odio emponzoñe,
y un ramaje de paz retoñe
del madero de la Cruz!

¡Argentina! el cantor ha oteado
desde la alta región tu futuro.
Y vió en lo inmemorial del pasado
las metrópolis reinas que fueron,
las que por Dios malditas cayeron
en instante pestífero: el muro
que crujió remordido de llama,
la hervorosa Persépolis, Tiro,
la imperial Babilonia que aun brama,
y las urbes que vieron á Ciro,
á Alejandro, y á todos los fuertes
que escoltaron victorias y muertes.
Y miró á Bizancio y á Atenas,
y á la que, domadora del mundo
siendo Lupa indomable, fué Roma.
Y vió tronos, suplicios, cadenas,
y con tiaras á tigres y hienas.
Y cien más capitales precitas
donde el hombre fué ciego á la vasta
Libertad, donde fueron escritas
terroríficas y duras leyes,
contra tribus y pueblos y casta,
ó las leyes fueron voluntades;
y á través de tragedias y gestas
derrumbáronse tronos y reyes,
ó se hicieron cenizas ciudades
por ensalmos de frases funestas.

Y después otros siglos y luchas,
otra vez lo que arrasa y escombra,
muchos reinos que surgen y muchas
vanidades que caen en la sombra
infinita. Mane Thecel Phares.
Y el poeta miró un astro eterno
sobre ruinas y tierras y mares,
que alumbraba con su claridad
nuevos cultos, cultura y gobierno
y á su brillo quedó deslumbrado:
era el astro de la Libertad.
Argentinos, la inmortal estrella
á vosotros simbólica es sol:
las naciones son grandes por ella:
lo sabía el abuelo español;
dad á todas las almas abrigo,
sed nación de naciones hermana,
convidad á la fiesta del trigo,
al domingo del lino y la lana,
thanks-giving, yen-kipour, romería,
la confraternidad de destinos,
la confraternidad de oraciones,
la confraternidad de canciones,
bajo los colores argentinos!

Argentina, el día en que te vistes
de gala, en que brillan tus calles
y no hay aspectos ni almas tristes
en alturas, pampas y valles;
el día en que desde tus fuertes,
tus cruceros y tus cuarteles
salvas, lanzas, músicas viertes
entre las palmas y laureles,
visitada por los príncipes
de reinos y tierras lejanas,
y mensajeros de repúblicas,
son las patrias americanas
las que más comparten tu júbilo.
Son las próximas hermanas
las que te proclaman primera
en el decoro familial,
después de heroica y guerrera,
hospitalaria y maternal.
Argentina tiarada de ónice

y de mármol, se puede ver
cual luce sobre tu frente
el diamante refulgente
de las alturas, Lucifer:
pues eres la Aurora de América.
Magnifícase tu apoteósis
regazo de múltiples climas,
preferida del nuevo siglo,
y en sus cláusulas y en sus rimas
te profetizan tus profetas
y te poetizan tus poetas.
Crece el tesoro año por año
mientras prosigues las tareas
de las por Dios suspendidas
civilizaciones de antaño,
encarnas, produces, creas
cerebro para otras ideas,
útero para nuevas vidas.
Tus hijos llevarán en sí
por su sangre el hierro y rubí
de los cuatro puntos del globo.
Concentración de los varones
de vedas, biblias y koranes,
en el colmo de sus afanes,
en el logro de sus acciones
su floración de oraciones
tendrá un perfume latino.
En el primitivo crisol
Roma influyó en su destino,
cuando á través del español
puso su enérgico metal.
Y sus históricas llamas
animarán genios y famas
al argentino Arco Triunfal.

¡Y yo, por fin, qué he de decirte
en voto cordial, Argentina!
Que tu bajel no encuentre sirte,
que sea inexhausta tu mina,
inacabables tus rebaños,
y que los pueblos extraños
coman el pan de tu harina.
¡Cómalo yo en postreros años
de mi carrera peregrina,
sintiendo las brisas del Plata!

Que libre de hambre y pestes
por tus tesoros y tu ciencia,
jamás enemigas huestes
te combatan. Tu preeminencia
sea siempre mayor, y homérica
voz de tu genio viril
por tí diga el triunfo de América.

Y mi inspiradora, alumna
del Musagetes, al viento
las alas, mi pensamiento
florido da á la columna,
riega junto al monumento;
y en lo solemne del coro
del himno, al acento canoro
une mi amor y mi acento:
¡Argentina, tu día ha llegado!
¡Buenos Aires, amada ciudad,
el Pegaso de estrellas herrado
sobre tí vuela en vuelo inspirado;
Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

BOLIVIA

RICARDO JAIMES FREYRE

DIOS SEA LOADO...

El último golpe de lanza fué para mí.
Después como liebres huyeron, y yo caí
Con los brazos abiertos en cruz.
Y la cruz de madera sagrada
—Del leño sagrado en que Cristo fué crucificado—
Se hundió bajo el golpe terrible en mi pecho
(La cruz que guardaba de noche mi lecho,
De día mi pecho,
Desde que el Abad conquistó en Palestina
Con rudos mandobles la adorada reliquia divina.)
Y así fué que una lengua de fuego
Quemó mis entrañas,
Porque, gracias al cielo, la cruz conservaba una mancha de sangre,
Un instante del largo tormento de Cristo,
De Nuestro Señor Jesucristo.

Al entrar la reliquia en mi pecho
Una ola de sangre brotó de mi pecho deshecho;
Y saltando de gozo mi herido
Corazón, persiguió la reliquia en la ola de sangre,
Y la halló, y extendido sobre ella
Fué una nube teñida de rojo que cubre una estrella.
Por la gloria del Hijo en el Santo madero clavado,
Sufrí el inefable tormento del crucificado,
De Nuestro Señor Jesucristo.

El demonio que vive en mi cuerpo (¡Dios salve mi alma!)
Que se irrita si rezo (y yo rezo de noche y de día
Pidiendo á la Virgen sin mácula, á Santa María,
Que lo vuelva á su hórrido puesto
En los hondos abismos), mordía y rugía,
Y aferraba á mi cuello sus uñas.

Yo, de pronto, pensando en el gesto
Que haría el Maligno
Si tocaba la Cruz venerable sus negras pezuñas.
Sentí que la risa
Retozaba por todo mi cuerpo;
Y el Maligno á mis propios oídos
Cambiaba mi risa en profundos y largos gemidos.

A mi lado el hermano Macario
Mascullaba sus últimos rezos,
Y entregaba su alma á los ángeles
Besando una cruz que trazó con su sangre en el suelo.

Más tarde una música suave llegó á mis oídos,
Una música suave y lejana y un canto lejano.
¿Qué coro cantó aquella noche
Si el hermano Jacinto murió en la pelea,
Y fué malherido el hermano Cipriano
Que siempre la muerte provoca?

Después arranqué de mi pecho la cruz y la puse en mi boca.
Porque ví que la hueste precita
Con figuras de cuervos llegaba volando y graznando,
Y ardía en sus ojos redondos la llama maldita.

Y ví á uno que siempre se esconde en mi celda,
Y que hiere de noche mi seno,
Y deja en las llagas el negro veneno
Con que riega el jardín del pecado.
Contra él hay un rezo y un signo ¡Dios sea loado!

Y ví á otro que vive en el foso
Que circunda y protege el convento,
Donde espía á las almas que pasan
Cuando el potro, la hoguera ó la horca las libran del cuerpo.

Y ví á otro que acecha en las rejas
Del confesonario,

Para oir los lamentos y quejas
De los penitentes.
A ese sólo el hermano Matías espanta,
Es un cuervo que habla y que ríe, que llora y que canta.

Cuando al alba el Abad con los cuatro novicios
Llegó al claro del bosque buscando mis pobres despojos,
Ya la hueste maldita me había arrancado los ojos;
Pero el alma está libre por siempre de sus maleficios...
¡Dios sea loado!

ÆTERNUM VALE

Del poema "Castalia bárbara"

Un Dios misterioso y extraño visita la selva.
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo,
Le vió erguirse, de pronto, á la sombra de un añoso fresno.
Y sintió que se helaba su sangre
Ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

De la fuente de Imér, en los bordes sagrados, más tarde,
La Noche á los Dioses absortos reveló el secreto;
El Aguila negra y los Cuervos de Odín escuchaban,
Y los Cisnes que esperan la hora del canto postrero;
Y á los Dioses mordía el espanto
De ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

En la selva agitada se oían extrañas salmódias,
Mecía la encina y el sauce quejumbroso viento;
El bisonte y el alce rompían las ramas espesas,
Y á través de las ramas espesas huían mugiendo.
En la lengua sagrada de Orga
Despertaban del canto divino los divinos versos.

Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza
—En sus manos es arma la negra montaña de hierro,—
Va á aplastar, en la selva, á la sombra del árbol sagrado,
A ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

Y los Dioses contemplan la maza rugiente,
Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

.. ..

Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmódias,
Ni la voz amorosa de Freya cantando á lo lejos,
Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada,
Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.

Solo erguido á la sombra de un árbol,
Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

MEDIŒVALES

PÓRTICO

Villano, trovador, fraile ó guerrero,
Con hoz, breviario, bandolín ó espada,
Fuera hermoso vivir en la pasada
Heroica edad de corazón de acero.

Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero
Ver á Dios con extática mirada;
Llevar por la Esperanza constelada
Y la Fe, el alma, si infeliz pechero.

Si trovador, en el feudal castillo
Cantar guerras y amor, al suave brillo
De los ojos de hermosa castellana;

Combatir, si guerrero, noche y día,
Asaltar, lanza en mano, una abadía,
O acuchillar la hueste musulmana!

I

EL HERMANO PINTOR

El padre abad espía. Por la grieta
Que abre el muro rugoso del convento,
Ve en la celda un infólio amarillento
Donde hay una mayúscula incompleta.

—Es la doliente y mística silueta
De un extático monje macilento,
De ojos llorosos y cabello al viento
Y un nimbo en torno de su faz de asceta...—

Con las manos unidas sobre el pecho,
Arrodillado junto al pobre lecho,
El hermano pintor parece inerte.

Dijérase que el nimbo peregrino,
Que trazaba en el viejo pergamino,
En su pálida sien traza la Muerte!

II

HOC SIGNUM...

Secó sus ojos turbios el villano,
Y con paso medroso y vacilante,
Fué á postrarse ante un Cristo agonizante,
Símbolo eterno del tormento humano.

—Piedad, Señor!—Su labio palpitante
Por decir su dolor pugnaba en vano;
Y extendió el Cristo su llagada mano
Y brilló la piedad en su semblante.

—Señor, venganza!—En la profunda herida
Abierta en un costado, una encendida
Gota de sangre apareció... El villano

Sonrió entre las sombras... En sus ojos
Había extraños resplandores rojos
Y una ancha daga en su crispada mano.

III

COMPLAINTE

Va mi pálida quimera
A enredarse, como una ave,
En la onda, crespa y suave,
De tu blonda cabellera.

I

Eres la rosa ideal
Que fué la Princesa-rosa,
En la querella amorosa
De un menestrel provenzal.

Si tú sus trovas quisieras,
Llegarían, como un ruego,
Los serventesios de fuego,
En harmoniosas hogueras.

Darías al vencedor
Los simbólicos trofeos:
En los galantes torneos
De la ciencia del amor.

Incensado por el aura
De la dulce Poesía,
En tus manos dejaría
Su cetro Clemencia Isaura.

II

Serías el lirio humano
Que halló un rey, bajo su tienda,
En la brumosa leyenda
De un minnesinger rhiniano.

En tí vería el guerrero
Perlas y rocío, como
En el tesoro del gnomo
Que descubrió un hechicero.

Tendrías un camarín,
Por las hadas adornado,

En un palacio encantado
De las márgenes del Rhín.

Y en las noches de las citas
Bajo el rayo de la luna,
Envidiaron tu fortuna
Loreleys y Margaritas.

III

Mientras pensativo y triste,
Junto á la Cruz de un sendero
Estrechara un caballero
La banda azul que le diste.

En tu ventana ojival
Dulcemente reclinada,
Oirías la balada
Del ardido Parsifal.

Y de un juglar, que ha traído
Su harpa cubierta de flores,
La historia de los amores
De Crimilda y de Sigfrido.

En tu blanco camarín,
Por las hadas adornado,
Resonaría el sagrado
Cántico de Lohengrín...
Ya mi pálida quimera
Se ha enredado, como una ave,
En la onda, crespa y suave,
De tu blonda cabellera.

IV

EL HOSPITALARIO

A la luz, difusa y fría, de la aurora
Que ilumina la colina,
Con su dulce voz sonora
Reza
La campana
Su plegaria matutina,
Se engalana con un manto de harmonía,

Y en el dorso abrillantado
De las rocas se refleja la luz fría de la aurora.

A los ecos temblorosos
Dá la voz de la campana
Su harmonía soñadora
Y ondulando,
Suavemente, vá en los ecos la oración de la mañana.
El tropel de los villanos
Se encamina
Hacia el templo, que domina la colina,
Y la pálida mañana
Vá poblándose de voces y de risas argentinas.

A la sombra de una roca,
Destacando su silueta
Sobre el fondo obscuro y triste
De la gruta, donde habita con la Noche y el Espanto,
El leproso
Sonríe.
A la pálida mañana
Y por su sonrisa lívida
Pasa el Horror.

La campana
Clama, y reza su plegaria matutina.

El tropel de los villanos
Hacia el templo se encamina,
Y á lo lejos, en el fondo nebuloso
De la pálida mañana,
Se destaca la silueta del leproso;
A lo lejos,
A la entrada de la gruta de la Noche y el Espanto,
A la sombra de la roca,
Con la lívida sonrisa de sus labios devorados por la Muerte.

Por la senda solitaria que á la gruta se avecina,
Van los jóvenes guerreros;
En sus negras armaduras se refleja la luz fría de la aurora,
Y el piafar de sus corceles,
Puebla de ecos y rumores la colina soñadora.

El leproso
Sonríe

A la pálida mañana
Y hunde el sueño de sus ojos en lejanos misteriosos horizontes.

La guerrera cabalgata
Se aproxima

Sobre el místico clamor de la campana,
Sobre los ecos que pueblan la colina soñadora,
Pasa un lúgubre alarido;
Todo el terror de la noche de la fiebre,
Todo el sombrío cortejo de gemidos
De la Angustia;
Hondo, intenso, doloroso,
Como una ansiosa agonía;
Como una desesperada
Agonía.

Los villanos
Enmudecen y se signan, á lo lejos.

A la entrada de la gruta
Los guerreros aterrados se detienen.
A la entrada sombría de la gruta,
El leproso
Gime extrañamente.

Dominando su horror, tranquilo y fiero
Refrena un caballero
Su corcel erizado,
Junto al mísero cuerpo doloroso,
Baja sobre él la sudorosa frente,
Y alzándolo en sus brazos sonriente,
Besa la faz monstruosa del leproso.

SIEMPRE

Tú no sabes cuánto sufro! Tú, que has puesto más tinieblas
En mi noche, y amargura más profunda en mi dolor!
Tú has dejado, como el hierro que se deja en una herida,
En mi oído la caricia dolorosa de tu voz.

Palpitante como un beso; voluptuosa como un beso;
Voz que halaga y que se queja; voz de ensueño y de dolor...
Como sigue el ritmo oculto de los astros el Oceano,
Mi ser todo sigue el ritmo misterioso de tu voz.

¡Oh, me llamas y me hieres! Voy á tí como un sonámbulo,
Con los brazos extendidos en la sombra y el dolor...
Tú no sabes cuánto sufro; cómo aumenta mi martirio
Temblorosa y desolada, la caricia de tu voz.

¡Oh, el olvido! El fondo obscuro de la noche del olvido,
Donde guardan los cipreses el sepulcro del Dolor!
Yo he buscado el fondo obscuro de la noche del olvido,
Y la noche se poblaba con los ecos de tu voz...

RUSIA

Enorme y santa Rusia, la tempestad te llama!
Ya agita tus nevados cabellos, y en tus venas
La sangre de Rurico, vieja y heroica inflama...
Desde el Neva hasta el Cáucaso con tu rujido llenas
Las selvas milenarias, las estepas sombrías...

—Mujik, tu arado hiere; tu hoz, mujik, hiere y mata;
Como la negra tierra los pechos abrirías
Tiñéndose en tus manos las hoces de escarlata.

—Padre Zar, ese pueblo te llama Padre. Tiene
Callosas las rodillas y las manos callosas,
Si hasta el dintel de mármol de tu palacio viene
Con manos y rodillas se arrastrará en sus losas.

—Allá lejos, muy lejos, donde el sol nace, luchan
Mujik, tus hijos; luchan, desfallecen, y mueren...
—Padre Zar, los esclavos tu sacra voz no escuchan
Aunque las rojas lenguas del knut sus flancos hieren!

—Mujik, en tus entrañas el hambre ruje...
—El cielo
Señor, te dió su vida...

—Mujik, cuando las fieras
Sienten el hambre, aguzan sus garras en el hielo,
Tú... que el Señor te ofrezca la cervatilla esperas!

Padre Zar, los gusanos quieren ser hombres. Miran
De frente al sol. Te miran de frente... ¿Qué malignos
Espíritus sus sueños de rebelión inspiran
Cuando son de tu misma misericordia indignos?

—Llenas están de sangre tus lúgubres prisiones,
Llenos están de aullidos los hondos subterráneos...
—De la vida y la muerte, tú, como Dios dispones,
Ya saben el camino las hachas, de los cráneos!

—Mujik, las muchedumbres que tu señor domina,
Que tiemblan si al mirarlas sus ojos centellean,
Van del brumoso Báltico á la apartada China
Y las naciones todas á sus pies serpentéan.

¡Ay si de cada pueblo brotara un solo grito!
¡Si un solo golpe diera cada afrentada mano!
¡Su empuje arrancaría la mole de granito,
Como el de los millones de gotas del oceano!

Enorme y santa Rusia! De tu dolor sagrado
Como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza llueve...
La hoguera que consume los restos del pasado
Saldrá de las entrañas del país de la nieve.

El pueblo, con la planta del déspota en la nuca,
Muerde la tierra esclava con sus rabiosos dientes,
Y tíñese entretanto la sociedad caduca
Con el sangriento rojo de todos los Ponientes!

PARAGUAY

ELOY FARIÑA NÚÑEZ

"EGO NON SUM DIGNUS."

Adoro la poesía, pero no soy poeta.
Siento como ninguno la inspiración secreta
Que eleva el leve vuelo del verso al infinito
Y al corazón del hombre, celestial y maldito,
Pero mi voz no llega, por inefable modo,
A las fuentes profundas del insondable Todo.
El Padre Homero canta con formidable acento,
Y el Olimpo sagrado se extremece en su asiento.
Virgilio una elegía sobre un sepulcro ensaya,
Y la divina Octavia recuerda y se desmaya.
Horacio entona un himno de pindárico brío,
Y el pueblo-rey de Roma prorrumpe en coro: "Io".
Hugo pulsa su lira multiforme y sonora,
Y sale en plena noche, triunfalmente, la Aurora.
Lelián toca su flauta de argentino sonido,
Y murmuran las fuentes del dolor y el olvido.
Yo levanto mi acento, yo lamento mi pena,
Y el alma de la especie permanece serena.
Yo alzo la voz y sangre mi corazón destila,
Y el alma de las cosas permanece tranquila.
No, no, yo no soy digno de llamarme poeta.
Dante sencillamente me amilana y me inquieta,
La sombra de Virgilio me acobarda de espanto,
Las fuertes voces de Hugo me llenan de quebranto,
La bocina de bronce de Goethe me ensordece
Y la flauta de plata de Lelián me entristece.
¡Si no hubieran cantado magistralmente todas
Las pasiones humanas en sus eternas odas!

¡Si el hombre fuese, al menos, totalmente diverso
Y fuesen menos breves los límites del verso!
Mas todas las pasiones han sido ya cantadas
Y todas las angustias ya fueron lamentadas.
Mi dolor no es moderno, mi herida no es reciente.
Ya Safo sufrió todo maravillosamente.
El jardín de las Musas está agotado y yerto.
Se han marchado los dioses y Apolo y Pan han muerto.
Me considero indigno de coronar la frente
Con el laurel sagrado del vate y del vidente.
Pero el poeta joven que plañe su agonía
En el hondón de mi alma, comprende la poesía,
Cuando la madre llora sobre el cuerpo del hijo,
Cuando estrecha el agónico contra sí el Crucifijo,
Cuando tranquilamente duerme el niño en la cuna,
Cuando los labios se unen á la luz de la luna,
Cuando el dolor inmenso de ser hombre me agobia.
Cuando pienso en los ojos de mi primera novia,
Cuando una enamorada sonriendo se suicida,
Cuando las almas hallan deliciosa la vida,
Cuando las voluntades luchan contra el destino,
Cuando la verdad hace con pausa su camino,
Cuando el mundo prosigue su perenne carrena,
Cuando sigue avanzando la humanidad entera,
Cuando el mal en la tierra sin cesar disminuye.
Y con mayor justicia todo se distribuye
Es fuerza que enmudezca, ya que cantar no puedo
Y ya que no consigo lanzar sino un remedo
De las supremas voces del gozo y la tristeza
Y de las grandes notas de la naturaleza.
Y mientras otros canten con lira melodiosa,
El fulgor de los astros y el seno de la rosa,
Permaneceré mudo, me envolveré en mi manto,
Esconderé mi rostro, turbado por el llanto,
Y erraré solitario por la pradera bella,
Como un pastor doliente, cautivo de una estrella.

PATA DE GALLO

Húmeda, blanda, virginal, luciente,
Está la arena, al despuntar el día,
Y en el ámbito flota todavía
Un sudario de bruma transparente.

De una higuera se lanza de repente
Un gallo de agresiva gallardía,
Y, á poco de correr por la alquería,
Párase y canta con clamor potente.

Y alza luego la pata en derechura
A una polla que, rauda, se apresura
A evitar su contacto masculino,

Y la posa en arena, muelle raso,
Donde queda la imagen de su paso
Tal como un jeroglífico divino.

VUELO DE FLAMENCOS

En el confín de la ribera opuesta,
Iluminada por el sol poniente,
Tiembla una raya, en progresión creciente,
Sobre la ondulación de la floresta.

La remota bandada avanza presta,
Rumbo á los horizontes del oriente,
Aleteando en el éter transparente
Con el ritmo acordado de una orquesta.

Y al mismo tiempo que croantes loros
Manchan de verde la región alada
Llena de errantes pájaros canoros,

El grupo pasa en cadencioso vuelo
Y se pierde cual cinta sonrosada
En la diafanidad azul del cielo.

COLOMBIA

EDUARDO TALERO

HORAS DE CHACRA

Siguen los dos el surco recamado
De agrestes margaritas que el arado
Maceró con sus rejas al pasar;
En el aire los brillos reverberan
Cual aves de cristal que pretendieran
En el barbecho fértil anidar.

Bajo el alero, el gallo, de su siesta
Despierta entre su harem, y alza la cresta
Con que exorna de rojo su clarín,
Mira al sol y al objeto de su ansia,
Infla el plumaje de oro, y con pedancia
Se pasea febril.

Entre las aguas del vecino charco
Dibuja un cisne, con el grácil arco
De su garganta, un seno de mujer;
Y en la orilla las trémulas totoras
Fingen talles flexibles de pastoras
Cimbrantes de placer.

Ebrio de aromas, somnoliento, el burro
Se dejó hipnotizar por el susurro
Del enjambre dorado del jardín.
El perro hace crujir en sus orejas
El rencor, porque rayan las abejas
El silencio, con alas de esmeril.

Las brisas al cruzar por la arboleda
Rozan sus trajes de impalpable seda
Con la mustia hojarasca que cayó;
Y al saltar el jardín se alzan la falda,
Pero deja su encaje de esmeralda
En las flores un íntimo temblor.

En el azul las aspas del molino
Bailan el vigoroso torbellino
De todas las cosechas por venir;
Y el agua asciende, salta y cabrillea
Como sangre de virgen que chispea
Ante el beso del labio varonil.

Sobre un seno sensual de la campiña
Exprime con mil manos una viña
El jugo de la fuerza mineral,
Y se aferra al alambre, y los fermentos
Presiente, porque ensaya sus sarmientos
En torción de potencia muscular.

Apoyado en la espléndida cadera
De su nodriza, un niño desespera
Por montar de una vaca en la cerviz;
Y ésta muje y tranquila ramonea,
Y se azota el ijar, y parpadea
Al sol y al niño, con unión creatriz.

El viento fatigado del desierto
Deja en todos los árboles del huerto
Un ritmo de excitante floración;
Y abajo en el trigal, con las espigas
Habla de tierras vírgenes y amigas
Ansiosas del arado genitor.

Siembran los dos: y para echar semilla
La joven ha plegado á la rodilla
El ruedo de su falda de percal;
El se detiene, baja del arado,
La besa, la acaricia, y á su lado
Se tira sobre el surco á descansar.

FALTABA UNA

El lacerante goce del agudo sadismo
Dióme el tedio sereno del quieto fakirismo,
Y por lógica absurda abandoné las lobas
De la ciudad en busca de agrestes algarrobas.
Las brasas del deleite y la sed del misterio
Me impulsan á cisternas de oscuro monasterio,
Pero mi carne aulla por besos de escarlata
Y mi alma en cruz anhela cuatro clavos de plata.
Y me vine al desierto, confiado en las eternas
Parábolas de Cristo, luminosas y tiernas,
Y ví que del *rebaño de cien* faltaba una
Oveja descarriada en páramos de luna.
Recordé que los dientes en las tibias alcobas
Son como las espinas de aquestas algarrobas,
De esta planta florida en punzantes dolores
Que formó la corona de todos los amores,
La planta que de todas las que cubren el suelo
Estuvo más cerquita á la gloria del cielo,
Planta que en los desiertos procura sus cilicios
A los dulces ascetas sedientos de suplicios.
Y ví que es esta planta, tan común en Neuquén,
Esa de las parábolas allá en Jerusalén...

¡Oh cielos!... Si yo fuera, del *rebaño de cien*
La oveja que entre espinas espera el parabién.

OTOÑAL

Ya el otoño descuelga entre el sol y las sierras,
Sobre el cristal hirviente del verano bruñido,
Los tules deleznantes y gasas cenicientas
Que guarda entre sus viejos arcones el olvido.

¡Oh, mi alma! Si tu quieres asomarte á la altura
De mis ojos, dejando tu caverna sombría,

Verás cual fresca y suave tirita la penumbra
Gris donde hila vendajes nuestra melancolía.

No temas las violencias del sol ni de los hombres;
Yo sé por qué medrosa del mundo te resistes;
¡Ven! que el sol está humilde, sin púrpuras ni bronces:
Y los hombres son buenos bajo los cielos tristes.

Los vientos patagones que bramaban resecos
En turbión de rojizas polvaredas de crimen,
Hoy desfilan sutiles silbando ritornelos
Donde las nieves castas sus soledades gimen.

Sobre el perfil sinuoso de las lomas lejanas
Planta la cruz vibrante de tus alas abiertas
Y al confín del recuerdo y al de las esperanzas
Pide brisas que aromen nuestras horas desiertas.

PERÚ

FELIPE SASSONE

LA CANCION DEL BOHEMIO

Canta, bohemio, canta!
Con la sonrisa entre los labios, con el sollozo en la garganta
libre el *metro*, libre el ritmo, canta á capricho tu canción!
Alza en un brindis como un vaso lleno de sangre el corazón!
Venza, bohemio, á la tristeza
de tu cantar el bello son:
canta, bohemio, la belleza;
canta el amor, la rebelión!
canta, bohemio, canta
Con la sonrisa entre los labios, con el sollozo en la garganta.

Y entonces, alta la frente,
más en alto el corazón,
el bohemio impenitente
lanzó al aire su canción:

Soy cruzado del Ensueño, soy un pálido bohemio.
Siento el arte por el arte sin buscar jamás el premio
y odio, loco de idealismo, la razón util y seria.
Caballero soy del hambre, de la risa y la miseria!
Y aunque se oigan los lamentos de mi espíritu que llora,
y aunque hiérame en el alma lo prosaico de la vida,
siempre triunfan los arpegios de mi risa redentora,
siempre brotan rojas flores de la sangre de mi herida!

Aborrezco la rutina de las formas anticuadas,
aborrezco lo postizo de las glorias usurpadas,

y al rugir los Aristarcos, en el aire vibra inquieta
la sonora rebeldía de mis sueños de poeta!
Y así, un poco iconoclasta y otro poco estrafalario,
de tiranas academias mi buen gusto me emancipa,
y persigo por el cielo con afán de visionario,
las volutas caprichosas que hace el humo de mi pipa.

Busco sólo de las cosas las ocultas relaciones
y amo más que las ideas las extrañas sensaciones,
que el pensar es para el sabio y el sentir para el artista,
en la ilógica doctrina de mi credo modernista.
Por rebelde, sin abrigo en las noches invernales,
vago en busca de una forma que vislumbro en lontananza...
La esperanza que me nutre, la acaricio y la bendigo,
porque mi alma soñadora se calienta de esperanza!

Amo el gótico milagro de las viejas catedrales;
la mayúscula historiada que se exhibe en los misales;
la solemne melodía de los cantos gregorianos,
y el devoto panteísmo de los místicos cristianos.
Y aunque sabios enfatuados, con afán cientificista,
hagan burla del misterio y me ordenen que no crea,
Jesucristo fué un bohemio, fué un poeta y un artista,
y es muy dulce la doctrina de El Rabí de Galilea!

Mi yantar tengo inseguro y las nubes son mi techo;
pero guardo un gran tesoro de ilusiones en el pecho,
y lucir puedo orgulloso, la virtud y la entereza
de llorar con mis ideas y reir con mi pobreza.
Ilusiones y esperanzas son mi pan de cada día,
y, doliente y esforzado, sueño mucho, poco vivo,
pero en gracia á los favores de mi ardiente fantasía,
si no vivo lo que sueño, sueño todo lo que escribo!

Abogado del absurdo, la embriaguez y el desatino,
voy tocando con mi fieltro, que es mi yelmo de Mambrino,
caballero sobre el ritmo de mi verso resonante
como el loco Don Quijote galopaba en Rocinante.
Sin que logre doblegarme la esquivez de mi fortuna,
que la fuerza de mi ensueño es más fuerte que mi suerte,
voy, cantando mis endechas amorosas á la Luna,
caminito de la vida, caminito de la muerte!

Vivo solo, pobre, altivo.
Si no vivo lo que sueño, sueño todo lo que escribo.

Siempre en busca de la Amada,
la Querida,
y orgulloso de mis sueños, de mi amor y mi poesía,
la Soñada,
de la eterna perseguida,
de la jamás alcanzada.
Y así, en riña con la suerte,
voy errando,
voy vagando,
caminito de la vida,
caminito de la muerte.
Sin dinero, sin fortuna,
voy diciendo mis endechas amorosas á la Luna.
Mi bohemia se alimenta
de las cosas que le cuenta
mi exaltada fantasía,
soy un Rey lleno de andrajos, soy hampón con hidalguía,
y tranquilo y resignado, todo espero y nada quiero,
porque el hambre y la miseria me han armado Caballero!

URUGUAY

BARTOLOMÉ HIDALGO

RELACIÓN

Que hace Ramón Contreras á Jacinto Chano, de todo lo que vió en las fiestas mayas en Buenos Aires en el año 1822

CHANO

¡Con qué, mi amigo Contreras,
Qué hace en el ruano gordazo!
Pues desde antes de marcar
No lo veo por el pago.

CONTRERAS

Tiempo hace que le ofrecí
El venir á visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda;
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarrón
Se me venía aplastando,
¿Y usted no fué á la ciudad
A ver las fiestas este año?

CHANO

No me lo recuerde, amigo
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa ¡por Cristo!

Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos;
Le pedí á dieciocho reales,
Le pareció de su agrado
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas; que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra
Y con el aguardientazo
Se echó atrás de su palabra
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje amigo,
Que me aseguré de un palo.
Y en cuanto lo descuidé
Sin que pudiera estorbarlo,
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho;
Pero amigo, quiso el diablo
Tropezase en una taba,
Y lueguito mi contrario
Se me durmió en una pierna
Que me dejó coloreando.
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron:
Se fué y me quedé caliente
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido
Ver las funciones de Mayo:
De ese día por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y pelearé hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras
Cuénteme lo que ha pasado.

Contreras

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones más mandadoras,

Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro á la noche,
Como es costumbre empezaron.
Yo ví unas grandes columnas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos á modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El Cabildo, la pirami,
La Recoba y otros lados,
Y luego la versería.
¡Ah, cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo.
Pero; ah poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablado
Musiquería con fuerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos,
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando
Me dejó medio... quién sabe.
¡Ah, muchachito, liviano,
Por cierto que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Por que me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las gentes á las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé á lo de Roque;
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve cimarroneando
Y luego para la plaza
Cogí y me vine despacio;

Llegué; ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no amigo, cualquier trapo
Sinó mozas como azúcar.
Hombres, eso era un milagro;
Y al punto varias tropillas
Se vinieron acercando.
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron á la pirami
Y al ir el sol coloreando
Y asomando una puntita...
Bracatán! los cañonazos.
La gritería, el tropel,
Música por todos lados
Banderas, danzas, funciones
Los escuelistas cantando;
Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relación...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que á muchos patriotas
Las lágrimas le saltaron.
Más tarde la soldadesca
A la plaza fué dentrando
Y desde el fuerte á la Iglesia
Todo ese sitio ocupando.
Salió el gobierno á las once
Con escolta de á caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribanistas,
Las justicias á otro lado,
Detrás la oficialería
Los latones culebreando.
La soldadesca hizo cancha
Y todos fueron pasando
Hasta llegar á la Iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé á un bodegón:
Comí con Antonio el manco,
Y á la tarde me dijeron

Que había sortija en el Bajo;
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto, no me engañaron,
En medio de la alameda
Había un arco muy pintado
Con colores de la patria;
Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperados
Con pretales y coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que á la más chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y... zás... ya ensartó... ya nó...
¡Oiganle que pegó en falso!
¡Qué risa y que voracear!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocín
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó
Y la sortija ensartando,
Le dió una sentada al pingo
Y todos ¡viva! gritaron.

Vine á la plaza; las danzas
Seguían en el tablado;
Y ví subir á un inglés
En el palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra y otros varios
Premios, para el que llegase.
El inglés era vaqueano:
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo pies y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
A la chuspa y se largó
De un pataplús hasta abajo!
De allí á otro rato volvió
Y se trepó en otro palo
Y también sacó una muestra,

¡Bien haiga el bisteque diablo!
Después se treparon otros
Y algunos también llegaron,
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos
Que había con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompe-cabezas;
Y en frente, en el otro lado,
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo... y ya trepando
Estaba otro... y zás, al suelo;
Has que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, mire el diablo!
Con pocho y todo trepé,
Y en cuanto me lo largaron
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas
Y los bailes continuaron,
La cuetería y los fuegos..
Después todos se marcharon
Otra vez á las comedias,
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el montón.
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpón,
Todo muy iluminado,
Con casitas de madera,
Y en el medio muchos bancos.
No salían las comedias
Y yo ya estaba sudando

Cuando, amigo, de repente
Árdese un maldito vaso
Que tenía luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Después me anduve paseando
Por los cuarteles que había
También muy bonitos arcos
Y versos que daba miedo.

Llegó el veintiseis de Mayo
Y siguieron las funciones
Como habían empezado.
El veintisiete lo mismo:
El gentío temerario
Vino á la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompe-cabezas
A porfía los muchachos.
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron
Con una imagen muy linda
Y un tamborcito tocando.
Pregunté qué virgen era:
La Fama, me contestaron.
Al tablado la subieron
Y allí estuvieron un rato,
A donde uno de los niños
Los estuvo proclamando
A todos sus compañeros.
¡Ah pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente
Y más patriota que el diablo.
Después hubo volantines,
Y un inglés todo pintado
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
Otros también me contaron

Que había habido otros lindos.
Yo estaba ya tan cansado
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberaje y fandango:
Eché un cielito en batalla
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré unos calandrias
Calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro
Se los planté, perdí en boca.
En esto un catre biché,
Y me le fuí acomodando,
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.
Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

VICTORIANO E. MONTES

EL TAMBOR DE SAN MARTIN

Con los héroes de todo un continente,
La muerte ha hecho sacrílego botín!
Pero aun lucha con ella frente á frente,
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

Los esclavos se arrancan la librea:
"Termine, gritan, nuestra suerte ruin:
Sea Nación independiente, ¡sea!
La colonia infeliz"... Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

Escala, en son de guerra las inmobles
Montañas, un brillante paladín;
Y se enardecen los campeones nobles,
Al vibrante compás de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

Allá van los bizarros batallones!...
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,
Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín!...
Firme y de pie, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín.
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crugiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

¡Qué tiempos! !Qué aventuras! ¡Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Porque oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas ni toques de retreta...
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

Por él son hombres libres los ilotas...
Y lleva un traje de raído brín!
Vive en un rancho y en lugar de botas,
Miserables y rústicas ojotas,
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrílego botín!
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano!

¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín!

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junín,
Y estrechan con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales
Al ilustre Tambor de San Martín!

EL PINTOR DE BATALLAS

(DOCTOR JULIO FERNANDEZ VILLANUEVA, MUERTO EN EL COMBATE
DEL PARQUE EL 26 DE JULIO DE 1890)

¡Salve artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que anhela el sacrificio,
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando
¡En himnos mil la admiración estalle!
¡Oh, pintor, que has caído batallando,
A los pies de la estatua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio
Tu noble corazón de angustia crispa,
Como crispa á los robles el incendio,
Esa prole siniestra de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late
Al oir de la patria los clamores,
Al entonar los himnos del combate,
Sirenas de la guerra, los tambores!

En explosiones bélicas estallas
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que amaste el sacrificio,
Y caíste en la lid gallardo y fiero!

El generoso joven de alma fuerte
Que adore el arte y como tú batalle,
Suspirará por tu sublime muerte
Al pie del monumento de Lavalle.

¡Cual soñaría tu alma de gigante
Al trasladar al inspirado lienzo,
Lleno de unción, con el pincel vibrante,
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo!

Y juraste en transportes peregrinos,
De una visión profética á los lampos,
Lidiar como esos héroes argentinos,
Y hallar la muerte en tan gloriosos campos.

Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,
Que hicieron fulgurar en la pelea
El sable redentor de los esclavos!

Tú, con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflamas,
Y arengas de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas!

Se vé, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas...
Oh, del pincel altísimo Tirteo,
Tú apostrofas, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al Héroe en su trïunfal carrera,
¡Cuál tu númen el vuelo audaz ensaya!
Si tu no hubieras muerto... el mundo viera
Al Andes saludando el Himalaya!

Huérfanos de tu mano cariñosa,
¡Ay! ¿qué harán tu paleta y tus pinceles?
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo
Dando el ramaje al huracán que zumba
Publicar, sollozando por el mundo
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistaran, de Grecia en el recinto,
La admiración de Apeles en Atenas,
Y el lauro de los héroes en Corinto!

Dale ¡oh, gloria un mirífico destello,
Dadle, oh, poetas! vuestro excelso canto,
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo.

LA TEJEDORA DE ÑANDUTÍ

Graciosa, esbelta, pura y sencilla
Con aleteos de *mainumbí*
Al brazo lleva su canastilla
La tejedora de *ñandutí*.

Flores de ceibo su boca imita,
Su talle es fino como el *pirí*.
¿Quién la resiste si es tan bonita,
Y hace tejidos de *ñandutí?*

Carlos la adora, y oye en el sueño
Dulces palabras en guaraní,
Y que le llama su amado dueño
La tejedora de *ñandutí*.

Ayer la dijo:—Qué hermosa eres!
Oh, paraguaya, muero por tí!
Juntos haremos, si tu me quieres
Muchos tejidos de *ñandutí*.

—"Gracias, responde, pues soy dichosa
En las riberas del Tacuarí,
Donde es amada como una diosa
La tejedora de *ñandutí*.

"Mi novio cuida sus lindas cabras,
Siembra mandioca, planta maní;
Más primorosas son sus palabras
Que mis tejidos de *ñandutí*.

"En su canoa me lleva al lado,
Me da fragante *peripotí*...
¡Si lo supieras! le tengo atado
Con suaves lazos de *ñandutí*.

"Quién es más noble, quién es más rico
Que mi adorado? ¡Feliz de mí!"
Y coqueteaba con su abanico
Lleno de estrellas de *ñandutí*.

Cogió sonriendo su canastilla
Y, con la gracia del *mainumbí*,
Siguió su ruta, tierna y sencilla
La tejedora de *ñandutí*.

ANTONINO LAMBERTI

MUERTO

Muerto!... cómo resuena en mis oídos
El eco triste de tu queja amarga,
Y tengo en el cristal de mi ternura
La imagen de tus ojos retratada;
¡Tan lindos ojos!
Donde brillaba
¡Ah! tras el velo de la muerte negra
El primer rayo de la luz del alma!

Llora, llora, que el fuego de ese llanto
Deja la fibra del dolor templada,
Y si es verdad que Dios en las alturas
Escucha de la madre la plegaria,
¡Muéstrale tu hijo
Muerto en tu falda!
Y bajará la bendición divina
A borrar de tu vida toda mancha.

Llora, sí, llora, mas oculta al mundo
Madre infeliz, tu herida, tu desgracia,
El mundo es un tirano envilecido,
No busques su perdón porque no se halla;
Jamás olvida
La ajena falta:
Tal vez á tanto amor y desconsuelo,
Ofrezca su maldad sangrienta sátira.

Y esas flores que tejes sollozante
Para ornar ¡ay de mí! su frente pálida
Espléndida corona del cariño
Con que la muerte impía se engalana,
De tu amargura
Será la palma
Allá en la eternidad, cuando la tierra
De mi maldito amor no guarda nada!

CONSEJO

"Oye, dijo, yo á la meta
voy llegando. He sido un loco!
Que la vida tuve en poco
y la muerte no me inquieta:
(cada arruga como grieta
de peñasco en él había,
y el cabello relucía
en su frente de titán,
como nieve en un volcán
no extinguido todavía).

Si eres cóndor, tiende al cielo
los impulsos soberanos,
donde veas tus hermanos
de pico, de garra y vuelo;
no te quedes en el suelo
por su halago adormecido,
con los cuervos confundido,
traicionando tu misión,
si le temes al rincón
del desprecio y del olvido."

NO VAYAS MAS

Como baja á la ruina silenciosa
La espléndida caricia de un lucero,
Con la diadema del amor sublime,
Iluminando bajas al encierro,
Del que sólo ha podido en su derrota
Salvar con el dolor el pensamiento.

"Álzate, dices, que la vida es lucha,
Y al fin el triunfo pertenece al mérito;
La cumbre es tuya, que tu nombre suene;
Salga la estirpe á reclamar su puesto."

Abrazo del amor y la esperanza,
Deja al caído en su refugio quieto.

No vayas más. Si toda la ternura
Que brota de tu labio en cada ruego,
La dulce majestad de tu belleza
No encuentran un latido de su pecho,
¡Ah! no hay nada en el mundo que levante
Esa frente inclinada en el recuerdo.

No seas tú la flor que en la mañana,
Todavía con perlas de los cielos,
Esparce la riqueza de su aroma
Sobre la tierra fría del que ha muerto:
Amante de la sombra y del olvido,
Hasta que venga á deshojarla el viento.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON

AD INFINITUM

Mi musa es caprichosa como la ninfa esquiva
Que huyendo de los faunos se oculta entre el jaral,
O se complace á veces en verse allí cautiva,
Para salvar de nuevo, ligera y fugitiva,
La rápida cascada y el áspero breñal.

Lo mismo al templo egipcio que á la pagoda indiana
Dirígese mi numen voluble y soñador;
Ya escala el viejo alféizar de gótica ventana,
Ya sigue el raudo vuelo del águila romana,
Ya el potro fugitivo del gaucho peleador.

Los más extraños ritos me fueron familiares,
Con Buda y con Osiris á un tiempo dialogué,
Dormí de los fakires los sueños seculares,
Ví derrumbarse templos con ídolos y altares
Y el velo del Misterio cien veces desgarré.

Del libro de los "Vedas" y el viejo "Ramayana"
Las cláusulas obscuras lancéme á descifrar,
Por conocer el genio de aquella edad lejana,
Que acaso fué la aurora de la conciencia humana,
Surgiendo de las sombras de un largo despertar!

Tan pronto de los viejos ideales me enamoro,
Como cansado y frío reniego toda fe.
Me burlo de las lágrimas, y sin embargo lloro;
Y al mismo Dios que niego maldigo al par que imploro,
Pidiéndole que guíe mi vacilante pie.

Del verso parnasiano, sonoro aunque vacío,
A la candente estrofa llameante de pasión,
En desplegar sus alas se place el numen mío,
Ya cincelando un bronce brillante, pero frío,
Ya en ignescente lava moldeando un corazón.

Desde el morisco alcázar al rancho de totora,
Del Plata al Helesponto, del Rhin al Iguazú,
Sin tregua se pasea mi mente soñadora,
Ya en medio á los abetos del frígido Inistora,
Ya bajo la ancha copa del corpulento ombú.

De todas las comarcas y todas las edades
Mi espíritu andariego los rumbos conoció,
Cruzando del desierto las vastas soledades,
O en medio del bullicio de innúmeras ciudades,
Viviendo con la vida del tiempo que pasó.

Y supo de liturgias y raras teologías,
De antiguas religiones leyendo en el ritual;
De mitos ya olvidados y obscuras teogonías;
De Odines y Sigfridos que en locas correrías
Cruzaron á la sombra del bosque de Gormal.

Y contempló de cerca las pompas de Dionisos,
Las bárbaras orgías de Claudio y de Nerón,
Las frentes coronadas de acantos y citisos,
Y las volubles danzas de giros imprecisos
Bailadas por las ninfas del tosco sistro al son.

Mi ser es un extraño dualismo en que batallan
Del sátiro la carne y el alma de Jesús.
Mil recias tempestades en mi cerebro estallan,

Mil recias tempestades que rugen y no acallan
La lucha interminable de "Aríman" y de "Ormús".

Complázcome unas veces en escalar la altura,
Para sentir del vértigo la gélica embriaguez,
Gozar de Zaratustra con la genial locura,
Y en una inmensa cumbre de inmaculada albura
Sondear de lo ignorado la eterna lobreguez.

Y á veces, fatigado de alturas y de vuelos,
Me place con el vulgo soñar y discurrir,
Cantando "el terso lago", los "quietos arroyuelos",
Los cándidos amores, los transparentes cielos,
Los ojos "como soles", "los astros de zafir"...

(La vida de las cumbres es solitaria y fría!
Tal vez el Himalaya suspire por gozar
De las floridas lomas la humilde compañía,
De las floridas lomas en que al morir el día
Labriegos y pastores retornan al hogar.)

Y sueño con las noches azules de Verona
En que Julieta emerge del clásico balcón,
Y en brazos de su amante tranquila se abandona,
Sin ver que ya del alba la espléndida corona
Fulgura en el Oriente, con roja irradiación.

Y pasan las antiguas figuras de la Grecia
En un desfile inmenso, que alumbra elísea luz;
Los crímenes y amores de Roma y de Venecia,
La góndola enlutada de la gentil Lucrecia,
Y todas las legiones del hierro y de la cruz.

La Alhambra con sus noches de ensueños y de amores;
Con sus galantes fiestas el célebre Trianón;
Toledo con sus rondas y errantes trovadores;
Pompeya con sus ruinas, Sevilla con sus flores,
Y con sus grises brumas "la nebulosa Albión".

Y luego los antiguos castillos medioevales;
Las guerras de las razas, los bandos y la fe;
Las viejas abadías y augustas catedrales;
Los monjes taciturnos que arrastran sus sayales
Por los obscuros claustros, con grave y tardo pie.

Ricardos é Ivanhoes, conquistas y torneos,
Ermitas olvidadas del mundo en el confín,
Monjiles aventuras, galantes devaneos,
Ineses y don Juanes, asaltos y trofeos,
La obscura astrología y el genio de Merlín...

No hay tema que no excite mi ardiente fantasía,
No hay nota que algún eco no tenga en mi laúd;
El odio y la ternura, el llanto y la alegría,
La mística plegaria y la blasfemia impía,
La duda y la fe ciega, la calma y la inquietud.

Mi musa en cada linfa descubre una Castalia ,
Mas nunca ha de apagarse su sed de inspiración,
Ya venza al mismo Apolo, como á Hércules Onfalia,
Ya brinde madrigales á la marquesa Eulalia,
O á alguna "flor del pago" le cante en el fogón.

Y más allá de todas las tierras simerianas,
Del hondo y negro Erebo, del ser y del no ser,
De todas las conquistas humanas y extrahumanas,
Aún busca el numen mío no sé qué huellas vanas,
Que no borró el Leteo, sus ondas al mecer!...

EDMUNDO MONTAGNE

DIA GRIS

El gris ha puesto en los cielos,
Amplia y esfumadamente,
Esa nostalgia inconsciente
Que hay en los antiguos duelos.

Son los errátiles velos
Del confín desfalleciente,
Como los que en una frente
Declaran los desconsuelos.

En ellos, como en deidades
Nocturnas, las claridades
Cuelgan su fleco marchito,

Y se creyera que el día
Dice la melancolía
De un desaliento infinito.

FUTURO ROJO

Hay luminosos puñales en los ojos de los parias
Sobre el corazón templados á los golpes del desprecio,
Y hay puños crispando enojos en las hordas proletarias
Que el espinazo doblaron bajo el látigo del necio.

Lo negro se agrava.

El rojo día de las incendiarias
Llamas rojas, las hogueras darán de lo malo el precio,
Mientras flameando desdoblen las enseñas libertarias
El rojo sangre-de-toro que mordió el tejido recio.

Dirá la vieja Miseria su pesar inconsolable
Gruñendo, porque en leones famélicos de verdugos
Verá trocada á la inmensa turba que fué miserable.

Y la Ignorancia en su noche se esconderá. Y un rugido
Será el nuevo canto, bravo trozador de viejos yugos.
Y el sol pondrá en cada frente su gran beso enrojecido.

PARA SER HASTA ALLI BUENA

Hay algo aún que insinúa la vida de tus amores
En las tiernas insistencias del fulgor de tu mirada,
En el ala de consuelo que tiendes á mis dolores,
En el latir de tu seno cuando me sirve de almohada.

¡Oh corazón magestuosamente bueno! ¿Qué rigores
Han volcado tus ofrendas en mi ruta accidentada
Como perfumante lluvia de imperecederas flores
Que mi pie cansado animan en la penosa jornada?

Para cada corderillo que en tu pecho gime ansioso,
Tengo un puñal. Y tú tienes triste piedad infinita
Para el zarpazo de tigre con que me anuncio amoroso.

Cuando muera, quizá mates, para ser hasta allí buena,
Mi postrer insulto hiriente como una flecha maldita
Con la unción de un beso casto como un alma de azucena!

LA VELADA

Ea, hermanas: corramos la carpeta
De fondo rojo y áuricos diseños
Sobre la mesa familiar que amamos,
Y á la luz de la lámpara, callemos.

Es propicia á la calma que ennoblece
Esta noche de invierno
Que en la creciente primavera quiere
Prolongar el dulcísimo recuerdo
De las veladas íntimas.

Ya trae
Y lo coloca abierto,
Nuestra madre, en la mesa, el libro suyo
Habitual y severo
Con que quizá al leerlo infunde en torno
Ritmo de eternidad al afán bueno.

Nos miramos. Sentimos
Que acaba de agravarse este silencio,
Ahora que la madre reflexiona
Sobre su libro austero.

Y la hacendosa hermana de ojos almos
Que en la blanca labor buscan un ruedo,
Calza el dedal, la aguja enebra y, lista,
Aproxima á la lámpara su asiento.

Y la de rostro mate
Y ojos de luto, imitará su ejemplo

Cuando la vuelvan de un vagar sin causa
Los ocho sones ásperos y acérrimos
Del reloj, ó la vívida consulta
Sobre el detalle de un adorno nuevo
En los vestidos claros
Que han surgido del lobrego ropero.

Mas no es así, que al ruído de mi pluma
Con una silla nos demanda un puesto
Y reanuda su tarea: un traje
Humildísimo y negro,
Para el menor de los tres niños pobres
Que en nuestro barrio se han quedado huérfanos.

En la calma imperante
Que parece rodearnos desde lejos,
Va acentuándose, crece y se agiganta
El bronco traqueteo
Del carretón que viene de las quintas
Todas las noches, lento,
Al paso de los bueyes cadencioso
Y al vocear canturreado del boyero.

Retiembla entonces todo
En nuestros aposentos:
Puertas, muros y muebles, y hasta aveces
Despierta y canta loco mi jilguero.

Mas esta noche pasa
El carretón y aléjase esparciendo
Su rumor venerable que se acalla
En un magno silencio
Más alto que las cosas de la vida.

Y yo pienso y más pienso
No sé bien en qué cosas, pues son hijos
De mi sentir los vagos pensamientos:
Hijos deste sentir de cosas tiernas
Que bullen y rebullen en mi pecho
Y talvez me ahogaran si en la pluma
No lograran fugar al son del verso.

Sé que en mi hogar me estrechan
Con especial aunque velado afecto,
Pues soy un recobrado á esa desgracia,

Más bien á ese misterio
Del que muy pronto ó nunca se regresa,
Y que llaman locura, y que yo creo
Que no es locura, no, sino que es algo
De dulce, de profundo y de soberbio
Que nos lleva distantes de las cosas
Donde hay más de lo Eterno,
Y que hace sufrir porque nos deja
Entre el mundo y Aquello.

No me sumo en los antros de mi alma
Como solía hacerlo,
Pues á la luz de oro de la lámpara,
En fugaces encuentros,
Los rostros se iluminan
Hasta en sus pensamientos.
Y escribo. Más en vano he pretendido
Rondar con mis miradas lo superfluo,
Por no labrar sino dejar que corran
Naturales mis versos,
Inspirados en cuanto en la velada
Traduzca un sentimiento:
Pues no ví que una hermana preparase
El amado licor, dulce y acerbo
Como el vivir: el mate, con que acaso
Selló su amor á América el abuelo.

Ya su legado, la bombilla gruesa
De facetado argento,
Besa mi madre, y sorbe, saboreando
A un santo y mismo tiempo,
El sumo de la yerba que Dios crea
Y la oración con que se va á su reino.

Comienzan á flotar leves palabras,
Inconsciente pretexto
De amenguar el sondaje sensitivo
Que callando en el alma nos hacemos.
Y ya nos animamos, y en los muros
Nuestras sombras defórmanse y al techo
Llegan aveces, súbitas
Por sólo un simple gesto!

De pronto percibimos que nutrida
Rompe á caer la lluvia desde el cielo.

Sentimos más cercano y más solemne,
A su rumor, el nocturnal imperio.
Un toque aislado de campana; un silbo
Largo y triste, nos vienen desde lejos
Y nada más. La gran ciudad parece
Que se hubiese perdido en un ensueño
Vagabundo, fantástico, ó que acaso
Bajo la lluvia fría hubiese muerto.

¡Las once!—nos advierte el reloj grave,
Cual fuese un receloso guardián viejo.

A sus sones, la hermana de ojos almos
Del contiguo aposento
Que permanece en sombras,
Trae lleno de rosas el florero.
Y cuando cuidadosa va á dejarlo
De la mesa en el centro,
Sobre el traje del niño ya concluído
Caen pálidos pétalos.

Mi madre se incorpora, entrecerrado
Toma el libro severo,
Y al seguir lentamente á mis hermanas
Me contempla de un modo dulce y serio,
Mitad caricia al hijo,
Mitad alto y tranquilo pensamiento.

Y yo que quedo solo y un suspiro
Exhalo sin quererlo,
Bajo la luz de oro desta lámpara
Que á la pieza materna llevar debo,
Voy á dejar la pluma, y sin besarla
No la puedo dejar, y me estremezco.

MI CORAZÓN

Mi huraño corazón es impulsivo:
Se me quiere salir por cualquier cosa
Que brille repentina y luminosa
O asalte con fragor y gesto vivo.

Puerta abierta en la celda de un cautivo,
Es para él una mujer hermosa:
¡Salta hacia su esplendor con la fogosa,
Inclita salvajez de un primitivo!

Mas tanto lo maniata el pensamiento
A este mi corazón, que á veces siento
Que ante la misma luz del sol se ofusca.

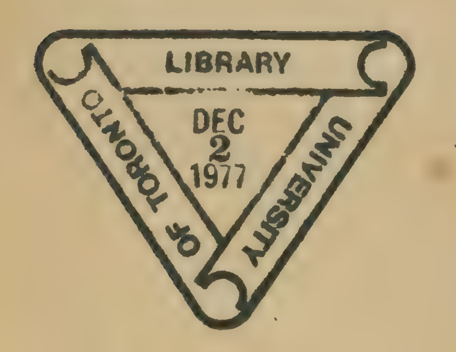
Y entonces tiene, de armonía falto,
El grotesco y doliente sobresalto
De una bestia montez, enferma y brusca.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

CUARTO VOLUMEN

POETAS EXTRANJEROS




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 07 08 13 005 1